

COLECCION UNIVERSAL

N.^{os} 758 a 760

GOTTFRIED KELLER

Los hombres
de
Seldwyla

NOVELAS BREVES

TOMO IV y ÚLTIMO

El forjador de su dicha.—Dietegen.
La risa perdida



Precio: 1,50 pesetas

MADRID, 1923

Biblioteca Nacional de España

521 558498
DLi / 23907
v. 4

Gottfried Keller.

—
LOS HOMBRES DE SELDWYLA

TOMO IV y ÚLTIMO

MCMXXIII

ES PROPIEDAD
Copyright by Calpe, Madrid, 1923.

R 4105208

Papel expresamente fabricado por LA PAPELERA ESPAÑOLA.

GOTTFRIED KELLER

Los hombres
de
Seldwyla

NOVELAS BREVES

TOMO IV Y ÚLTIMO

El forjador de su dicha.—Dietegen.
La risa perdida.

La traducción del alemán ha sido hecha
por Luis López Ballesteros y de Torres



MADRID, 1923



Talleres "Calpe", Larra, 6 y 8.—MADRID

EL FORJADOR DE SU DICHA

John Kabys, honrado individuo, próximo ya a los cuarenta años, llevaba siempre en la boca la sentenciosa frase de que cada persona debía y podía forjar por sí misma su propia felicidad sin grave esfuerzo ni excesiva agitación.

—Tranquilamente, con escasos golpes maestros, forja el hombre su felicidad—exclamaba con frecuencia, incluyendo en la palabra felicidad no sólo la consecución de lo necesario, sino también el goce de todo lo deseable y superfluo.

Obediente a este pensamiento, hubo de ejecutar, siendo aún un tierno adolescente, el primero de sus martillazos de buen forjador, y cambió su nombre de pila, que era el de Juan, por el inglés John, con objeto de quedar así preparado para todo lo aleatorio y desacostumbrado, separándose de la masa vulgar de los Juanes y adquiriendo un nimbo anglosajón de carácter emprendedor y afortunado.

Con esto se contentó por algunos años y permaneció quieto, sin aprender ni trabajar mucho, pero también sin mostrar gran impaciencia por la llegada de la dicha, limitándose a esperarla sabiamente.

Mas no queriendo la dicha morder el anzuelo dió nuestro héroe su segundo golpe, transformando la *i* de su apellido en una *y*. Con ello adquirió el apellido Kabis, que significa «repollo», un aroma exótico más distinguido, y John Kabys continuó, ya más justificadamente, según su opinión, esperando el advenimiento de la felicidad.

Pasaron, empero, varios años sin que ésta se presentara, y se acercaba ya John a los treinta y uno cuando dió finiquito a la módica herencia que, administrada con todo orden y medida, le había sustentado hasta el momento. Comprendió entonces que debía forzar un poco su actividad y pensó en emprender algo muy serio. Ya varias veces había mirado con envidia los retumbantes apellidos compuestos que sus convecinos casados ostentaban añadiendo al suyo propio el de su mujer, costumbre que había surgido de repente en Seldwyla, sin que nadie supiera cómo ni por qué. El caso es que, pareciendo tal moda a los señores seldwylenses muy en consonancia con los rojos chalecos de terciopelo, que por aquella época hacían furor, se llenó la ciudad de pomposos apellidos dobles. Las muestras de las tiendas, las puertas, llamadores, vajillas, cafeteras y cubiertos recibieron su correspondiente inscripción, y el semanario local publicó columnas enteras de noticias de sociedad escritas con el único fin de incluir en ellas las nuevas alianzas patronímicas. A las primeras alegrías de los recién casados pertenecía esta de ver publicados sus nombres formando uno

solo. Claro es que con este motivo surgieron también envidias y disgustos, pues cuando un tiznado zapatero u otro tal personaje de poco más o menos quería entrar a participar de la general respetabilidad por el indicado medio, se tomaba muy a mal su osadía y se le criticaba con dureza a pesar de su legítimo derecho al doble apellido conyugal. No era en realidad indiferente que uno o más innominados se introdujeran de este modo en aquel mecanismo de crédito mutuo, que ya describimos cómo funcionaba en Seldwyla, cosa que sucedía inevitablemente en cuanto con el apellido compuesto se adoptaba una apariencia de persona distinguida.

Mas para John Kabys no podía ser dudoso el éxito de una tan esencial mudanza. Su situación era lo bastante apurada para decidirle a poner en práctica este medio, que había ido reservando para un momento crítico. Sólo ya el adoptar la firme resolución de llevarlo a cabo cuanto antes pareció conjurar a la felicidad, pues en la misma semana llegó a Seldwyla una señora ya madura con una hija casadera: la señora de Oliva y la señorita de Oliva. ¡Kabys-Oliva! Este apellido resonó en los oídos de John, dándole de repente la seguridad de que cualquier negocio que bajo su advocación se emprendiera había de producir ríos de oro. Así, pues, se lanzó a la empresa, armado de todos sus atributos.

Consistían éstos en unas gafas sobredoradas, tres botoncitos de esmalte para la pechera, unidos

entre sí por una fina cadenita de oro; una larga cadena de reloj, también de oro, que con mil y un colgantes cruzaba el floreado chaleco; un enorme alfiler de corbata, en el que, en miniatura, estaba representada la batalla de Waterloo; tres o cuatro anillos de considerable tamaño y un bastón de caña, cuyo puño estaba formado por unos gemelos de teatro recubiertos de nácar. Además llevaba en los bolsillos, y sacaba y colocaba ante sí al sentarse, un gran estuche de piel, en el que reposaba una boquilla de espuma, tallada, representando a Mazeppa atado sobre el caballo, grupo que cuando fumaba le sobresalía por entre las cejas y que constituía una joya digna de una vitrina; una petaca roja con cierre dorado, que contenía varios puros; un juego de eslabón, piedra y mecha, de forma singular; una tabaquera de plata; un cuadernito de notas, con bordada cubierta, y el más complicado y caprichoso de los monederos, con infinitos departamentos misteriosos.

Este equipo, que constituía para su propietario el adorno ideal del hombre que ha alcanzado la dicha, lo había ido adquiriendo John de antemano, cuando aun no había terminado de devorar su herencia, y no sin un profundo fundamento. Todo aquello, más que vana ostentación de mal gusto, significaba para él tanto un consuelo durante los tiempos difíciles como una digna preparación para la dicha final, que podía llegar de pronto y sigilosamente, cual ladrón nocturno. Antes hubiera muerto de hambre que vender o empeñar cual-

quiera de aquellos objetos, que le preservaban de aparecer ante los ojos del mundo y ante los suyos propios como un miserable pordiosero. De este modo aprendió a pasar resignadamente las mayores estrecheces sin perder nada de su esplendor externo. El cuidado de no estropear, romper o perder estos atributos le imponía, además, una reposada actitud, llena de dignidad, prohibiéndole el más pequeño abuso en la bebida y la más inocente agitación. Consiguió así que, en diez años que poseía ya su historiada boquilla, no perdiese el caballo de Mazeppa ni siquiera la punta de una oreja o la de su enarcada cola, y que hasta los estuches de los anillos y colgantes cerrasen tan suave y perfectamente como el día en que los adquirió. Supo también preservar ropa y sombrero del ultraje de los años y disponer siempre de una blanca pechera sobre cuyo nítido fondo ostentar su botonadura, su cadenita y su alfiler.

En realidad suponía esto más trabajo y cuidado del que él afirmaba ser necesario para alcanzar la felicidad; pero es cosa sabida que las obras geniales se considera falsamente que no han costado trabajo alguno.

Si aquellas dos damas constituían la felicidad no se mostró ésta muy reacia a caer en la red de John Kabys, pues madre e hija le acogieron desde el primer momento, con todas sus joyas, como si fuese el hombre ideal que habían venido a buscar en tierras seldwylenses. Su regulada ociosidad le denunciaba como un ordenado y seguro rentista,

que seguramente guardaba sus títulos y valores en una linda cajita de caudales. Por su parte, hablaron ellas algo de su acomodada situación; mas al ver que Kabys no parecía interesarse mucho en averiguarla, dejaron de hablar de tal materia, quedando convencidas de que aquel buen hombre había sido hechizado por la joven Oliva. Al cabo de unas cuantas semanas se celebraron los esponsales, y el prometido marchó a la capital para hacer grabar una adornadísima tarjeta con el espléndido nombre compuesto Kabys-Oliva, encargar una muestra para la tienda de telas que proyectaba abrir y procurarse a crédito la mercancía necesaria. En su entusiasmo, compró también dos o tres varas de medir, de reluciente madera de ciruelo, una docena de formularios con el cambio de las diversas monedas, etiquetas de bordes dorados, libros de contabilidad y otros varios trebejos de este orden.

Lleno de satisfacción volvió a su ciudad natal y al lado de su novia, cuyo único defecto era una cabeza un tanto desproporcionada. Fué recibido cariñosa y tiernamente, y cuando hubo terminado el relato de su viaje le comunicaron la grata nueva de haber llegado ya todos los documentos de la novia necesarios para el matrimonio, faltando únicamente hacerle saber una cosa, que hasta el momento no habían tenido ocasión de comunicarle. Era esto que, en efecto, la madre había estado casada con un señor Oliva, pero la hija era fruto de un amor anterior a este matrimonio y tenía

que usar en los asuntos oficiales el apellido de su padre, que la había reconocido. El tal apellido era Häuptle, que, traducido de su forma dialectal, significa ¡cabecita! Así, pues, la futura asociación conyugal John Kabys-Häuptle quedaría, traducida al buen alemán, en Juan Cabecita de Repollo.

Sin habla quedóse el pobre novio, mirando de hito en hito a la infeliz mitad de su proyectada obra maestra. Por fin exclamó:

—¡Y con un cráneo así se atreve aún a apellidarse Cabecita!

Sorprendida y asustada bajó la novia la suya para dejar pasar la tormenta, no sospechando que lo más atractivo que en ella encontraba Kabys había sido el nombre a que no tenía derecho.

Sin más explicaciones salió John con rumbo hacia su casa para meditar en ella sobre lo sucedido, siendo interpelado burlonamente en el camino por sus alegres convecinos, que habiendo descubierto su secreto no dejaron de prodigarle su nuevo apellido vegetal. Durante tres días y tres noches permaneció encerrado buscando el medio de arreglar lo que aquel golpe en vago había echado a perder. Al cuarto día se presentó en casa de su ex prometida y pidió la mano de la madre. Pero ésta, llevada por su indignación ante lo pasado, había averiguado, entretanto, que Kabys no poseía rentas ni títulos, ni siquiera caja en que guardarlos, y le señaló la puerta con gesto airado, partiendo aquel mismo día para otra ciudad.

Así se desvaneció en la vida de John la brillante

Oliva, como una frágil pompa de jabón que se deshace en el aire, y dejó a nuestro forjador con su mágico martillo en la mano, lleno de disgusto y perplejidad. En el desgraciado suceso había invertido todo lo que le restaba; tenía, pues, que decidirse a trabajar en algo y emprender un oficio que le proporcionase el sustento. Meditando sobre esto no se encontró otra habilidad que la de afeitar con todo esmero y destreza y afilar y suavizar las navajas necesarias para ello. Abrió, por tanto, una pequeña barbería y colgó a la puerta la muestra que había comprado, aserrando previamente la segunda parte del malhadado apellido compuesto y dejando sólo «John Kabys». No obstante, le quedó en la ciudad el mote de «Cabecita de repollo», el cual, por su originalidad, atrajo algunos parroquianos a la barbería, en la que pasó John, obscurecido y miserable, unos cuantos años rapando barbas y suavizando navajas, sin volver a acordarse, en apariencia, de su orgulloso lema.

Así las cosas, se presentó un día en la barbería un individuo que regresaba de un largo viaje, y mientras John le enjabonaba el rostro, le preguntó:

—Por lo que he visto en la muestra, quedan aún en Seldwyla personas de la familia Kabys, ¿no?

—Soy el último miembro de mi estirpe—respondió el barbero con digno acento—. Mas, si no es indiscreción, ¿por qué me lo pregunta usted?

El forastero calló hasta que terminaron de afeitarle. Luego pagó el servicio y continuó, diciendo:

—He conocido en Augsburgo a un viejo muy rico y muy extravagante que aseguraba que su abuela había pertenecido a la familia de los Kabys seldwylenses, en Suiza; pero creía que ya no quedaba aquí ningún pariente suyo.

Dicho esto salió de la barbería. John comenzó a meditar sobre el caso y creyó recordar obscuramente que una de sus antepasadas había contraído matrimonio con un alemán, emigrando después a la patria de su marido, sin que se hubiera vuelto a saber nada de ella ni de sus descendientes. De repente se despertó en él un conmovedor cariño familiar y un romántico interés por aquellos presuntos allezados. Lleno de impaciencia esperó ver de nuevo al forastero por su barbería, cosa que, dada la calidad y fuerza de su barba, debía suceder a los dos días de su primera aparición. Así fué, en efecto, y John comenzó a afeitarse temblando de curiosidad. Al acabar su faena no pudo ya contenerse por más tiempo y soltó una tras otra todas las preguntas almacenadas en aquellos días de espera. El forastero le respondió que su presunto pariente se llamaba Adán Litumlei, era casado, pero sin hijos, y vivía en tales calle y número de la ciudad de Augsburgo.

El buen barbero consultó la cuestión aquella noche con la almohada y ésta le dió nuevo valor para salir en busca de la felicidad. A la mañana siguiente cerró la tienda, metió su traje dominiguero en una vieja mochila, hizo un paquetito aparte con sus joyas, que aun conservaba intactas,

y después de proveerse de un montón de certificados de buena conducta salió para Augsburgo como un aprendiz que va de una ciudad a otra en busca de trabajo.

Al llegar al término de su viaje recontó los escasos dincros que poseía y halló que debía ir con mucho tiento si no quería encontrarse desprovisto de todo haber en el caso en que, fracasados sus proyectos, tuviera que emprender la retirada hacia Seldwyla. Por lo tanto, entró en la más modesta posada que pudo encontrar, y viendo en el comedor que sobre cada una de las mesas campeaba la insignia de un distinto oficio, se sentó en la correspondiente al gremio de herreros y forjadores, pensando en que ello le daría buena suerte en su nuevo intento de forjar su dicha por sí mismo, y pidió un frugalísimo desayuno. Luego se hizo indicar una habitación, en la que se cambió de traje, vistiéndolo todas sus galas y adornándose con todas sus presecas, de manera que al salir dejó asustada a la posadera de tanta magnificencia.

Después de dar muchas vueltas halló, por fin, la calle que buscaba, formada por magníficos edificios antiguos y en la que no se veía alma viviente. Al cabo de largo rato apareció en ella una linda criadita llevando una gran jarra de cerveza, rebosante de blanca espuma. John la detuvo y le preguntó por la casa del señor Adán Litumlei, que resultó ser aquella frente a la cual se hallaban.

Lleno de curiosidad fijó John sus miradas en

ella. Sobre una noble portada se alzaban varios pisos, provistos de amplios ventanales, presentando el conjunto un tan fastuoso aspecto que nuestro héroe comenzó a temer haber emprendido algo superior a sus fuerzas. No obstante, empujó una de las pesadas alas de la puerta y, colándose dentro, se halló en un suntuoso vestíbulo, del que partía una doble escalera de piedra con pasamanos ricamente tallado. Al fondo del vestíbulo se abría otra puerta que daba acceso a un jardín, cuajado de flores y en cuyo centro se veía una fuente con varias figuras de piedra. John penetró en él, esperando hallar al jardinero; pero todo estaba solitario y mudo. Regresó al vestíbulo y empezó a subir la escalera. De los muros colgaban grandes y amarillentos mapas y planos de antiguas ciudades imperiales, con sus obras de fortificación y elegantes dibujos alegóricos en los ángulos. Una de las puertas, de maciza encina, del primer piso se hallaba entornada. Abrióla el intruso y se encontró frente a un diván en el que una mujer nada fea echaba su siestecilla, a pesar de no ser aún mas que las diez de la mañana. Una fina labor de gancho se había escapado de los dedos de la durmiente y yacía en el suelo, al pie del diván. Conteniendo los latidos de su corazón, examinó Kabys, a través de los gemelos que formaban el puño de su famoso bastón, el elegante vestido de raso y las redondeadas formas de aquella figura femenina, que contribuyó a hacer aparecer ante sus ojos aquella casa como un encantado castillo. Luego cerró la

puerta y continuó subiendo la escalera con toda precaución y prudencia.

En el piso superior desembocaba la escalera en un amplísimo descansillo convertido en una verdadera armería. Corazas, yelmos, cotas de malla, espadas, montantes y doradas horquillas de las que servían para apoyar los mosquetes adornaban aquella estancia, en cuyos ángulos abrían sus amenazadoras bocas pequeños cañones y culebrinas, a los que el tiempo había dado un suave tono verdoso. Todo ello era digno del palacio de un noble patricio, y John sintió crecer sus halagiueñas esperanzas.

De pronto se oyeron unos plañideros gritos, como de un niño enrabiado, y Kabys se dirigió a la estancia de donde parecían provenir. Abrió la puerta y se encontró en un gran salón de cuyas paredes colgaba un gran número de retratos, sin duda de los antepasados del dueño de la casa. El pavimento se componía de baldosas exagonales de diferentes colores, y el techo estaba ricamente ornamentado con figuras de hombres y animales de tamaño natural, guirnaldas de flores y frutas y escudos nobiliarios. Ante un inmenso espejo, que se alzaba sobre la chimenea, se hallaba un diminuto viejecillo vistiendo una bata de terciopelo rojo y con la cara toda enjabonada. Con la navaja de afeitar en la mano pataleaba de impaciencia y se lamentaba llorosamente, exclamando: «¡No me puedo afeitar! Esta navaja ya no corta. ¡Y nadie viene a ayudarme!» Diciendo esto, vió en el espejo al intruso, y se volvió hacia él, un tanto sorpren-

dido y temeroso, sin soltar la navaja de la mano. John se descubrió y avanzó sonriente y haciendo reverencias hasta donde se hallaba el viejecillo. Sin hablar palabra, le quitó la navaja, probó su filo, la suavizó pasándola repetidas veces por la palma de la mano, y enjabonando de nuevo al sorprendido anciano, le afeitó con gran maestría en menos de tres minutos.

—Le ruego — dijo al terminar — que me perdone la libertad que me he tomado; pero al entrar vi que se hallaba usted disgustado por no poder afeitarse y me pareció que hacerle tal pequeño servicio sería la mejor manera de presentarme al dueño de esta casa, pues supongo que es al señor Adán Litumlei al que tengo el honor de hablar.

El viejecillo miró a John con ojos asombrados, luego se miró al espejo, encontrándose mejor afeitado que nunca, y entre satisfecho y desconfiado volvió a examinar minuciosamente al artista, viendo con agrado que tenía aspecto de persona digna y honrada. No obstante, su voz no se dulcificó al preguntar a John quién era y qué quería.

El interpelado tósió un poco para aclararse la voz y declinó su nombre y procedencia, añadiendo que al llegar en el curso de su viaje a aquella ciudad no había querido dejar pasar la ocasión de saludar a un tan distinguido miembro de su familia, del que tantas veces había oído hablar en su casa desde pequeño. El señor Adán Litumlei pareció agradablemente sorprendido y exclamó, en tono ya más afable y benevolente:

—¿De manera que todavía florece la estirpe de los Kabys? Y qué, ¿es muy numerosa y bien considerada?

John sacó rápidamente sus papeles y certificados, como un aprendiz que solicita empleo en una ciudad extranjera, y, señalándolos, dijo con gravedad:

—Soy el último vástago de nuestra noble familia y he sabido hasta ahora conservar sin mancha su límpido honor.

Asombrado y conmovido, le ofreció entonces Litumlei su mano, dándole la bienvenida. Luego se pusieron a discutir el grado de su parentesco, y cuando éste quedó fijado, exclamó el viejecillo:

—Venga usted aquí, querido primo; quiero enseñarle el retrato de su noble y excelente tía-bisabuela y abuela mía.

Con estas palabras le condujo ante un cuadro en el que se veía una bella figura femenina vestida a la moda del pasado siglo. De uno de los ángulos inferiores del cuadro pendía una tarjeta, en la que constaba el nombre de la retratada y su parentesco con el dueño de la casa. Iguales papeletas con idénticas indicaciones colgaban de otros varios retratos de los que ornaban las paredes del espacioso salón; mas lo curioso era que al pie de las figuras pintadas se leían otras inscripciones latinas cuyo texto no coincidía en absoluto con el de las papeletas. John Kabys permaneció un rato silencioso, meditando si por fin habría logrado forjar su dicha. Aquella figura femenina, que

parecía mirarle cariñosamente, podía ser la Fortuna misma, que por fin se le entregaba, subyugada por sus hábiles esfuerzos.

En armonía con estos halagüeños pensamientos sonaron las palabras que a continuación pronunció el señor Litumlei, oponiéndose a que su estimado primo seldwylense prosiguiera su viaje sin permanecer en Augsburgo, y en su casa, los días que le fuera posible dedicar a estrechar aquellos familiares lazos recién descubiertos. Las brillantes preseas que John ostentaba habían hecho su efecto, inspirando confianza al viejecillo sobre la persona de su pariente.

A los vibrantes sonos de una campanilla fueron acudiendo poco a poco varios servidores, que recibieron las órdenes de su diminuto dueño y señor. Por último, se presentó también la señora, cuyo apacible sueño hubo Kabys de sorprender momentos antes y que venía aún con los ojos medio cerrados. Mas al serle presentado el nuevo huésped los abrió por completo, con expresión entre curiosa y satisfecha por el imprevisto acontecimiento. Hecha la presentación pasaron todos a otra estancia, en la que les fué servido un tenteempié, al que el matrimonio hizo cumplido honor, como si marido y mujer estuvieran aún en aquellos años infantiles en que se tiene apetito a toda hora, cosa que satisfizo sobremanera al invitado, haciéndole ver que aquella era gente que no se privaba de nada y a la que los años no habían aún hecho perder su afición a las buenas cosas. Por su parte, puso John

todo su empeño en causar a cada minuto una mejor impresión, lográndolo por completo en el almuerzo, que fué servido poco después, y durante el cual le recomendó cada uno de los anfitriones su plato preferido, comiendo él de todos y prodigando sus alabanzas sin perder aquella su acostumbrada dignidad apacible, que daba a sus juicios y opiniones un mayor valor. Comieron y bebieron todos con tal gusto que puede decirse que nunca gozaron tres personas reunidas de un más perfecto e inocente placer. A John le parecía hallarse en un Paraíso en el cual fuera imposible el pecado original.

En esta misma deliciosa y tranquila abundancia fueron pasando los días. Al cabo de una semana conocía todos los rincones de la magnífica casa y había logrado hacerse indispensable al dueño de ella entreteniéndole de mil maneras, acompañándole a paseo y sobre todo afeitándole con suma perfección y ligereza. Un día notó que el viejecillo parecía preocupado por una idea fija y que se asustaba cuando le hablaba de poner término a su estancia en Augsburgo y continuar su viaje. Viendo esto, creyó John llegado el momento de dar un buen avance a su obra, y al octavo día de su llegada anunció a su huésped y favorecedor su inmediata partida, alegando que si permanecía más tiempo en aquella casa luego se le haría mucho más duro el salir de ella para emprender de nuevo una más trabajosa y humilde existencia. Su destino—añadió—le obligaba a vivir modesta

y obscuramente; pero como último miembro de su estirpe, sabría siempre conservar intacto el honor de la misma hasta el momento en que con su muerte quedara extinguida.

Litumlei, conmovido ante estas nobles palabras, le hizo subir al salón de los retratos, y después de recorrerlo de punta a punta con aire meditabundo, exclamó:

—Oigame con atención, mi querido sobrino, y piense bien lo que he decidido proponerle. Es usted el último de su raza y reconozco que ello constituye un triste destino cargado de responsabilidades. Pero no lo es menos el mío. ¡Míreme usted bien! ¡Yo soy el primero de mi estirpe!

Diciendo esto se irguió con aire orgulloso; pero John, por más que le miró, no pudo descubrir el sentido de aquellas palabras.

—Quiero decir con esto—continuó Litumlei—que he formado el propósito de fundar una estirpe tan noble y gloriosa como la que veis retratada en este salón. No son éstos mis antepasados, sino los de una extinguida familia patricia de esta ciudad, a cuyos últimos miembros compré yo esta casa, con todo lo que contenía, cuando, hace treinta años, establecí mis reales en Augsburgo. Ya por entonces era éste mi mayor deseo y mi pensamiento favorito, pues si poseía una gran fortuna carecía, en cambio, de nombre y de antepasados, no sabiendo siquiera cómo se llamaba mi abuelo, que casó con una Kabys. Al principio pensé satisfacer mi deseo declarando antepasados míos a los seño-

res y señoras aquí retratados y bautizándolos a unos Litumleis y a otros Kabys por medio de esas papeletas que cuelgan de los cuadros; pero mis recuerdos de familia no alcanzaban mas que para seis o siete personas, y el resto de estos dignos personajes, resultado de cuatro siglos, desafiaba burlonamente mis esfuerzos. Tales dificultades me llevaron a advertir la necesidad de constituirme en fundador y patriarca de una larga familia. Por lo pronto hice pintar mi retrato y dibujar un precioso árbol genealógico, en cuyo tronco consta mi nombre. Mas un destino adverso me persigue sin tregua. Mi actual esposa es ya la tercera, sin que de ninguna haya logrado ni siquiera una hija, cuanto menos un varón, heredero y continuador de mi raza. Las dos mujeres con quienes estuve casado antes que con ésta, y de las que me separé por su esterilidad, han tenido después, en venganza, hijos con otros hombres. Mi actual esposa, con la que ya vivo hace siete años, sería capaz de igual maldad si también la repudiara por la misma causa.

Ahora, con su llegada a Augsburgo, mi querido sobrino, ha surgido en mí una maravillosa idea: la de ver cumplidos mis deseos por un medio artificial, que ya ha sido empleado más de una vez en grandes y pequeñas dinastías. Vamos a ver qué le parece mi proyecto. Usted seguirá viviendo en esta casa como hijo mío, y yo haré testamento declarándole mi único heredero. En cambio, pido que sacrifique usted su apellido, que siendo usted

el último que lo lleva había de desaparecer sin remedio, y que a mi muerte, esto es, al recibir mi herencia, adopte usted el mío. Por bajo cuerda irá yo entre tanto extendiendo el rumor de que es usted hijo natural mío y fruto de una loca aventura de amor juvenil, historia que usted aceptará sin contradecirla. Quizá podamos inventar algo que justifique y confirme todo esto; por ejemplo: escribir una pequeña novela, en forma de memorias autobiográficas, en la que se cuente mi fogosa y loca juventud, durante la cual cometí una amorosa falta, que luego reparé en la madurez. Por último, se comprometerá usted a aceptar por esposa, para la prosecución de mis fines, a la mujer que yo escoja entre las herederas más distinguidas de la ciudad. Esto es lo que tengo que proponerle.

Durante este discurso había cambiado John de color repetidas veces, enrojeciéndose y palideciendo alternativamente, pero no de vergüenza y temor, sino de alegría y asombro ante la felicidad que por fin se le venía a las manos y la sabiduría que por su parte había él desplegado para conseguirla. Mas, sin embargo, no perdió la serenidad, sino que fingió una gran repugnancia a sacrificar su apellido y su honrado nacimiento, y pidió, con mesuradas y corteses palabras, un plazo de veinticuatro horas para meditar su decisión. Luego bajó al jardín y comenzó a pasear por él con aire pensativo. Las delicadas flores, que embalsamaban el ambiente, alhelíes, rosas, claveles, geranios y jazmines, y los mirtos y adelfas que bordeaban los

senderos, parecieron inclinarse a su paso, reverenciándole ya como su dueño y señor.

Después de gozar durante media hora del perfume de las flores, de la sombra de los árboles y de la frescura de la fuente, salió John a la calle y entró en una repostería, en la que comió dos empanadas recién salidas del horno y bebió un par de vasos de escogido vino. Luego tornó al jardín, paseando por él otra media hora, mientras fumaba un excelente habano. En uno de sus paseos descubrió unas matas de rábanos, que crecían en un soleado rincón, y arrancando unas cuantas lavó sus tiernas y sabrosas raíces en el pilón de la fuente, cuyos pétreos tritones le miraron afable y reverentemente. Con sus rábanos en la mano salió otra vez de la casa y fué a comérselos a una cercana cervecería, acompañándolos con un buen jarro de espumosa cerveza. En la cervecería trabó conversación con algunos ciudadanos de Ausgburgo, esforzándose en suavizar su acento dialectal y adquirir el de sus interlocutores, entre los cuales estaba destinado a representar un principal papel en el halagüeño porvenir que Litumlei había puesto ante sus ojos.

Intencionadamente dejó pasar la hora del almuerzo, y para poder aparecer desganado comió aún en la cervecería tres salchichas munitiquesas y bebió un segundo jarro de cerveza, que le supo mejor todavía que el primero. Luego se encaminó a casa de Litumlei y entró en el comedor mediado ya el almuerzo, sentándose a la mesa con aire meditabundo.

Litumlei, que no podía tolerar la contradicción y al que los obstáculos que se oponían a sus decisiones no hacían mas que obstinarle coléricamente en llegar hasta el fin que se proponía, tembló de ira y de temor al pensamiento de que pudiera desvanecerse aquella su última esperanza de fundar una gloriosa estirpe, y durante toda la comida no dejó de observar a su huésped con miradas impacientes y desconfiadas. Por último, le fué imposible soportar un minuto más aquella cruel incertidumbre y rogó a John que abreviase el plazo concedido y se resolviese en el acto, pues temía que las virtudes de su honrado pariente fueran creciendo a cada hora que pasase. Para contribuir al buen éxito de sus deseos subió personalmente de la cueva un venerable vino del Rin. El delicioso aroma de aquel néctar, de oro líquido, desvaneció por fin los escrúpulos de John Kabys y le arrancó el tan ansiado consentimiento. Inmediatamente fué llamado un notario y Litumlei hizo redactar su testamento en toda regla. Terminada su lectura se abrazaron, conmovidos, el feliz patriarca, que acababa de fundar su estirpe, y el no menos feliz primogénito artificialmente natural, siendo aquel abrazo, más que el de dos seres unidos por los vínculos de la sangre, el de dos grandes principios morales que se encontrasen en su camino.

Por fin había alcanzado John la felicidad. Su único trabajo consistía en adaptarse a su nuevo destino, mostrarse respetuoso y obediente con su

señor padre y gastar, conforme mejor le pareciese, la abundante pensión que éste le señaló, deberes todos que supo desempeñar con su natural dignidad reposada. Hízose vestir por el sastre más reputado de la ciudad y adquirió el elegante aspecto de un noble y currutaco barón. Lo que no necesitó adquirir fué ni una sola joya, demostrándose ahora lo genial de su previsión en que bastaron a su nueva personalidad los objetos ornamentales comprados en épocas anteriores, constituyendo algo como un esquema o proyecto trazado de mano maestra, al que se adaptó en absoluto la esperada y feliz plenitud. La batalla de Waterloo siguió tronando y relampagueando sobre un pecho colmado de satisfacción; las cadenas y dijes se balancearon sobre un estómago bien repleto; a través de la dorada lente contempló ahora el mundo con una mirada orgullosa y llena de alegría; el bastón fué, más que apoyo, ornato de nuestro prudentísimo héroe, y la bella petaca se vió llena de excelentes cigarros que salían de ella para ser fumados con sabia delectación en la monumental boquilla. El brioso caballo que la ornaba llegó pronto a tomar un brillante color oscuro, y Mazeppa, su jinete, un tono rosado casi natural, de manera que la doble obra de arte del escultor y del fumador constituyó la justificadísima admiración de los entendidos. El mismo papá Litumlei se sintió atraído por aquella artística actividad y quiso aprenderla de su hijito adoptivo, reuniendo toda una colección de boquillas de espuma de mar;

pero, por sobra de inquietud y falta de paciencia, resultó inepto para el ejercicio de tan noble arte. John supo, sin embargo, dirigirle y corregir sus faltas, con lo cual ganó aún más confianza y consideración en el ánimo de su progenitor.

Mas este grato entretenimiento fué pronto substituído por otro. Se le ocurrió a papá Litumlei que era llegada ya la hora de imaginar y poner por escrito aquella novela por la que John quedaría elevado a la categoría de hijo natural, obra que debía pasar por ser un antiguo documento familiar escrito en forma de memorias fragmentarias. Para evitar los celos y la oposición de la señora Litumlei debía ser discutida y escrita en secretas conferencias y encerrada luego en el archivo familiar que al efecto se fundaría, permaneciendo allí hasta el futuro momento en que, hallándose en plena floración el linaje cuya base había de constituir, llegara la ocasión de hacer pública su historia.

John, por su parte, se había ya propuesto adoptar, claro es que tras de la muerte del anciano, no el apellido Litumlei a secas, sino el más pomposo de Kabys de Litumlei, pues sentía una perdonable preferencia por aquel Kabys tan hábilmente forjado por propia iniciativa. Asimismo se proponía quemar aquel manuscrito, en el que perdía su legítimo nacimiento y se le suponía hijo de madre poco honorable. Pero por lo pronto se veía obligado a colaborar en su propia deshonra, cosa que turbó, aunque ligeramente, su bienestar. Supo, sin em-

bargo, adaptarse hábilmente a las circunstancias, y una mañana se encerró con el viejecillo en el pabellón del jardín para comenzar la tarea. Sentados uno frente a otro descubrieron de repente que la ejecución de su propósito entrañaba más dificultades de las que se habían imaginado, pues ninguno de los dos habían intentado en su vida escribir cien líneas seguidas. No se les ocurría cómo empezar, y cuanto más meditaban y se inclinaban hasta juntar por encima de la mesa sus cabezas, menos ideas acudían a ellas. Por último, reflexionó el hijo que para componer una obra duradera lo primero que necesitaban era una mano del papel mejor y más fuerte, idea luminosa que les impulsó en el acto a salir a la calle y efectuar la compra. Una vez hecha ésta convinieron, dado lo caluroso de aquel día, en entrar en una cervecería para refrescarse y reunir sus pensamientos. Llenos de contento bebieron varias espumosas jarras del dorado líquido y comieron salchichas, pan y nueces, hasta que John exclamó de repente que había hallado el principio de la historia y que se iba corriendo a casa para escribirlo antes de que se le olvidase. Litumlei le instó a que lo hiciese así sin perder momento. Mientras tanto se quedaba él en la cervecería ideando la continuación, que parecía querer ya surgir en su mente.

John salió a escape con el blanco papel bajo el brazo, y llegado a su cuarto, escribió:

«Era en el año de 17...; en verdad, un año bendito. La cántara de vino costaba siete ducados,

la de sidra medio ducado y la medida de aguardiente de cerezas cuatro cuartos. Un pan blanco de dos libras costaba un cuarto, un ídem de centeno medio cuarto y un saco de batatas ocho cuartos. La cosecha de heno había sido excelente y la fanega de avena costaba dos ducados. También había sido buena la cosecha de guisantes y judías; mala, en cambio, la de cáñamo y esparto; pero buena, por lo contrario, la de aceitunas y aceite; de manera que se daba el caso singular de que los ciudadanos podían comer y beber bien, teniendo, en cambio, que vestir mal y compensándose esto por poder alumbrarse a poco coste. De este modo llegó el año a su término, abrigando todo el mundo gran curiosidad, muy justificada por cierto, de ver cómo se presentaba el nuevo. El invierno fué un verdadero y completo invierno, frío y claro; una abrigada manta de nieve cubría los campos y protegía la semilla recién sembrada. Pero, sin embargo, al final sucedió algo extraño. Nevó, heló e hizo buen tiempo, con tan variable inconsecuencia durante el mes de febrero, que no sólo enfermaron muchas personas, sino que de los tejados y los árboles pendían tales chuzos de hielo que la región entera parecía una tienda de cristalería, y todo el mundo tenía que salir con una tabla sobre la cabeza para no ser atravesada por las heladas lanzas que caían al suelo. Por lo demás, los precios de las subsistencias siguieron siendo los arriba mencionados, y así se conservaron hasta la aparición de una singular primavera.»

Aquí estaba John en su relato cuando entró todo presuroso el viejecillo, se apoderó del papel y, sin leer lo que antecede ni decir palabra, escribió a continuación:

«Entonces llegó El, y se llamaba Adán Litumlei. Era un hombre serio y había nacido *anno* 17... Llegó tempestuosamente como una tormenta de primavera. Era uno de aquellos. Llevaba una chupa de terciopelo rojo, un sombrero con una pluma, y una espada. Llevaba un chaleco, y bordado en él con letras de oro el lema: «La juventud no tiene virtud». Llevaba espuelas de oro y cabalgaba sobre un blanco corcel. Lo dejó en el patio de la primera posada que encontró y exclamó: «Me tiene todo sin cuidado. Estamos en primavera y la juventud tiene que vivir alegremente.» Todo lo pagaba al contado y la gente le admiraba. Comió el asado, bebió el vino y exclamó: «No me gusta nada.» Después dijo: «Ven, queridita mía; tú me gustas más que el vino y el asado; más que la plata y el oro. ¡Qué me importa a mí la gente! Piensa lo que quieras; pero lo que tiene que suceder, tiene que suceder.»

Aquí se detuvo el viejecillo sin poder proseguir. Ambos colaboradores leyeron lo escrito, que les satisfizo sobremanera, y durante ocho días no hicieron otra cosa que reflexionar sobre la continuación y darse buena vida, acudiendo a menudo a la cervecería para buscar la inspiración. Pero ésta no se mostraba propicia todos los días. Por fin pescó John nuevamente el hilo, corrió a su casa y escribió:

«Estas palabras las dirigía el joven caballero Litumlei a una cierta joven, Liseta Federspiel, que vivía en las últimas casas de la población, donde están los jardines y comienza ya un apacible bosquecillo. Esta muchacha era una de las más encantadoras bellezas nacidas en la ciudad y tenía ojos azules y pies pequeñísimos. Su cuerpo era tan bonito que no necesitaba corsé, y gracias a este ahorro—pues era pobre—había podido comprarse un traje de seda violeta. Pero todo esto se hallaba iluminado por una general tristeza, que temblaba no sólo en el rostro, sino en toda la armoniosa figura de la señorita Federspiel de tal manera, que aun cuando el viento se hallase en calma se creían oír los melancólicos acordes de un arpa eólica, pues había comenzado un singular mes de mayo, en el cual parecían haberse reunido las cuatro estaciones. En los primeros días cayó una nevada y los ruiseñores cantaban con un copo de nieve sobre la cabeza, como si llevaran un gorrito de dormir; después hizo tal calor que los muchachos se empezaron a bañar en las balsas y estanques al aire libre y maduraron las cerezas. De este caprichoso mayo nos conservan las crónicas los versos siguientes:

Llovió, nevó y heló sin fin;
 bañáronse los chicos en el lago;
 maduraron las guindas y floreció la vid.
 ¡Y, todo ello en un mismo mes de mayo!

Estos fenómenos atmosféricos dieron que pensar a los hombres, causando en ellos diversos resul-

tados. La joven Liseta Federspiel, que ya era de por sí harto reflexiva, se dió también a meditar, descubriendo que tenía en su mano su felicidad y su desdicha, su virtud y su perdición; y pesando esta libertad llena de responsabilidades, de la que por primera vez se daba cuenta, cayó en profunda melancolía. En tal estado de ánimo la sorprendió nuestro osado caballero, y le dijo, sin más preámbulos: «¡Federspiel, te amo!», declaración que interrumpió la meditación de la muchacha y la hizo prorrumpir en una sonora carcajada.»

—¡Déjame continuar!—exclamó en esto el viejo Litumlei, que había llegado a toda prisa y se había puesto a leer por encima del hombro de John conforme éste iba escribiendo—. Aquí entro yo.

Y prosiguió la historia de este modo:

«¡No veo por qué te ríes!—continuó aquél—. ¡Soy poco amigo de bromas!

Sucedió, en fin, lo que tenía que suceder. Allí donde el bosque coronaba la colina yacía, aún sonriente, sobre la verde hierba, la joven Liseta, cuando ya montaba de un salto en su blanco caballo el apuesto doncel y salía a escape, alejándose con tal premura que en pocos momentos era tan sólo una lejana figurita a la que la perspectiva atmosférica daba un tono azulado. Desapareció y no volvió jamás, pues era un endiablado caballero.»

—¡Ea, ya está!—exclamó Litumlei tirando la pluma—. Yo ya he hecho lo mío. Ahora te toca a ti hallar la conclusión. Estas invenciones del

demonio me han dejado agotado. ¡Por la laguna Estigia! No me maravilla que se tenga en tanta estima a los primeros antepasados de las casas señoriales y que se conserven como oro en paño sus retratos de cuerpo entero, cuando veo el trabajo que me está costando fundar mi linaje. Pero ¿no es verdad que he resuelto valientemente la cuestión?

John continuó escribiendo:

«La pobre Federspiel se quedó muy descontenta al ver que su joven seductor había desaparecido casi al mismo tiempo que aquel singular mes de mayo. Sin embargo, tuvo la suficiente presencia de ánimo para dar en su interior lo sucedido por no sucedido y restablecer así el equilibrio de aquella balanza ideal que antes veía en su mano, con la virtud en un platillo y el pecado en el otro. Poco pudo gozar de tan engañosa inocencia. Llegó el verano y con él la siega; dondequiera que se dirigía la mirada no se veía mas que la amarilla mies, fruto de bendición; los precios volvieron de nuevo a bajar considerablemente, y Lisota, subida en aquella colina de sus recuerdos, miraba sin ver, cegada por su indignación y sus remordimientos. Vino luego el otoño; cada vid se convirtió en un rico manantial; la tierra resonaba como un tambor bajo los golpes de las peras y manzanas maduras que caían de las ramas, y la gente bebía, cantaba, compraba y vendía. Cada uno se procuraba lo que le parecía necesario, y toda la región se convirtió en una gran feria, pues de todo había tan gran

abundancia y se daba tan barato que hasta lo superfluo era alabado, mimado y aceptado con agradecimiento. Solamente la bendición que Liseta llevaba en su seno era despreciada y nadie preguntaba por ella, como si entre aquella gente, que nadaba en la abundancia, no hubiera sitio para un hociquito más. Resignada, se envolvió Liseta en su virtud y echó al mundo, un mes antes de lo debido, un chiquillo muy despierto, que estaba destinado a ser el forjador de su propia dicha.

Este hijo supo conducir con tal acierto su azarosa vida que por maravillosos destinos llegó por fin a reunirse con su padre, quien le dió honor y nombre, restableciéndole en todos sus derechos como heredero y segundo varón del linaje de los Litumlei.»

Al pie de este documento escribió el viejo: «Visto bueno: *Juan Policarpo Adán Litumlei*», y John puso también su firma, agregándose a todo ello el sello con el escudo de armas de la casa, consistente en tres medios anzuelos de oro en campo de azur y siete pajaritas de las nieves a cuadros blancos y rojos sobre una barra de sinople.

Pero lo que les maravilló fué que su obra no cubriese mas que un único pliego de la mano de papel que para ella habían adquirido. Claro es que esto no fué obstáculo para encerrarla cuidadosamente en una vieja caja de hierro y colocar ésta en el archivo para ella creado, quedándose tan satisfechos.

En estas y otras ocupaciones pasó agradable-

mente el tiempo, y el feliz John llegó casi a sentirse temeroso de tan apacible dicha, en la que ya no tenía que esperar ni temer nada ni le quedaba nada que forjar e inventar. Buscando así una nueva actividad, le pareció ver, aunque sin que pudiera asegurarlo, que la esposa del dueño de la casa le miraba con cierto desagrado y desconfianza. Absorto en sus planes y cavilaciones, había prestado hasta entonces muy escasa atención a aquella mujer, que casi siempre se hallaba entregada al dulce sueño o, cuando no dormía, limitaba su actividad a atiborrarse plazeramente de cuantas golosinas hallaba a su alcance, no mezclándose en nada y mostrándose satisfecha con que nadie turbase su plácida y reposada existencia. Mas ahora entró de repente nuestro buen forjador en aprensión de que la tranquila mujer pudiese cambiar el curso de los acontecimientos modificando las decisiones de su esposo o por otro medio cualquiera.

Rascándose pensativamente la punta de la nariz murmuró John para sus adentros: «No estaría mal del todo dar una última mano a la obra. ¡Cómo habré podido descuidar este importante detalle tanto tiempo! Hay que perfeccionar esto hasta lo último.»

Precisamente no se hallaba Iitumlei en casa—había salido a la busca y captura de una rica doncella con la que casar a su heredero y continuador de su linaje—y John decidió presentarse sin perder momento ante la señora, con el vago

propósito de hacerle su corte y ganarse, por todos los medios, su estima y confianza, recuperando así el terreno y el tiempo que su anterior descuido le había hecho perder. Con tan honradas intenciones echó escaleras abajo hasta llegar a la habitación en que la dama solía encontrarse, y, como siempre, halló la puerta entornada, pues, a pesar de su pereza, gustaba la buena señora de oír, curiosamente, todo lo que en la casa sucedía.

Entró John en el cuarto sin hacer ruido, y la halló tumbada, en dulce somnolencia, sobre un diván y con una pequeña tarta de frambuesa, empezada ya, en la mano. Sin saber qué hacer, acabó por acercarse de puntillas, coger su mano, gordezuela y redonda, y depositar en ella un respetuoso beso. No se movió ella lo más mínimo; pero, sin despegar los labios, entreabrió los ojos y los fijó, con extraña mirada, en John todo el tiempo que éste permaneció ante ella. Asombrado y tartamudeando salió él de la habitación y subió a su cuarto, sentándose en un ángulo sin poder apartar de su imaginación aquella mirada. Volvió a bajar las escaleras y, como antes, la mujer de Litumlei permaneció inmóvil y de nuevo abrió a medias los ojos al sentirle acercarse. Nuevamente subió a su cuarto para volverse a sentar en un rincón, levantarse a los pocos momentos y bajar por tercera vez. Mas ahora permaneció en la habitación de la señora hasta que volvió a casa su legítimo dueño, el patriarca Litumlei.

No pasó, desde éste, un solo día sin que los dos

culpables se reuniesen a espaldas del anciano. La soñolienta mujer se animó todo lo que en ella era posible y John se entregó a la más apasionada ingratitud para con su bienhechor, siempre con el propósito de consolidar su situación y afirmar su dicha.

Ambos pecadores rivalizaban mientras tanto en mostrar su afecto y su respeto al engañado Litumlei, el cual se sentía encantado, creyendo haber dispuesto lo mejor posible la marcha de su casa. De esta manera no se sabía cuál de los dueños de ella se hallaba más contento y satisfecho. Pero una mañana pareció vencedor en este respecto el viejo a consecuencia de una secreta conversación que tuvo con él su mujer, pues comenzó a dar vueltas por la casa, intentando silbar alegres cancioncitas, sin conseguirlo por su falta de dientes, y presa de una extraña agitación que no le permitía permanecer quieto un solo instante. Parecía haber crecido una vara durante la noche, y su aspecto era la satisfacción misma. Sin embargo, en el mismo día pareció inclinarse la victoria del lado del joven cuando el anciano le preguntó de repente si no le gustaría emprender un largo viaje para ver mundo, y al mismo tiempo que se ilustraba, estudiar y observar los métodos pedagógicos de los países por los que pasara, investigando sobre todo los fundamentos en que en ellos se basaba la educación de los hijos de las personas distinguidas.

Nada podía ser más agradable a John que un tal encargo, al que se prestó lleno de alegría. Se le

preparó a toda prisa el viaje, entregándole un espléndido viático, y partió todo alborozado. Visitó primero Viena, Dresde, Berlín y Hamburgo, alargándose luego hasta París, y viviendo en todos estos lugares una maravillosa y sabia vida. Recorrió todos los sitios de diversión, teatros, espectáculos y colecciones artísticas de los palacios y se le vió todas las mañanas, bajo los cálidos rayos del sol, en las paradas militares, oyendo la música y admirando a los oficiales y soldados antes de ir en busca del almuerzo. Cuando, confundido entre la muchedumbre, admiraba alguno de estos espectáculos, se sentía orgulloso, creyéndose el único motivo de tanta magnificencia y despreciando como pobres ignorantes a todos los que no habían acudido a admirarla. Mas a este ansia de placeres unió la máxima prudencia, con objeto de demostrar a su bienhechor que no había enviado a viajar e ilustrarse a ningún asno; no dió una sola limosna ni compró nunca nada a un solo infeliz vendedor ambulante y supo siempre, sin daño alguno para él, escapar de sus alojamientos sin desembolsar propina alguna, habiendo además regateado hasta lo último, antes de aceptarlo, cada uno de los servicios que le eran ofrecidos. Pero lo que más le divertía era humillar y maltratar a las desdichadas criaturas perdidas con las que, en unión de tres o cuatro individuos de su misma calaña, armaba broma en los bailes públicos. Para terminar: vivía tan segura y regocijadamente con un antiguo y experimentado viajante en vinos.

Al fin de su viaje no pudo por menos de hacer una corta excursión hacia Seldwyla, su patria. Hospedóse allí en una vieja posada, permaneciendo monosilábico y lleno de misterio durante las comidas en la mesa redonda y dejando que sus conciudadanos se rompiesen la cabeza para averiguar cuáles eran su situación y estado. Suponían desde luego que todo ello no era gran cosa; mas como veían su indudable bienestar económico, reprimieron por lo pronto sus burlas y se contentaron con mirar asombrados y curiosos el oro que adornaba su persona o surgía de sus bolsillos. Por su parte, John no los obsequió ni con una sola botella de vino, a pesar de que consumió ante ellos una buena cantidad de las mejores marcas. Lo que sí hizo fué pensar cómo y por qué medios podría irritarlos e intrigarlos aún más.

En esto, y ya al fin de su viaje, recordó de improviso la misión que le había sido confiada de investigar los métodos pedagógicos de los países por los que había atravesado, para fijar las normas con arreglo a las cuales habían de ser educados los retoños del linaje fundado por Litumlei y cuya continuación de él se esperaba. Y precisamente en ningún lugar mejor que en Seldwyla podía cumplir nuestro héroe su cometido, pues no sólo coadyuvaba ello, haciéndole aparecer ante los seldwylenses investido de una elevada misión, a su propósito de mixtificar a sus conciudadanos, sino que en aquella época era la divertida ciudad un excelente terreno para esta clase de estudios. Habían

dado sus habitantes, desde hacía algún tiempo, en procurarse una magnífica fuente de ingresos convirtiendo en institutrices a todas sus hijas y enviándolas a los más apartados puntos de Europa. Inteligentes o torpes, sanas o enfermizas, todas las jóvenes de Seldwyla eran preparadas en establecimientos de la propia ciudad y para todas las necesidades. Igual que las truchas se preparan indiferentemente cocidas, fritas o mechadas, se orientaba a estas buenas muchachas ora en un sentido cristiano positivo, ora en una dirección mundana, bien para enseñar idiomas o bien para dar clases musicales, para ejercer su actividad en casas aristocráticas o entrar en familias burguesas, todo ello según la nación a que fuera a enviárselas y según de donde procediera la demanda. Pero lo más singular era que los seldwylenses se mantenían en este comercio dentro de la más absoluta neutralidad e indiferencia, sin tener la menor idea de los círculos sociales a los que exportaban sus hijas, explicándose únicamente la buena salida de estos artículos de exportación por una igual indiferencia e ignorancia en los que los aceptaban. Seldwylenses había que, haciendo gala de irreconciliable anticlericalismo, dejaban que sus hijas, destinadas a servir en Inglaterra, fueran educadas en la plegaria y en la estricta santificación de los domingos. Otros, que en públicas peroratas no se cansaban de repetir que la noble mujer suiza constituía el mejor ornato del hogar de un ciudadano de la libre Helvecia, tenían a sus cinco o seis hijas

desterradas en las estepas rusas o en otros lugares igualmente poco hospitalarios, donde se consumían añorando su lejana patria.

Mas lo importante era que los honrados seldwy-lenses pudieran deshacerse lo antes posible de sus infelices criaturas, proveyéndolas de un pasaporte y un buen paraguas, y darse luego buena vida con el producto de su trabajo, que, como buenas hijas, remitían íntegro desde sus apartados destinos.

Esta industria había acabado por dar a los que a ella se dedicaban una cierta experiencia y habilidad en la preparación exterior de sus artículos pedagógicos, y John Kabys tuvo que trabajar de firme para recoger en pocos días las singulares leyes que regían esta actividad, reuniéndolas y anotándolas con no menos singular comprensión. Visitó las diversas fábricas en las que se educaba a las muchachas destinadas a la exportación, interrogó a directoras y profesoras e intentó hacerse una idea de cómo habría de llevarse a cabo desde el principio la educación de un hijo de casa grande conforme a su condición y a cargo de personas pagadas para ello, que evitaran todo cuidado y trabajo a los padres.

Fabricó así una singular Memoria, que en pocos días creció hasta llenar varios pliegos, gracias a su aplicación en procurarse datos, actividad que despertó una curiosa expectación en torno suyo. No se separaba de su obra ni un solo momento y la llevaba a todas partes enrollada dentro de un canuto de hojalata colgado en bandolera. Mas

todos estos manejos acabaron por despertar la desconfianza de los seldwylenses, que supusieron llevaba el encargo de robarles el secreto de su industria y transplantarla al extranjero, y le expulsaron de la ciudad entre injurias y amenazas.

Satisfecho de haberlos irritado, continuó su viaje, y llegó por fin a Augsburgo sano y alegre como el pez en el agua. De excelente humor penetró en la casa, hallándola gozosamente animada. La primera persona con quien topó fué una vivaracha y bonita campesina de exuberante busto, que llevaba una palangana llena de agua caliente, y suponiendo que sería una nueva cocinera, la miró por lo pronto no sin cierto agrado. Presuroso por presentar sus respetos a la señora de la casa, intentó llegar hasta ella, mas no pudo conseguirlo por hallarse aquélla en cama y no poder recibir a nadie. No obstante, resonaban en toda la casa extraños y continuados ruidos producidos por el viejo Litumlei, que corría de un lado para otro, cantaba, llamaba, reía y regañaba, y apareció por fin soplando, anhelante, con los ojos brillantes y todo encarnado de placer, orgullo y altanería. Con benevolencia, pero respirando importancia, dió la bienvenida a su favorecido y desapareció corriendo, pues parecía hallarse extraordinariamente ocupado.

A esto se dejó oír en la casa un tímido plañido. La opulenta campesina atravesó de nuevo la escena, portadora de unos blanquísimos pañuelos y exclamando: «¡Voy, tesoro mío; voy, chiquitín, rico!»

—¡Diablo!—dijo John—. ¿Qué quiere decir esto? Y prestó de nuevo oído a aquel lejano llanto, que continuaba sonando.

—¡Qué!—irrumpió Litumlei, apareciendo otra vez todo presuroso—. ¿Has oído qué bien canta el pajarillo? ¿Qué dices de esto, amigo mío?

—¿Qué pájaro?—preguntó John.

—¡Válgame Dios! ¿Pero aun no te has enterado de nada? Por fin nos ha nacido un hijo, un heredero. Ahí lo tienes en su cuna, tan alegre como un cochinito recién nacido. Todos mis deseos y todos mis antiguos proyectos se han cumplido.

Quedóse petrificado el forjador de su dicha, aunque todavía no se daba perfecta cuenta, a pesar de ser tan claras y evidentes, de las consecuencias que para él había de traer el fausto suceso. Mas, de todos modos, sintió un intenso desagrado y abrió los ojos y puso hocico como si se viera obligado a besar a un erizo.

—¡No te disgustes por ello!—prosiguió el contento viejecillo—. Claro es que nuestras relaciones han cambiado algo y que he quemado mi testamento y aquella divertida novela que compusimos y que ya no nos hace falta. Pero tú seguirás en mi casa, tomarás a tu cargo la educación de mi hijo y serás mi consejero y auxiliar en todas las cosas. Nada ha de faltarte mientras yo viva. Reposa ahora de tu viaje en tanto que yo busco el nombre con que hemos de bautizar a mi pequeño bribonzuelo. Ya he recorrido tres veces el calendario y voy ahora a hojear una vieja crónica en la que hay

una multitud de árboles genealógicos con preciosos nombres.

John se dirigió a su cuarto y se sentó en el rincón acostumbrado, colocando inconscientemente sobre sus rodillas el canuto con su Memoria pedagógica, que colgaba aún de su correa. Dióse ahora clara cuenta de la situación, y maldijo a la perversa mujer que tan mala partida le había jugado pasando de contrabando un heredero, maldijo al viejo por su ciega fe en la legitimidad de su retoño, y se maldijo él por haber sido la única y verdadera causa original del pequeño llorón y haberse desheredado a sí propio de este modo. No pudiendo, por muchos esfuerzos que hizo, desenvolverse de aquella red, entre cuyas mallas se encontraba cogido, dió en la funesta idea de correr a la presencia del viejecillo y abrirle los ojos.

—¿Cree usted realmente—le dijo, con apagado acento—que el niño es suyo?

—¿Qué? ¿Cómo?—exclamó Litumlei, levantando la vista de su crónica.

John prosiguió, queriendo darle a entender, con entrecortadas frases, que nunca había sido capaz de ser padre, que por lo tanto debía de haberse hecho culpable su mujer de una infidelidad, y así sucesivamente.

No bien comprendió el hombrecillo lo que se le quería decir, se levantó como loco y pateó y gritó enfurecido:

—¡Fuera de aquí, ingrato, calumniador! ¿Por qué no había yo de poder tener un hijo? ¡Dí, misera-

ble! ¿Es tu agradecimiento a mis beneficios el que te hace intentar manchar el honor de mi mujer y el mío propio con tu villana lengua? Menos mal que me has hecho ver a tiempo qué pérfida serpiente había yo acogido en mi seno. ¡Cuán tempranamente son atacados estos grandes linajes! ¡Desde su cuna misma tienen que repeler las bajas agresiones de la envidia y el egoísmo! ¡Sal ahora mismo de esta casa!

Temblando de cólera corrió a su escritorio, tomó un puñado de monedas de oro y, envolviéndolas en un papel, las arrojó a los pies del desdichado John.

—Ahí tienes. Pero márchate en seguida de mi vista—dijo, y se alejó silbando como un reptil enfurecido.

John recogió el paquetito, pero no salió de la casa, sino que se deslizó hasta su cuarto, más muerto que vivo, se despojó de sus vestidos, sin conservar mas que la camisa, y temblando y gimiendo míseramente se metió en la cama, aunque todavía no era anochecido. En medio de todo su dolor, encontró fuerzas para contar el dinero que acababa de arrojarle el ofendido anciano y el que había él ahorrado durante el viaje con las mezquindades de que ya hemos dado cuenta a nuestros lectores.

—Todo cuanto hagan será inútil—murmuró—. No pienso marcharme. Quiero quedarme aquí, y me quedaré.

En esto llamaron a la puerta dos policías, entraron en el cuarto y ordenaron a John que se le-

vantara y se vistiera, a lo que obedeció lleno de pavor y de angustia. Mandáronle después que hiciera su equipaje, y como aun no había tenido tiempo de tocarlo desde su llegada hicieron que un criado lo bajara a la calle, a la que condujeron también a John, cerrando inmediatamente tras él las puertas. Una vez aquí, le leyeron un papel en el que se le prohibía, bajo castigo, pisar de nuevo los umbrales de aquella casa y le dejaron abandonado a su suerte contemplando el perdido Paraíso. Aun pudo ver cómo se entreabría una ventana y aparecía en ella la linda ama, que recogió unos pañales puestos allí a secar, a la manera campesina, y aun pudo oír al mismo tiempo la vocecita del recién nacido.

Por fin se decidió a huir con su equipaje de aquellos tristes lugares y se acogió a una posada, en la que se desnudó de nuevo y se metió en la cama, sin que esta vez viniera nadie a perturbar sus negras imaginaciones.

Al día siguiente, presa todavía de la desesperación, corrió a casa de un abogado para ver si aun cabía algún remedio. Pero apenas había mediado su relato cuando el letrado le interrumpió, exclamando: «¡Basta ya! No quiero oír esa necia historia. Fuera de aquí o le mando prender por impostor.»

Desesperanzado ya por completo emprendió el regreso hacia su buena ciudad de Seldwyla, de la que hacía tan pocos días había salido. Se hospedó en la misma posada, y, lleno de preocupaciones,

fué devorando poco a poco sus economías, haciéndose más humilde cuanto más iban menguando aquéllas. Viéndole más asequible, reanudaron los seldwylenses sus relaciones con él, y cuando hubieron averiguado sus aventuras y supieron que le restaba algún dinero, le vendieron una pequeña y vieja herrería, en la que se surtían de clavos, situada a las puertas de la ciudad y que, como ellos decían, podía dar de comer a su dueño. Mas para poder cubrir el precio de la venta tuvo John que vender todas sus preseas, cosa que no le apesadumbró ya mucho, habiendo perdido toda la esperanza que antes cifraba en ellos: siempre le habían engañado y no merecían los cuidados que les había consagrado durante toda su vida.

Con la herrería, en la que se fabricaban dos o tres clases de sencillos clavos, entró en la compra un viejo oficial, del que el nuevo propietario aprendió, sin grandes trabajos, el oficio, llegando a ser un buen herrero, que comenzó a martillear resignadamente, pero que cuando llegó a conocer la dicha del trabajo simple y sin preocupaciones continuó su labor con todo contento, viendo disipadas sus penas y limpiándose de sus malas pasiones.

Agradecido, plantó junto a la casa plantas de calabaza y enredaderas, que subieron por los pobres muros renegridos, a los que daba sombra un gran saúco y alegre resplandor el fuego de la fragua.

Tan sólo en las serenas noches meditaba aún sobre su destino, y cuando llegaba el aniversario del día en que había hallado a la señora de Litum-

lei en su cuarto, con la tarta de frambuesas a medio comer en la mano, se golpeaba el forjador de su dicha la cabeza contra la fragua, lleno de remordimientos por la inapropiada ayuda que había querido dar a su felicidad.

Mas también estos reproches fueron desapareciendo poco a poco, conforme iba siendo mejor la calidad de los clavos que forjaba.

DIETEGEN

En la vertiente septentrional de aquellas colinas al sur de las cuales se halla situada Seldwyla florecía aún a finales del siglo xv la ciudad de Ruechenstein. Gris y sombrío era el compacto cuerpo formado por sus muros y torres, y honrados, aunque severos y desapacibles, sus habitantes y regidores, cuya ocupación peculiar era el ejercicio de la más inflexible autoridad, la aplicación de la ley y del derecho y la ejecución de mandatos judiciales, reglamentos, indultos o condenas. Su mayor gloria y su más alto orgullo era la posesión de un fuero de horca y cuchillo, que habían conquistado y conservado a través de los tiempos con tanto afán y cuidado como otras ciudades su libertad espiritual y sus bienes terrenos. En las rocas que rodeaban la ciudad se alzaban horcas, ruedas y cadalsos de todo género; el Ayuntamiento estaba lleno de férreas cadenas, grillos y argollas, y en cada esquina se veía una jaula de gruesos barrotes colgada de lo alto de una torre, o una picota en la que azotar y exponer a la pública vergüenza a las mujeres que caían en falta. Hasta en el mismo río, de un profundo azul, que bañaba el pie de la ciu-

dad existían varios puntos destinados a someter a los criminales al tormento del agua o a ahogarlos por completo metidos en sacos o simplemente atados de pies y manos, conforme a los sutiles distinguos de la sentencia pronunciada.

No eran los ciudadanos de Ruechenstein férreos, robustos y espantables gigantes, como por sus inclinaciones hubiera podido suponerse, sino más bien gente de aspecto completamente vulgar y filisteo, con redondas barrigas y delgadas piernecillas. Su única peculiaridad eran unas largas narices amarillas, con las que todo el año andaban olfateándose unos a otros, esperando descubrir algún crimen merecedor de ejemplar castigo. Nadie hubiera sospechado en cuerpos tan entecos nervios tan acerrados como se necesitaban para presenciar las continuas y sangrientas ejecuciones de pena capital que constituían el diario y preferido espectáculo de aquellos buenos ciudadanos.

De este modo se pasaban la vida escondiendo su desmedrado cuerpecillo tras de su alto afán justiciero, siempre dispuesto, como una tupida red, a enredar entre sus mallas a los pecadores. Y realmente en ningún lugar del mundo se cometían tan singulares y originales crímenes como en Ruechenstein. La inagotable inventiva que mostraban sus moradores en el establecimiento de nuevos y originales castigos parecía excitar la de los criminales y espolear su emulación. De este modo era muy raro que pasase algún tiempo sin que en la ciudad hubiera algo que juzgar, sentenciar y castigar;

mas ni siquiera en estas raras épocas de escasez de pecadores indígenas dejaban los severos ciudadanos holgar su actividad preferida, dedicándose en ellas a perseguir, encarcelar y condenar a los bribones de otras ciudades, y se necesitaba poseer una limpia y tranquila conciencia para atreverse a penetrar en el territorio de Ruechenstein, pues en cuanto llegaba a oídos de sus moradores la noticia de un delito cometido en las más lejanas comarcas pescaban al primer viajero que se arriesgaba en sus dominios y le sometían al tormento hasta que se confesaba autor del hecho que se le imputaba o se averiguaba, por pura casualidad, que no había tenido la menor participación en él. De continuo surgían, además, entre Ruechenstein y las demás ciudades espinosas cuestiones de competencia, y más de una vez tuvo el Gobierno central que llamar la atención al Concejo de la ciudad por sus impertinencias.

Para la ejecución de las penas capitales en la horca, el fuego o el agua gustaban los de Ruechenstein de elegir un día apacible y sereno, de manera que durante el verano apenas pasaba una sola tarde en la que no se celebrase alguno de tales regocijados espectáculos. No era, pues, nada raro que el viajero que atravesaba los bosques que dominaban la ciudad viera de repente relampaguear una espada, surgir una columna de humo o debatirse en el río el cuerpo agonizante de alguna infeliz condenada por delito de hechicería.

Es fácil imaginar que para tal ciudad no podían

existir vecinos más enfadosos que los regocijados seldwylenses, para los cuales constituía aquélla una perpetua amenaza. Todo seldwylense que se arriesgaba a hollar el territorio de Ruechenstein era hecho preso en el acto e interrogado sobre el último delito descubierto. En justa correspondencia, aprehendían los seldwylenses a todo ciudadano de Ruechenstein que se dejaba sorprender en sus dominios, y sin proceso de ninguna clase, sólo por ser habitante de la ciudad vecina, le conducían al mercado y le administraban seis buenos varazos en los lomos, tras de lo cual le embadurnaban la larga nariz con un infernal unto de negrísimo color y le ponían en libertad entre burlas y risas. Por esta razón veíanse siempre en Ruechenstein individuos más malhumorados de lo que era costumbre tradicional en la severa ciudad, y que mientras sus negras narices iban lentamente palideciendo parecían olfatear silenciosamente la sangre de infelices delincuentes.

Los seldwylenses conservaban el unto, siempre presto para su empleo, en una orza de hierro decorada con el escudo de Ruechenstein, a la que denominaban el «amable vecino» y tenían colgada, con su correspondiente pincel, en el arco de la puerta que conducía a la ciudad a cuyos habitantes estaba destinada. Cuando la pintura se concluía o secaba era renovada con gran ceremonial regocijado, al que ponía punto un alegre banquete, cuyos ecos hacían rechinar los dientes a los graves vecinos. Tan agraviados se sintieron éstos en una

de tales ocasiones, que emprendieron una expedición con objeto de castigar la insolencia de los seldwylenses, los cuales, advertidos a tiempo, salieron al campo y los atacaron con valeroso esfuerzo. Mas sucedió que los de Ruechenstein habían colocado a vanguardia una docena de sus mejores alguaciles, espantables figurones con grandes barbas encanecidas al servicio de la ciudad y un rollo de cuerda colgando de la empuñadura de la espada. Su temerosa vista produjo tal espanto a los seldwylenses, que comenzaron a retroceder, y hubieran sido vergonzosamente derrotados a no salvarlos una buena ocurrencia. Para escarnio de sus atacantes habían traído consigo el «amable vecino», y en lugar de bandera, una monstruosa brocha colocada al extremo de un larguísimo palo. Al verse en peligro tuvo el abanderado la feliz idea de mojar la brocha en el negro unto y correr valerosamente hacia los primeros enemigos, embadurnando con rapidez sus rostros y haciendo que los que venían en vanguardia retrocedieran al verse amenazados por el odiado tinte, sembrando la confusión en las primeras filas y haciendo que los que los seguían vacilaran y perdieran ánimos ante aquella dispersión, cuya causa no adivinaban. Esta momentánea vacilación fué aprovechada por los seldwylenses, que, avanzando entre risas y burlas, rechazaron al enemigo hacia su ciudad. Allí donde quisieron reponerse los de Ruechenstein e iniciar algún avance acudía rápida la temida brocha al final de su largo mango, y frustraba sus propósitos;

manejo que no dejaba de suponer cierto heroísmo, pues ya dos veces habían caído los endiablados portadores de la victoriosa arma, traspasados de flechas, y otras tantas se había hallado quien la recogiese y la tornase al frente enemigo.

Quedaron, por último, francamente derrotados los de Ruechenstein, y emprendieron la huida a través del bosque, llevando los seldwylenses a sus talones. Con gran esfuerzo lograron acogerse a su ciudad y cerrar la puerta antes que pudieran penetrar sus perseguidores, los cuales se contentaron con pintarla de negro y echar varios manchones sobre el puente levadizo, hasta que, reanimados los vencidos, comenzaron a arrojarles desde las murallas espuestas de cal viva.

Dado que en el calor de la persecución habían penetrado en la ciudad algunas personalidades seldwylenses, quedando en ella prisioneras, y en cambio los vencedores habían aprisionado una docena de fugitivos, concertóse, al cabo de algunos días, un canje y luego un tratado de paz en toda regla. Ambas partes habían desahogado su humor bélico y sentían la necesidad de vivir algún tiempo en paz y concordia. Los seldwylenses prometieron entregar para siempre la orza del unto, y los de Ruechenstein se obligaron a renunciar a todo procedimiento contra los ciudadanos de Seldwyla, que penetraron, paseando pacíficamente, en su territorio.

Para la confirmación solemne de tales acuerdos fué señalado día, y se escogió como punto de re-

unión el lugar en que se había desarrollado la fase principal del pasado combate. De Ruechenstein acudieron tan sólo los regidores más jóvenes, pues los viejos no pudieron hacerse a la idea de tratar amistosamente con los de Seldwyla. Estos acudieron en numeroso y ordenado cortejo, presidido, entre regocijados cánticos, por el «amable vecino», y llevaron un tonelito de su más añejo vino y multitud de jarros y copas de plata en las que verificar las libaciones que habían de cerrar el pacto. El buen vino bebido en las lujosas copas trastornó los sentidos de los jóvenes señores de Ruechenstein, que, sintiendo circular por sus venas un cálido rayo de sol, se dejaron seducir por sus amables vecinos, y en lugar de volver a sus hogares una vez terminada la ceremonia, entraron en Seldwyla, donde les esperaba un espléndido banquete preparado en la Casa Ayuntamiento. A él acudieron las más bellas mujeres y doncellas de la ciudad, trayendo consigo nuevos vasos, copas y jarros de preciosas materias, de manera que con el resplandor de los ojos femeninos y el de los nobles metales llegaron los pobres forasteros a olvidarse de sí mismos, mostrándose todo amabilidad y regocijo. No sabiendo cantar otra cosa, entonaron, entre las alegres canciones báquicas de los seldwylenses, graves salmos latinos, y llegaron a cometer la imperdonable ligereza de invitar a sus nuevos amigos a pagarles su visita yendo con sus mujeres e hijas a Ruechenstein, donde les garantizaban una excelente acogida. Aceptada la invitación con gran

júbilo, se despidieron los buenos señores, llenos de entusiasmo y creyéndose irresistibles conquistadores al ver que las risueñas damas seldwylenses les daban cortejo hasta las puertas de la ciudad.

Mas al siguiente día nublóse un poco su regocijo cuando despertaron en su sombría ciudad y recordaron que tenían que dar cuenta de lo sucedido. Al llegar a la invitación hecha a los de Seldwyla faltó muy poco para que se los encarcelara y sometiera a la tortura como sospechosos de embrujamiento; pero como también por sus venas corría sangre autoritaria y justiciera, mantuvieron firmemente lo hecho, aunque también a ellos les pesaba ya su ligereza, y presentaron a los ojos de los indignados ancianos cómo el honor de la ciudad exigía que los seldwylenses hallaran el amistoso recibimiento prometido. Su descripción de la lujosa argentería tan vanidosamente exhibida por los alegres vecinos, y las alabanzas de la belleza y elegancia de sus mujeres, les hicieron ganar algunos partidarios entre sus conciudadanos. Los hombres opinaron que no debían quedarse atrás en ostentación y que era necesario mostrar alguna vez las riquezas que su ciudad poseía encerradas en férreas cajas; y las mujeres, por su parte, sintieron viva comezón de transgredir por una vez las severas leyes suntuarias y vestirse y adornarse lo mejor posible, bajo el plausible pretexto de la política. Todas ellas tenían en sus armarios elegantísimos vestidos y adornos, pues la ley no les prohibía poseer tales lujos, sino solamente exhibirlos

fuera de sus casas, y gracias a esta atenuación de la rigidez ordenancista no había ya estallado un movimiento femenino que derrocara por completo los preceptos suntuarios. Quedó, pues, concertado recibir con todo fausto y entusiasmo a los antiguos contrarios y flamantes amigos, sin que de nada sirviera la indignada protesta de los ciudadanos más ancianos, los cuales, a modo de compensación, decidieron en el acto festejar con la ejecución de un delincuente la entrada de los seldwylenses en Ruechenstein, y mitigar así, de una manera digna y saludable, aquel exceso de regocijo que tan mal les sentaba. De este modo, mientras que los jóvenes señores se ocupaban en los preparativos de la fiesta se reunieron los ancianos en la prisión, y escogieron para sus propósitos a un infeliz pecador que acababa de caer en sus redes. Era éste un bellísimo muchachito de once años, cuyos padres habían perecido en una guerra y había sido mantenido y educado a costa de la ciudad, esto es, había sido entregado al preboste de los pobres, hombre miserable y seco de corazón, que sin que su mujer, tan poco cariñosa como él, se opusiera en nada le había tratado como un animal doméstico más. Llamábase el esbelto muchachito Dietsgen, y este su nombre de pila era todo lo que en este mundo poseía para el presente y el futuro. Miserablemente vestido siempre, no tuvo nunca un trajecito dominguero, y en los días de fiesta hubiera parecido un espantapájaros, entre las demás gentes, a no salvarle su natural belleza. Se hallaba

obligado a barrer y fregar la casa del preboste y ejecutar en ella toda clase de trabajos domésticos, y cuando la mujer de su guardador no encontraba ningún desagradable trabajo que encomendarle le prestaba a las vecinas, cobrándoles una pequeña cantidad, para que ellas le hiciesen llevar a cabo los más repugnantes ministerios. A pesar de sus atractivos y buena disposición, le tenían todos por tonto al ver que se sometía en silencio y sin protestar jamás a sus más singulares antojos; mas, no obstante, ninguna podía sostener su ardiente mirada cuando el muchacho, lleno de un inconsciente valor, alzaba sus brillantes ojos mirando en torno suyo.

Varios días antes, el preboste, al que se le había antojado cenar ensalada, había mandado a Dietegen, al caer la tarde, en busca del vinagre necesario. La mujer del preboste tenía destinada a contener dicho líquido, desde hacía muchos años, una jarrita que, ennegrecida por el uso, parecía de estaño y había sido comprada por algunos céntimos, en unión de otros utensilios, pero que en realidad era de plata. El bodeguero que vendía el vinagre vivía en un solitario lugar detrás de las murallas de la ciudad. Cuando Dietegen se aproximaba a la casa con su jarrita en la mano apareció sigilosamente un viejo judío con su morral al hombro, y echando una ojeada a la jarrita vió que, aunque toda ennegrecida, era de bella y bien trabajada forma. Con suaves palabras logró que Dietegen se la entregase, y arañándola subrepti-

ciamente con una de sus largas uñas se dió cuenta de su verdadera materia. En el acto ofreció al asombrado Dietegen cambiársela por una ballesta de excelente construcción y algunas flechas dentro de un bolso de vieja piel de nutria. El muchacho cogió con ansia el arma que le ofrecían y puso tensa la cuerda con mano hábil y forzada, mientras el judío se alejaba cauteloso sin que Dietegen se dignara ocuparse más de él, pues comenzó a tirar contra la puerta de una torrecilla cercana, siguiendo su juego sin que nadie le estorbara y olvidándolo todo.

Entre tanto había el preboste hecho su requisa por la ciudad y pescado al judío en el momento en que éste intentaba salir por una de las puertas. Registrado el morral del hebreo, se halló en él la jarrita, que el preboste reconoció en seguida, con asombro. Temiendo el judío por su vida, confesó en el acto que era de plata y que un muchacho acababa de forzarle con amenazas a cambiársela por una ballesta que, a pesar de ser magnífica, no alcanzaba quizá tan elevado valor. Corrió el preboste a casa del orfebre, y, trayéndolo consigo, le hizo examinar la jarra, viendo confirmado que era de plata y de excelente trabajo. Este descubrimiento le produjo, así como a su mujer, que había acudido entre tanto, indecible excitación y cólera: en primer lugar, por ver que poseían, sin saberlo, una tan valiosa jarra, y en segundo, por haber estado a punto de quedarse sin ella. Les pareció que el mundo era un hormiguero de amenazadoras

injusticias y vieron en el infeliz Dietegen un peligroso enemigo que había querido despojarlos de la rica cosecha de incontables afanes y penosos sufrimientos y hasta de su salvación eterna. Declararon que siempre habían sabido el valor de aquel utensilio, y, con locas maldiciones, acusaron de robo al pobre muchacho. Mientras éste seguía su inocente juego e iba afinando cada vez más su puntería, salieron en su busca dos numerosos grupos, capitaneados, uno, por el preboste, y otro, por su mujer, que no consentía en dejar el asunto de la mano. No tardaron mucho tiempo en dar con el supuesto delincuente, que seguía su ejercicio a la luz de la luna y que despertó como de un sueño al verse rodeado. Cayó entonces en su olvido y al mismo tiempo en la falta de la jarrita; pero creyendo haber hecho un buen negocio, alargó sonriente la ballesta a su amo con objeto de apaciguar su ira. Mas no le sirvió ello de nada y fué atado y conducido a la prisión, donde relató ante los jueces lo sucedido, sin poder defenderse de las imputaciones que se le hacían.

El pobre niño fué condenado a la horca y señalada su ejecución para el día de la visita de los seldwylenses.

Estos aparecieron a la hora fijada, formando un esplendoroso y abigarrado cortejo, a cuya cabeza marchaban los clarines de la ciudad. A pesar de la promesa de buena acogida, venían armados con sus buenas espadas y bien templadas dagas; pero traían consigo diez o doce de las más arriesgadas

damas de Seldwyla, ricamente tocadas, y hasta algunos niños vestidos con los colores de la ciudad y portadores de regalos. Los jóvenes regidores de Ruechenstein, sus amigos, salieron a recibirlos a alguna distancia de las puertas y los acompañaron en su entrada, algo temerosos y embarazados. La puerta había sido pintada de nuevo, después de limpiados concienzudamente los negros manchones del «amable vecino», y lucía un pobre adorno de verdes guirnaldas. Pasado el arco, se hallaban formados en dos filas, y armados de todas armas, los alguaciles de la ciudad, que se agregaron al cortejo, acompañándolo con férreo estrépito por las sombrías y estrechas calles. Los vecinos miraban pasar en silencio, pero llenos de curiosidad, la inusitada cabalgata, como si una maravilla jamás vista cruzara ante sus ojos, y cuando alguno de los seldwylenses alzaba la cabeza y saludaba alegremente desaparecían asustados los rostros femeninos asomados a las ventanas. En cambio, los hombres aplastaban la nariz contra los verdosos vidrios para contemplar la desacostumbrada aparición de bellas gargantas de mujer libres de todo velo.

De este modo llegó el cortejo al gran salón del Ayuntamiento, lúgubrememente suntuoso. Las paredes y el techo estaban revestidos de madera de haya pintada de negro, con algunos toques dorados. En el centro de la estancia se alzaba una larga mesa cubierta con un blanco mantel bordado en seda verde e hilo de oro, representando escenas de

caza, ciervos, cazadores y perros. Sobre el mantel se extendían unos finos paños de blanco damasco que, considerados de cerca, mostraban artísticas escenas mitológicas más regocijadas de lo que pudiera esperarse hallar en aquel severo salón. Encima de todas estas preciosidades se hallaba dispuesto todo lo correspondiente a un gran banquete oficial, resaltando una gran cantidad de magníficas fuentes, jarros y copas, que en sus labrados y repujados en alto y bajo relieve mostraban un esplendente mundo de movidas ninfas, náyades y otras divinidades. Hasta la pieza principal, un gran navío de plata repujada, ejecutado conforme a todas las severas reglas de la arquitectura naval, ostentaba en su proa una Galatea de osadas formas.

A lo largo del salón paseaban arriba y abajo las graves señoras de los concejales, envueltas en rígidos trajes de seda, negros o rojos, y cubierta la garganta hasta la barbilla con tiesos encajes almidonados. Se adornaban con múltiples cadenas, cinturones y diademas de oro y llevaban en todos los dedos, sobre los guantes, infinitas sortijas. No eran feas estas mujeres, y por su tierno cutis transparente y rosado hubieran merecido ser calificadas de bonitas; pero era su aspecto tan agrio, severo y poco afable, que se llegaba a dudar de que hubiesen reído alguna vez en la vida.

La presentación de los seldwylenses fué harto embarazosa, y ambas partes se alegraron de verse sentadas a la mesa y poder encubrir comiendo y bebiendo la frialdad de la situación. Los seldwy-

lenses fueron los que antes volvieron a hallar su natural animación, comenzando a admirar y alabar la rica argentería, cosa que complació a los de Ruechenstein, haciéndoles esforzarse en mantener la conversación, aunque siempre en su tono peculiar, frío y grave. Mas aquélla tomó de repente un giro que nunca hubieran podido sospechar. Los seldwylenses, que sabían hacer uso de sus ojos, descubrieron las alegres y graciosas escenas figuradas en el tejido de los mantelillos y en los repujados de la vajilla. Dejando vagar con riente placer sus miradas por todo aquel mundo mitológico, tan libre y exuberante, se llamaron la atención unos a otros y supieron interpretar, entre ingeniosas chanzas, las escenas representadas, rivalizando las damas con los caballeros en acertar la leyenda de la que habían sido tomadas. Considerando hartó infantil esta ocupación de sus invitados, examinaron los señores y señoras de Ruechenstein aquello que tanto regocijo causaba a los seldwylenses. Jamás antes se habían dignado parar mientes en los detalles de su vajilla, considerándolos únicamente como ornamento natural de la misma, sin significado ni importancia alguna. Cuál no fué, pues, su asombro al darse cuenta de las paganas abominaciones que tan cerca de sus pudorosos ojos tenían. Pasado el espanto que su descubrimiento les produjo, se indignaron contra la impertinente curiosidad de sus invitados, que en lugar de despreciar aquellas menudencias, fijándose tan sólo en la riqueza de la materia, habían hecho resaltar

lo que ellos juzgaban indecoroso. Los señores se limitaron a sonreír forzosamente cuando, siguiendo los seldwylenses sus averiguaciones, descubrieron aquí una Leda y más allá una Europa; pero las damas enrojecieron hasta los ojos, palidieron después de ira y estaban ya a punto de levantarse de la mesa, llevadas por su indignación, cuando el triste sonido de una campana vino a tranquilizarlas. Era esta campana anuncio de que iba a cumplirse una ejecución de pena capital, y, en efecto, momentos después se oyó ruido en la calle y apareció el fúnebre cortejo que conducía al infeliz Dietegen a la horca. Levantóse de la mesa toda la compañía y corrió a las ventanas, dejando los de Ruechenstein, con sonrisa sardónica, que sus invitados ocupasen los primeros puestos.

Un clérigo, un verdugo con su ayudante, varios individuos de la curia y algunos guardias componían el cortejo, a cuyo frente marchaba el buen Dietegen descalzo y vestido con una blanca hopa ribeteada de negro. Llevaba las manos atadas a la espalda y el verdugo empuñaba detrás de él el extremo de la soga. Sus bellos rizos le caían sobre el blanco cuello desnudo, y sus ojos, doloridos y suplicantes, se alzaban hacia las ventanas en demanda de auxilio y compasión. Bajo el porche del Ayuntamiento se hallaban reunidos los niños de Seldwyla luciendo sus trajes de fiesta, y al pasar Dietegen ante ellos y verlos tan galanos y felices quiso detenerse, mientras corrían por su rostro abrasadoras lágrimas; mas el verdugo le empujó

hacia adelante y el grupo siguió su marcha, desapareciendo a poco. Las damas seldwylenses pali-
decieron, y sus maridos sintieron un profundo
horror ante aquella triste escena. Siendo poco
amigos de tan fúnebres espectáculos, les repug-
naba estar más tiempo entre aquella gente cruel,
que parecía gozarse en ellos, y cediendo al deseo
de sus mujeres se despidieron todo lo apresurada-
mente que la cortesía permitió. Por su parte, los
de Ruechenstein, apuntándose como un triunfo la
desagradable impresión producida, habían reco-
brado su tranquilidad, y mostrando todo el buen
humor que les era posible acompañaron a sus que-
ridos invitados hasta la puerta de la ciudad, dán-
doselas de galantes e intentando mantener una
viva conversación.

Ante la puerta topó el cortejo con los hombres
de justicia que volvían de la ejecución. A ellos
seguía un único servidor, empujando una carretilla
en la que iba el cuerpo del ajusticiado, dentro de
un mal ataúd. Respetuosamente se apartó a un lado
el pobre diablo al hallarse ante los señores y se
detuvo para dejar paso a la lucida cabalgata, pro-
curando arreglar el paño que cubría el ataúd, y que
amenazaba resbalar dejando al descubierto el cuer-
po del ahorcado.

Entre los infantiles seldwylenses había una bella
niña de siete años que no había cesado de llorar
desconsoladamente desde que vió a Dietegen ca-
mino de la horca. Al pasar ahora junto a la carre-
tilla se subió por una de las ruedas sin que nadie

pudiese prevenirlo y tiró del paño que cubría al ajusticiado. Todos miraron con dolor el bello rostro de Dietegen, y de pronto observaron que movía los párpados y respiraba aún casi imperceptiblemente. Con la agitación que la visita de los de Seldwyla había despertado en la ciudad había sido mal ahorcado, y los ayudantes del verdugo, con la prisa de llegar a tiempo para gustar los restos del banquete, habían descolgado el cuerpo antes de tiempo. La atrevida muchacha gritó al verle revivir y todas las damas seldwylenses acudieron, rodeando el ataúd en que yacía el pálido Dietegen. Al verle moverse lo cogieron en brazos, y frotando su cuerpo, echándole agua en el rostro y haciéndole tragar unas gotas de vino trataron de volverle a la vida, auxiliadas por sus conciudadanos, en tanto que los de Ruechenstein, llenos de sorpresa, contemplaban en silencio la escena, sin saber qué hacer. Al recobrar Dietegen el sentido y mirar en torno suyo, pensando que despertaba en el Paraíso, vió de pronto junto a sí al ayudante del verdugo que le había echado antes la cuerda al cuello, y suponiendo que hasta en el cielo iban persiguiéndole sus atormentadores, corrió a refugiarse de nuevo en los brazos de las damas seldwylenses. Conmovidas éstas, rogaron a sus severos huéspedes que, en señal de buena amistad, les cedieran a aquel muchacho tan milagrosamente salvado de la muerte. Apoyaron tal petición los señores de Seldwyla, y tras de corto conciliábulo otorgaron los de Ruechenstein su aquiescencia, quedando

convenido que Dietegen marcharía a la vecina ciudad en compañía de sus salvadores. Esta decisión colmó la alegría de las bellas damas y de sus hijos, y Dietegen partió con ellos sin siquiera despojarse de su hoga de condenado. La suave belleza de aquel anochecer estival decidió a los seldwylenses, una vez llegados a la cumbre de la montaña donde empezaba su territorio propio, a hacer un alto y reponerse de la emoción sufrida divirtiéndose por cuenta propia. No tardaron en agregarse a ellos numerosos compatriotas, que al ver retornar la expedición salieron a su encuentro llenos de curiosidad por saber cómo les había ido en Ruechenstein. Volvieron los músicos a hacer sonar sus instrumentos, y las copas y jarros circularon de nuevo, y ya con verdadero y libre regocijo.

Dietegen miraba con tal aire de felicidad, interés e inocencia en torno suyo, que a cien leguas se veía que no podía haberse hecho culpable de delito alguno, cosa que comprobó, además, su relato de lo sucedido. Las seldwylenses no se cansaban de contemplarle; le coronaron con una guirnalda de flores silvestres y, por último, le besaron y abrazaron una tras otra de tal manera, que cuando la última le soltaba ya estaba la primera con los brazos abiertos para acogerle en ellos.

Mas aquella niña que había sido realmente la que había salvado a Dietegen entró de repente en el grupo de las señoras y, colocándose con enfadado gesto entre el muchacho y la dama que en aquel momento se disponía a besarle, cogió a Die-

tegen de la mano y tiró de él para conducirlo al lado de los demás niños, acción que hizo prorrum-pir a los circunstantes en alegres risas y exclamar:

—¡Está bien! La pequeña Kuengolt no quiere que nadie le quite su conquista. Y tiene buen gusto. Fijaos qué buena pareja hacen.

El padre de Kuengolt, que era guarda mayor de los bosques comunales, se adelantó entonces y dijo:

—El muchacho es muy de mi gusto y tiene ojos de buena persona. Si los señores me lo permiten le llevaré a mi casa, ya que no tengo mas que una hija, y procuraré hacer de él un honrado montero.

Esta proposición logró la aquiescencia de los seldwylenses, y Kuengolt, llena de contento, no soltó ya a Dietegen de la mano, formando con él una graciosa parejita. La niña llevaba también una corona de flores sobre sus dorados rizos y su vestido era verde y encarnado. Entre los alegres seldwylenses parecía aquella pareja un cuadro de las antiguas épocas legendarias, cuando todos comenzaron el retorno, bañados por la ardiente púr-pura crepuscular. El guardabosques se separó al poco rato de la expedición y tomó, con los niños, un sendero lateral que conducía a la casa forestal en que vivía, situada no lejos de la ciudad, en medio del bosque. Una oscura avenida, bordeada de copudos árboles, conducía a la casa, en la que la mujer del guardabosques esperaba tranquilamente la llegada de su marido, quedando sorprendida al ver entrar a los dos niños. Acudieron en el acto los criados, llenos de curiosidad, y mientras la mujer

servía la cena a los fatigados niños relató el marido la aventura del muchacho. Este no podía ya casi tenerse en pie y sentía frío, cubierto tan sólo con la hopa y descalzo de pie y pierna; así es que la primera cuestión que surgió fué la de quién iba a acogerle aquella noche en su cama. Mas ninguno de los criados quiso prestarse a ello, temerosos todos del contacto de una persona que hacía pocas horas había estado colgada de la horca. Entonces Kuengolt exclamó:

—Dormiré en mi cama. Es bastante ancha para los dos.

Y la madre accedió a ello entre alegres risas por el entusiasmo de la pequeña. Luego, mirando cariñosamente a Dietegen, añadió:

—Desde que vi entrar a este bribonzuelo he tenido un singular presentimiento. Me pareció ver en él un ángel bueno que había de traernos la felicidad. Por lo menos, estoy segura de que no nos traerá desgracia.

Dicho esto, condujo a los niños a una pequeña alcoba vecina a la otra en que dormía el matrimonio, y se dispuso a acostarlos. Dietegen, que no oía ni veía ya lo que pasaba en torno suyo, comenzó a hacer los movimientos acostumbrados para desnudarse; pero como no tenía encima mas que la blanca hopa y estaba, por lo tanto, como en camisa, los inútiles esfuerzos que, borracho de sueño, iba efectuando eran de un tan cómico efecto que la niña, ya arrebujaada entre las sábanas, se echó a reír, exclamando:

—¡Miradle! No tiene ni botas ni jubón y quiere desnudarse.

También la madre sonrió cariñosamente y dijo:

—Anda a la cama, simple. Puedes acostarte con la hopa. Está nueva y es de buen hilo. Esa perversa gente de Ruechenstein lleva a cabo sus atrocidades con una cierta decencia.

Tapó después con todo cuidado a los dos niños y no pudo por menos de besarlos a ambos; de manera que el pobre Dietegen fué aquella noche más feliz que nunca en su vida. Pero sus ojos se hallaban ya cerrados y su espíritu sumido en un profundo sueño. Kuengolt dijo a media voz:

—Se ha dormido sin rezar.

A lo cual respondió su madre:

—Reza tú por él.

Y se retiró a su alcoba. Rezó la niña dos padre-nuestros, uno por ella y otro por su compañero, quedando después todo en silencio.

Pasada la media noche despertó Dietegen, sintiendo dolorido el cuello, del rudo apretón de la soga. A pesar de que la luz de la luna iluminaba la estancia vivamente, no logró el niño recordar al pronto dónde estaba y qué era lo que le había sucedido, sintiendo tan sólo un indecible bienestar, apenas turbado por el dolor que le atenazaba la garganta. Por la abierta ventana entraba el suave rumor de un manantial que junto a la casa fluía, y los árboles del bosque vibraban suavemente en la argéntea noche bajo el claro disco lunar. Todo ello era tan nuevo para el niño, que, creyéndose

transportado a un país de maravilla, se incorporó en la cama para mirar a través de la ventana, y al hacerlo vió junto a él a la pequeña Kuengolt, en cuyo rostro daban de lleno los blancos rayos de la luna. La niña yacía en la cama quietecita, pero despierta, pues su alegría y la excitación no la habían permitido conciliar el sueño. Cuando vió que Dietegen la miraba, brillaron sus ojos y le dijo sonriendo:

—¿Por qué no duermes? Tienes que dormir.

Dietegen se quejó de que le dolía la garganta, y en el acto le echó la niña sus bracitos al cuello y le atrajo hacia sí hasta que sus mejillas se tocaron, sintiéndose el niño tan consolado por el compasivo abrazo que casi dejó de notar el dolor. Sin separarse, comenzaron a charlar a media voz. Dietegen tuvo que contar su vida, pero acabó en seguida, dado que no tenía recuerdo alguno agradable de ella ni tampoco podía representarse con claridad las penas y miserias sufridas, no habiendo nunca conocido un momento de felicidad hasta aquella misma tarde. Lo que sí recordó, como cosa merecedora de relatarse por el placer que había experimentado en ella, fué el suceso de la ballesta, y lo contó a la niña de cabo a rabo, desde el encuentro con el anciano judío, que le había engañado con sus malas artes, poniéndole a punto de perder la vida, hasta la deliciosa hora que había pasado disparando flechas. Por último, expresó su vivo deseo de poseer de nuevo una ballesta como aquélla.

—Mi padre tiene muchas—le dijo la niña—, y desde mañana podrás tirar todo lo que quieras.

Luego le fué enumerando todas las buenas cosas que en su casa había, y entre ellas las que eran de su exclusiva propiedad y tenía guardadas en una cajita, tales como un collar de ámbar, un libro de cuentos con estampas en color y un caracol en el que detrás de un cristal se veía una Virgen vestida de oro y seda roja. También le pertenecía una cuchara de plata sobredorada con un largo mango en espiral, pero que no podría usarla hasta que fuese mayor y se hubiese casado. Para su boda le regalaría su madre su aderezo y su vestido de brocado azul, que se tenía solo de pie sobre el suelo sin necesidad de que nadie lo vistiese. Al llegar a este punto de su relato permaneció la niña unos momentos en silencio y, apretando contra su cuerpo a su infantil compañero, le dijo en voz muy baja:

—Oye, Dietegen.

—¿Qué?—preguntó él; y replicó la niña:

—Tienes que casarte conmigo cuando seamos mayores. ¿Quieres?

—Ya lo creo—repuso Dietegen.

—Entonces, dame la mano—continuó la pequeña novia.

Así lo hizo el niño, y tras de estos esponsales quedaron ambos profundamente dormidos y no despertaron hasta muy entrada la mañana, pues la buena madre se cuidó muy bien de no despertar a Kuengolt a la hora de costumbre para no turbar

el reposo de Dietegen, que tan necesario tenía que serle después de los accidentados sucesos de la víspera.

Cuando la buena mujer oyó hablar en la alcoba entró en ella llevando un completo trajecito de niño. Dos años antes había muerto un hijo suyo, herido por el tronco de una encina que al caer le había cogido debajo, y aunque Dietegen era un año menor que el muerto, su cumplido desarrollo hacía esperar a la madre que el trajecito domin-guero de su perdido hijo—dolorosamente conser-vado por ella—le sentase a maravilla. Con esta idea se había levantado al amanecer para quitar al traje unos lazos de colores que lo adornaban y cerrar los cuchillos que dejaban ver el rojo forro de seda. Tal labor costó a la madre abundantes lágrimas, recordando al amado hijo, mientras iba desapareciendo como una perdida alegría la roja seda del forro bajo el negro paño del jubón y de los pequeños calzones. Mas no dejaba de hallar consuelo en la idea de que el destino le mandaba ahora otro niño, milagrosamente arrancado de la muerte, al que podía vestir con el recuerdo de su perdido hijo. El rojo forro de seda que quedó ocul-to bajo el negro paño era como el escondido fuego de su tierno corazón maternal, más lleno de cariño y benevolencia que lo que dejaba adivinar el tran-quilo y silencioso continente de la buena mujer. Cuando el muchacho hubiese mostrado su buena conducta pensaba la mujer abrir de nuevo aquellas costuras, devolviendo al traje su primitivo esplen-

dor dominguero. Además, aquellos vestidos no debía llevarlos Dietegen sino algunos días, en tanto que se le hacía un fuerte y sencillo traje de faena. Mientras la madre enseñaba a Dietegen a vestir aquel traje, al que no estaba acostumbrado, se había levantado Kuengolt, y, sin que nadie la viera, había cogido y revestido, con repentino capricho, la hopa del niño, cuyos bordes ocultaban sus piececitos y arrastraban por el suelo. No contenta con esto, echó las manos a la espalda como si las tuviera atadas y comenzó a pasear por el cuarto, cantando:

—Soy un pobre pecador y voy descalzo de pie y pierna.

La madre se aterrorizó al verla de aquella guisa y exclamó, palideciendo, aunque sin mostrarse enfadada:

—¡Por Dios, Kuengolt! ¿Quién te ha enseñado esas bromas tan desagradables?

Y quitó a la divertida niña la blanca hopa, que Dietegen, lleno de ira, hizo jirones en el acto.

Una vez vestidos, pasaron los niños a desayunar. Acababa de llegar del horno el pan amasado aquella misma mañana, y con el pan unos dorados bollos que migar en la sopa de leche. En lugar del pequeño panecito destinado especialmente a Kuengolt, y al que cuidaba la madre de dar la misma forma que a los grandes panes, se habían hecho aquel día dos de la misma hechura, y Kuengolt no descansó hasta que hizo elegir a Dietegen el que a ella le parecía mejor y más dorado. Comió el niño

sin timidez todo aquello que le fué ofrecido, como si después de vivir con perversos extraños hubiese retornado a la casa paterna. Pero durante todo el desayuno permaneció silencioso, mirando de continuo a la cariñosa mujer y contemplando la clara habitación y la buena y limpia vajilla. Cuando hubo acabado de comer prosiguió su silenciosa contemplación, admirando las paredes recubiertas de madera de pino decorada con pintadas flores, y las vidrieras de las ventanas, en las que se ostentaban los escudos de armas de los propietarios de la casita. Luego, al ver el aparador y sobre él los relucientes cubiertos, se acordó de la sucia jarrita de plata que tan mala suerte había estado a punto de traerle y de la inhospitalaria morada del preboste de los pobres, a la cual creía tener que retornar. Asustado ante tal idea, preguntó de pronto:

—¿Tengo que volver ya a casa? No sé el camino.

—Ni falta que te hace—respondió, conmovida, la madre, acariciándole—. ¿No has adivinado que te quedas con nosotros? Anda, Kuengolt, vete con él y enséñale la casa y el bosque y todo lo que por aquí hay que ver; pero no os alejéis mucho.

Cogió Kuengolt la mano del niño y lo condujo a la habitación de su padre, en la que éste guardaba sus armas. En ella colgaban, a más de seis o siete ballestas, varios cuchillos de monte, venablos y dagas. En un ángulo, apoyada en la pared, veíase la larga espada del guardabosques. Mirólo todo Dietegen sin hablar palabra, pero brillándole los ojos. Kuengolt, subida en una silla, le fué alcan-

zando las ballestas, algunas de las cuales mostraban artísticas incrustaciones, y el niño fué admirándolo todo con respetuosa mirada, como un inteligente que recorre el taller de un gran pintor durante la ausencia del maestro. La promesa de la muchacha de procurar a su compañero ocasión de tirar con una de las ballestas no pudo cumplirse por hallarse encerradas las saetas en un arca; mas, en cambio, le dió un precioso venablo para que llevase algún arma en su paseo por el bosque. Sallieron de la casa y atravesaron primero el cercado en el que la ciudad guardaba las reses cogidas en redes o trampas, con el fin de que nunca faltara un buen asado en sus públicos festines. Un ciervo y varios corzos, domesticados por su permanencia en el cercado, se aproximaron a la muchacha, y Dietegen, que nunca había visto a aquellos animales sino muertos, quedóse admirado con su venablo al hombro, sin saciarse de contemplar las formas y movimientos de las reses. No contento con esto, extendió la mano para acariciar al orgulloso ciervo, y cuando el tímido animal dió, asustado, un salto y se alejó corriendo, corrió Dietegen tras de él lanzando gritos de júbilo. Era quizá la primera vez en su vida que daba libre curso a sus juveniles fuerzas y a su alegría de vivir, y el ciervo, lleno de gracia y agilidad, parecía dar ejemplo de vigor al vibrante muchacho volando ante él y ejecutando sus más bellos saltos.

Al trasponer luego los linderos del bosque volvió Dietegen a su anterior contemplación silen-

ciosa ante los pinos, encinas, abetos, hayas, arces y tilos que elevaban sus apretados troncos hacia el cielo. Las rojizas ardillas saltaban como un relámpago de rama en rama; cantaban los pájaros y chillaban, volando a gran altura las aves de rapiña. Mil rumores misteriosos nacían en las apretadas copas de los árboles y entre los intrincados matorrales. Kuengolt reía como loca viendo que Dietegen, aunque nacido en una ciudad rodeada de montes cubiertos de bosques, no conocía ni comprendía nada de aquello, y supo explicarle y nombrarle infinidad de plantas y animales. Le enseñó un grajo posado en una alta rama y un abigarrado picamaderos que subía por el tronco de una encina. Pero lo que más admiró al muchachito fué la multitud de nombres diversos que tenían aquellos árboles y arbustos, pues ni siquiera había visto nunca un zarzal ni un avellano. Siguiendo su paseo, llegaron a un arroyuelo de cuya orilla salió a sus pies una culebra, que desapareció rápida en el agua o se escondió entre las piedras. Con rápido gesto arrancó Kuengolt el venablo de las manos de su compañero y quiso hurgar con su punta entre las piedras del arroyo, con el fin de hacer salir a la culebra. Pero al ver Dietegen que la niña iba a estropear el filo del arma, recientemente afilada, se la quitó de nuevo y la advirtió que iba a romper la punta o mellar la hoja.

—Eso está muy bien, pequeño. Ya veo que se podrá hacer de ti algo bueno—dijo de repente el padre de la niña, que, acompañado de uno de los

guardas a sus órdenes, había llegado junto a la infantil pareja sin que ésta lo advirtiera.

Traía en la mano un precioso faisán que acababan de matar, y lo entregó a Dietegen, el cual lo colgó de su venablo y se echó éste al hombro, de manera que las extendidas alas de la preciosa ave cubrían su esbelta cintura. Contempló el guarda con agrado al bello niño y se propuso hacer de él un honrado montero.

Mas, por lo pronto, lo primero que el niño debía hacer era aprender a leer y escribir, y con este objeto tuvo que ir todos los días con Kuengolt a la ciudad, donde había un convento de monjas y otro de frailes, en los que se instruía a los hijos de los habitantes de Seldwyla y sus contornos. Pero lo que más aprovechó a Dietegen no fueron las lecciones de la escuela, siro las que Kuengolt le daba al ir y volver, sobre todo lo que en el camino hallaban y sobre el mundo en general. En esta enseñanza siguió la infantil maestra un singularísimo método de propia invención. Primeramente engañaba y burlaba al ignorante y crédulo muchacho relatándole toda clase de mentiras y absurdos, y cuando el infeliz se mostraba plenamente convencido y admirado de todas aquellas patrañas le avergonzaba de su inocencia declarando su engaño y explicándole, con gran sabiduría, la verdad de las cosas y de su situación en el mundo tal y como la comprendía su infantil cabecita. Dietegen, por su parte, se ruborizaba al serle descubierta el engaño y se esforzaba en adquirir una mayor

penetración, hasta que volvía a caer de nuevo en la trampa. Mas poco a poco fué aguzándose su inteligencia y adaptándose a la comprensión del mundo, cosa que comprobó a sus expensas otro muchacho que, habiendo querido imitar a la niña haciendo tragar a Dietegen una absurda mentira, fué golpeado sin piedad antes de terminar su relato. Kuengolt, admirada de tal suceso, sintió curiosidad por ver si también contra ella sería capaz de dirigir su compañero tan inesperada cólera, y probó a su discípulo con nuevas, aunque más tímidas mentiras. Pero de ella todo lo aceptaba Dietegen y pudo proseguir osadamente su singular pedagogía, hasta que descubrió que el muchacho comenzaba también a querer instruirla a ella por el mismo método, agregando a sus caprichosas invenciones nuevos y originales rasgos que más de una vez la pusieron en grave aprieto. En este punto halló Kuengolt que era ya tiempo de cambiar de procedimiento, y comenzó a tiranizarle de tal modo que casi le hizo caer en una servidumbre más penosa que la que había sufrido en casa del preboste de los pobres. Todo lo que ella tenía que hacer, llevar, traer o coger se lo traspasaba a Dietegen, y a cada momento tenía éste que acudir a su lado, sacar agua, menear los árboles, partirlle las nueces, llevarle su cestito o atarle las botas. Llegó hasta el punto de exigirle que peinara y trenzara sus cabellos, y cuando, apoyado por la madre, se negó Dietegen a ello, estuvo enfadada con ambos varias horas.

Mas el muchacho jamás le tomaba en cuenta a los enfados ni tenía para ella una mala palabra, mostrándose siempre afable y lleno de paciencia. Esta conducta era observada con gran contento por la mujer del guardabosques, y para premiar por ella al muchacho le educó como si fuese su hijo, teniendo para con él todos aquellos cuidados y ejerciendo aquella vigilancia y guía que sólo se emplean en los tiernos tallos del propio tronco, y que les dan aquellas buenas costumbres de familiar arraigo que sólo por nacimiento y tradición pueden adquirirse. Con ello tenía también la buena mujer la ventaja de que el dócil muchacho se convirtió en un modelo para la voluntariosa Kuengolt, siendo curioso observar cómo la inquieta niña procuraba, avergonzada, imitar unas veces a su modelo y se irritaba otras con él, llena de celos. Su cólera llegó a ser una vez tan violenta que intentó herir a Dietegen con unas tijeras; pero el muchacho la cogió serenamente por la muñeca y, sin decir palabra ni mirarla con enfado, le quitó el arma que contra él esgrimía. Esta escena que la madre observó sin ser vista, la conmovió tanto, que, entrando en la habitación, cogió en sus brazos al muchacho y lo besó efusivamente. Pálida como la cera salió Kuengolt de la estancia.

—Vé y reconcílate con esa testaruda— dijo entonces la madre a Dietegen—. Eres un ángel bueno.

Dietegen buscó a la niña, hallándola detrás de la casa, al pie de un saúco, llorando convulsiva-

mente y apretándose la garganta con su collar como si quisiera estrangularse, hasta que rompió el hilo y cayeron al suelo las cuentas, que pisoteó con furia. Cuando Dietegen se aproximó a ella, cogiéndole las manos exclamó:

—Nadie más que yo puede besarte. Porque es a mí sola a quien perteneces; eres mío y nada más que mío. Yo sola te saqué del ataúd, en el que si no habrías quedado para siempre.

Viendo la robusta constitución y el rápido desarrollo que Dietegen había alcanzado, decidió el guardabosques que era ya tiempo de que le acompañara al campo para ir aprendiendo las artes venatorias. Quedó así separado de Kuengolt, y pasaba casi todos los días, desde el alba hasta anochecido, recorriendo el bosque. Fortaleciéronse sus miembros con este ejercicio y adquirió su figura una bella arrogancia. Rápido y flexible como un ciervo, obedecía a una simple señal de su maestro y corría allí donde le indicaban. Silencioso y lleno de buena voluntad transportaba las herramientas y las armas, ayudaba a colocar las redes, saltaba vallados y fosos y espiaba el paso de las reses para dar cuenta de su estado. Pronto llegó a conocer las huellas de todos los animales, a imitar el grito de llamada de los pájaros y a atravesar un jabalí con su venablo. Dióle entonces una ballesta el guardabosques, y con ella se ejercitó Dietegen incansablemente, ora tirando al blanco,

ora cazando al vuelo. De este modo, al llegar a los diez y seis años era ya nuestro héroe un cumplido monterero, al que podían encargarse misiones de confianza, y así lo hizo el padre de Kuengolt, enviándole al frente de sus subordinados o encargándole de vigilar los bosques de la ciudad.

Pero no era sólo con la ballesta con lo que se veía a Dietegen por el bosque, sino que también podía vérselo provisto de un tintero portátil y una pluma, registrando datos acerca de lo que sus vigilantes ojos descubrían, y que eran luego de gran utilidad a su padre adoptivo, el cual fué tomándole cada día mayor cariño y decía que había de hacer de él un honrado y utilísimo funcionario de la ciudad.

Como es natural, Dietegen era afecto en cuerpo y alma al guardabosques, pues nada iguala a la inclinación de un joven por el hombre del que sabe quiere enseñarle lo mejor de sus conocimientos y en el que ve un acabado modelo que imitar.

Era el guardabosques un hombre de unos cuarenta años, alto, robusto y de bella presencia. A sus dorados cabellos mezclábanse ya algunas canas; mas su rostro se coloreaba aún de un fresco rojo y sus azules ojos estaban llenos de fogosa vida. En su juventud había sido uno de los más regocijados y ruidosos seldwylenses, cabecilla de los de su edad y promovedor de toda clase de alegres burlas; pero una vez casado se convirtió en el hombre más sentado y tranquilo de la tierra, transformación a la que contribuyó no poco su mujer, la cual, bondadosa y tierna en extremo, hubiera sabido

oponerse sin enfado, pero con firmeza, a todo aquello que contrariara a su natural rectitud. Una esposa iracunda y regañona hubiera incitado seguramente al animado guardabosques a continuar la tradición seldwylense; mas la graciosa debilidad de su tierna mitad le hizo dominarse para no causarle pena ninguna, y supo cuidarla y atenderla como a las niñas de sus ojos, usando con ella de toda cariñosa prevención y retirándose a su lado en el bien cuidado hogar cuando terminaba su trabajo diario.

Unicamente en las grandes fiestas de la ciudad, esto es, tres o cuatro veces en el año, tomaba parte nuestro guardabosques en el general regocijo, bailando con juvenil agilidad y bebiendo en competencia con los más acreditados catadores de Seldwyla hasta verlos caer debajo de la mesa, logrado lo cual salía él derecho como un huso de la sala en que el banquete se celebraba y subía alegremente a sus verdes bosques.

Al día siguiente de tales fiestas reinaba en la pequeña casa forestal el máximo regocijo. Sintiendo aún cierta pesadez en la cabeza, producto de los excesos de la víspera, despertaba el guardabosques muy de mañana y se dirigía al comedor, dando la señal para el desayuno con alguna broma sobre los sucesos del día anterior o alguna graciosa ocurrencia. Su mujer, acostumbrada a la silenciosa gravedad del esposo, rompía entonces en alegres risas, a las que hacían coro los niños, siguiéndoles en seguida los cazadores y criados. Sin que

tan general contento se extinguiera, se llevaba luego a cabo la labor diaria, dirigida por el guardabosques. En uno de estos alegres días estalló en la ciudad un imponente incendio. Las llamas rodearon una mísera buhardilla, en cuya ventana apareció una anciana clamando auxilio y llevando sobre el hombro un estornino domesticado que, lleno de pavor, hacía extraños y ridículos gestos. Nadie se decidía a arriesgar el peligroso salvamento. En esto acudió el guardabosques, y apoyando en la cima de un alto muro que enfrente de la buhardilla se alzaba una larga escala, dejó caer el otro extremo de la misma sobre el alero de la casa incendiada, pasó por este vacilante puente por encima del mar de llamas y retornó con la anciana en brazos y el estornino sobre la cabeza, todo ello sin darle importancia alguna y entre bromas y risas.

Después del trabajo se celebraba en estos días una alegre fiesta nocturna en la casita del guardabosques, el cual dejaba correr libremente la gran ternura que sentía hacia su mujer, y, tomándola sobre sus rodillas, con gran diversión de los niños, le prodigaba cariñosos nombres mientras ella, rodeándole con sus brazos, no apartaba de él los ojos, olvidada de todo lo que no fuera su honrado amor.

El día primero de mayo se organizaba un baile bajo los árboles que sombreaban la pradera ante la casita. El guardabosques hacía venir un músico de la ciudad y convidaba a algunos jóvenes y muchachas seldwylenses, tomando él mismo parte en

las danzas con su mujer, modestamente engalanada. En una de tales fiestas se dió cuenta Dietegen de que Kuengolt comenzaba a convertirse en una bella mujer. Su rostro, de graciosos y delicados rasgos, recordaba el de su madre. Mas en cambio su figura, alta y esbelta como uno de los pinos entre los que había transcurrido su niñez, tenía toda la arrogancia y fuerte contextura del padre. Dorados rizos caían en exuberante cascada sobre su espalda, cubriendo sus hombros, cuya firme estructura mostraba aún la juvenil angulosidad. Vestía Kuengolt un verde traje dominguero y adornaba su desnuda garganta con un collar de ámbar, tocándose, como las demás muchachas y según vieja tradición, con una florida corona de rosas. Sus ojos brillaban, mirando franca y amablemente en derredor suyo; mas una vez adquirió su mirada un repentino fuego, y tras de pasar como rápida flecha sobre los jóvenes que bailaban, fué a fijarse en Dietegen, deteniéndose unos instantes y prosiguiendo después su camino. Dietegen siguió con sus ojos a los de Kuengolt, y cuando ésta, terminada su inspección, volvió a dirigirle una rápida ojeada, bajó la vista, enrojeciéndose, mientras la muchacha dedicaba toda su atención al arreglo de su peinado. Fué ésta la vez primera que al tropezar sus miradas sintieron ambos una sensación de embarazo. Poco después se encontraron juntos y cogidos de la mano en una de las danzas. Un nuevo y dulcísimo sentimiento se apoderó de Dietegen, y perduró en él al terminar el baile y deshacerse

el suave lazo. En cambio, Kuengolt disponía del muchacho como una cosa que le perteneciera en absoluto y de la que tuviera plena seguridad; sólo de tarde en tarde dirigía una mirada hacia él o acudía cuando le veía junto a otras muchachas.

La feliz alegría de la fiesta continuó hasta muy entrada la noche. El alborozado retozar de los jóvenes servía de ejemplo al animado guardabosques, que se mezcló en sus juegos, aunque sin abandonar a su mujer, en cuyo contento se complacía, sobre todo cuando, contagiada por el general regocijo, comenzó a prodigarle entre risas los más divertidos motes cariñosos. A pesar de su inocencia, la alegría reinante hubiera quizá parecido demasiado libre a los habitantes de otra comarca que no fuese la de Seldwyla. La mezcla del hipocrás que los invitados habían bebido había sido irremediablemente hecha conforme a todas las reglas del arte; mas los bebedores llevaban quizá en sí un pequeño exceso de miel y su alegría resultaba un poquitín demasiado dulce. Las manos de las muchachas se apoyaban de continuo en los hombros de sus jóvenes compañeros, y la pequeña reunión se abrazaba y besaba a menudo sin necesitar del pretexto—inventado hoy por los hipócritas filisteos—de un divertido juego de prendas. Faltaba a los seldwylenses un poco de aquella áspera rigidez que caracterizaba a los de Ruechenstein, y de la que Dietegen, como oriundo de esta ciudad, poseía buena parte. De este modo, y aunque también se hallaba enamorado, huía como del fuego

del afán de caricias que comenzó a desencadenarse en la fiesta y se mantuvo a prudente distancia de la peligrosa hoguera. En cambio, Kuengolt se hizo tanto más atrevida y apremiante, en su infantil inconsciencia. Llegóse hasta el esquivo Dietegen, que se hallaba sentado bajo un frondoso árbol, y colocándose a su lado, le cogió las manos y comenzó a jugar infantilmente con sus dedos. Viendo que el muchacho no la rechazaba, sino que con suave ademán y como si fuese su padre o guardador acariciaba sus dorados rizos, le echó los brazos al cuello y le besó con la inocente libertad de una niña, mas también con la fogosa pasión de la mujer que florecía ya en ella. Dietegen, que no era ya un chiquillo, quiso tener juicio por los dos, y se hallaba dedicado a desligarse, temeroso de aquel abrazo, cuando apareció la madre de la muchacha, alegremente excitada por la fiesta, y dijo, complacida, rodeando con sus brazos a la juvenil pareja:

—Me encanta veros juntos. Sé buena para Dietegen, hija mía. Merece haber hallado su patria no sólo en nuestra casa, sino en nuestro corazón. Y tú, Dietegen, sé siempre para mi Kuengolt un fiel guardián y protector y no apartes nunca tus ojos de ella.

—Dietegen es mío y sólo mío hace ya mucho tiempo—replicó casi violentamente la muchacha.

Y besó de nuevo al joven, en parte como una prometida besa a su futuro y en parte como una niña besa al gato que le sirve de juguete. Esto era ya demasiado para el pobre Dietegen, que, sin-

tiendo desaparecer su serenidad, se soltó de los lazos en que madre e hija le retenían y dió algunos pasos para ponerse en salvo. Kuengolt corrió tras él y cuando, para evitarla, volvió a pasar el muchacho junto a la madre, le retuvo ésta entre sus brazos y exclamó:

—¡Aquí lo tienes, hija mía! ¡Ven y sujétalo bien!

Cogido de nuevo y escondido entre los brazos de las dos mujeres, sintió Dietegen latir con fuerza su corazón y se dió por vez primera cuenta exacta de lo solo y abandonado que sin ellas se hallaría sobre la tierra. Mas al mismo tiempo sentía que aquellas manos que le habían recogido y atendido le despojaban en cambio de su libertad, teniéndole como cosa suya para siempre. Esta lucha entre su personal independencia y su cariño hacia sus bienhechores le hizo desligarse de los brazos femeninos que le enlazaban y quedar en silencio ante las dos mujeres, rebelándose en parte contra su cariñoso apremio y en parte deseoso de atraer hacia sí a la linda muchacha y estrecharla fuertemente contra su pecho. Un fiel y agradecido afecto le ligaba a la madre de Kuengolt; mas la libertad con la que le había impulsado a acariciar a su hija chocaba a su natural rectitud, pareciéndole importuna y fuera de lugar. No le pesaba tampoco saber que Kuengolt le consideraba como cosa suya, pero le preocupaban mucho sus maneras y no quería que cometiese nada reprochable. De este modo, cuando la muchacha intentó besarle de nuevo, y esta vez en la boca, colocó él su mano entre los labios

de ella y los suyos propios y dijo con tono doctoral:

—No, Kuengolt. Eres demasiado joven para eso. No es propio de ti.

La muchacha palideció de enfado y vergüenza y fué a reunirse de nuevo al grupo de la gente joven, tomando parte en sus juegos con un entusiasmo que demostraba su necesidad de desahogar la cólera que la dominaba. Mas al poco rato se separó del corro y fué a sentarse a un lado con aspecto sombrío. La mujer del guardabosques acarició suavemente la mejilla del joven moralista y le dijo:

—¿Sabes que eres un severo predicador? Me alegro, porque así veo que cuidarás muy bien de mi hija. Prométeme que no la abandonarás nunca. Quizá nosotros seamos gente demasiado alegre y pensemos muy poco en el porvenir.

Dietegen le estrechó la mano, sintiendo humedecerse los ojos, y volvió con ella hacia el sitio en que Kuengolt se hallaba sentada. Mas la muchacha le volvió la espalda y hundió su mirada, llena de una tristeza verdadera, en la hermosa noche de mayo.

Ante esta tristeza sintióse conmovido el áspero adolescente, y, todo melancólico y confuso, quedó en pie ante la muchacha, dándose cuenta de que aunque él la creía una niña, era ya lo suficientemente mujer para causar una pena de amor.

—¿Qué os pasa? ¿Estáis enfadados?—preguntó el guardabosques, acercándose.

Y Kuengolt exclamó, echándose a llorar amargamente delante de todos:

—Los jueces me regalaron a Dietegen cuando no era mas que un cadáver que yo volví a la vida. Por lo tanto, soy yo la que puedo mandarle lo que quiera y no él a mí. El no tiene más que hacer que obedecerme en todo, y si a mí me gusta besarle, la responsabilidad es sólo mía y él no debe impedírmelo.

Las singulares palabras de la muchacha hicieron prorrumpir en alegres risas a todos los presentes. La mujer del guardabosques tomó a Dietegen de la mano y le llevó al lado de su hija, diciendo:

—Ven. Reconcílate con ella y déjate besar por esta vez. Luego harás lo que te parezca y serás el que la dirija, según tu voluntad, en estas cuestiones.

Enrojeciendo al verse observado por tanta gente, ofreció Dietegen sus labios a la muchacha, la cual, cogiéndole con un gesto de dominio la cabeza, le besó en la boca, y después de lanzarle otra mirada de enfado se apartó con paso tan rápido y decidido, que su larga cabellera dorada ondeó en el aire nocturno, acariciando al pasar el rostro de Dietegen. Toda esta escena despertó en el alma del muchacho un ardiente aasionamiento. Momentos después abandonó también él el regocijado grupo y se dirigió, con andar cada vez más rápido, en busca de la muchacha, a la que halló detrás de la casa, sentada en el brocal del pozo, jugueteando con el ambarino collar que ornaba su garganta, mientras su mirada se perdía, soñadora, en las cálí-

das tinieblas primaverales. Cogió Dietegen las manos de Kuengolt, sujetándolas con su mano derecha y apoyando la izquierda en el hombro de la muchacha con fuerza tal, que la linda figurita adolescente se estremeció toda; dijo apasionadamente:

—Escúchame, pequeña. Desde hoy eres tú cosa mía, como yo lo soy tuya. Ningún hombre podrá tenerte viva entre sus brazos. Piensa bien esto cuando seas ya una mujer.

—Oyeme tú ahora, hombre experimentado y sabio—repuso Kuengolt con suave sonrisa, pero palideciendo un poco—. Tú eres mío y no yo tuya. Pero no te preocupes por ello, pues nunca te dejaré libre.

Dicho esto se levantó y, sin prestar ya atención a la fiesta, comenzó a pasear en derredor de la casa.

La buena esposa del guardabosques cogió frío en aquella íresca noche de mayo y enfermó de tal gravedad que murió a los pocos meses. En sus últimas horas se mostró resignada y preocupada tan sólo por la suerte que sin ella correrían su marido y su hija. También ocultó a todos la causa de su enfermedad, pues se daba cuenta de que no era propio de una buena mujer de su casa el haberse acarreado la muerte por entregarse imprudentemente al regocijo de una fiesta juvenil.

No sólo los suyos, sino todos los que la conocían lamentaron su muerte, pues nunca había tenido ni un solo enemigo. El guardabosques lloró toda la noche, y por la mañana se acercó infinitas veces

al ataúd y contempló el pálido cadáver, volviendo luego a pasear silencioso por la habitación vecina.

Hizo formar una corona con ramas de abeto y la colocó sobre el ataúd con un inmenso ramo de flores silvestres que Kuengolt había cogido en el bosque. Luego se puso en marcha la comitiva, descendiendo de la montaña hasta la iglesia de la ciudad.

Depositado el cadáver en la fría tierra, condujo el guardabosques a los parientes, cazadores y criados que habían formado el cortejo a la posada en que había de tener lugar el banquete fúnebre que tradicional costumbre imponía. El mismo viudo había cazado aquella mañana el corzo y los dos hermosos faisanes que en la comida se sirvieron, y que al aparecer en la mesa le recordaron de nuevo el alto bosque montañoso que había sido testigo de su felicidad y por el que había cruzado en sus años juveniles llevando en su corazón la amorosa imagen de la que ahora yacía bajo tierra. Mas no fué posible al guardabosques abstraerse en tan tristes pensamientos, pues en cuanto fueron servidos el ambarino clarete y el dulce malvasía y apareció en la mesa un cesto colmado de golosinas se animaron los invitados, desechando toda fúnebre idea, y la comida tomó igual carácter que si se celebrase tras de una boda o un bautizo.

El guardabosques se hallaba sentado entre Kuen-golt y Dietegen, aislándolos de tal modo con su corpulenta figura que para verse hubieran tenido

que inclinarse hacia atrás. Mas no lo hicieron en toda la comida, pues eran los únicos que en la naciente animación permanecían tristes y silenciosos. Enfrente del viudo se hallaba sentada una prima suya, llamada Violante, y que irisaba ya en los treinta años. Esta señora llamaba la atención por su rebuscado y llamativo traje, que no era ciertamente el de una persona feliz y contenta con su suerte, sino que mostraba a las claras la intranquilidad de su corazón. No era, por otra parte, nada fea, y sabía mirar con graciosa dulzura; mas a veces brillaba en sus ojos un destello de falsedad y egoísmo.

A los catorce años se había enamorado de su primo, nuestro guardabosques, por ser éste el muchacho más guapo y arrogante que en Seldwyla había por entonces. Mas él no se dió cuenta de aquella temprana pasión, no viendo en su primita mas que una chiquilla y dirigiendo sus miradas a las que ya eran muchachas casaderas. Llena de celos y de envidia, supo la maliciosa enamorada destruir tres o cuatro noviazgos de su primo llevando y trayendo, con sorprendente habilidad, toda clase de chismes y calumniosas imputaciones. En cuanto veía que su primo estaba a punto de lograr el amor de alguna bella, inventaba y difundía, con la mayor inocencia, los más diversos rumores, tal como el de que el joven no podía realmente ver ni en pintura a aquella a la que dedicaba sus galantes homenajes y que no lo hacía mas que para dar celos a otra, pues era un hombre muy

astuto y amigo de fingir y burlar a las mujeres. De este modo, y sin saber a qué atribuirlo, vió el infeliz guardabosques alejarse de él con repentina desconfianza a aquellas a las que amaba, mientras que otras en las que jamás había pensado le dedicaban sus mejores sonrisas y se le mostraban propicias hasta que corría por la ciudad el rumor de que estaban en relaciones. Cuando las cosas llegaban a este punto, el joven, lleno de enfado y confusión, dejaba plantada tanto a la desdeñosa como a la que lo perseguía, y se dedicaba por algún tiempo a gozar de una absoluta libertad. Estos fracasos duraron hasta que tropezó con la que fué su amante compañera, y que siendo tan firme y honrada como él hizo que ante su amor se estrellaran todas las malas artes de la pequeña bruja, no enterándose siquiera de ellas y guiándose tan sólo por los sinceros ojos de su amado. Agradecido a esta confianza correspondió él siendo fiel a su esposa y considerándola como una preciosa conquista hasta que la muerte se la hubo arrebatado.

En cambio, Violante, cuando vió perdida la batalla, no interrumpió sus malas artes, sino que continuó ejercitándolas en perjuicio de otros enamorados, creyendo poder así lograr un marido que la consolara de su derrota. Mas si logró hacer crecer la cizaña en el ajeno campo, no consiguió para sí la ansiada felicidad, pues permaneció soltera, y los hombres que consiguió separar de sus amadas no fueron a ofrecerle su corazón, sino que evitaban acercarse a ella, llenos de odio y desprecio. Volvió

entonces su espíritu hacia el Cielo y declaró que quería meterse monja; mas a última hora lo pensó mejor, y en vez de ingresar en un convento entró en un retiro religioso, del cual podía salir cuando le viniese en gana y hasta casarse, si encontraba con quién. Desapareció así de Seldwyla, y sólo se supo de ella que iba recorriendo todos los establecimientos que la orden semirreligiosa en que había entrado poseía en las diversas ciudades de Suiza, pues en ningún sitio había podido hallar paz y tranquilidad para su inquieto corazón. Inopinadamente, y hallándose ya enferma la mujer de su primo el guardabosques, había regresado Violante a Seldwyla y trocado sus religiosas vestiduras por las mundanas elegancias que ostentaba en la comida en que la hallamos por vez primera en esta historia, sentada enfrente del entristecido viudo.

Dominando su inquietud, lograba Violante dar a su rostro una modesta expresión llena de inocencia, y cuando las mujeres se levantaron de la mesa, dejando que los hombres continuaran bebiendo, se acercó a Kuengolt para besarla cariñosamente y granjearse su amistad. La huérfana, sintiéndose halagada por aquellas atenciones que le demostraba una señora a la que creía dedicada a la vida espiritual y llena de experiencia y conocimiento del mundo, entabló con ella una larga y confiada conversación como si hiciera años que la conociera, diálogo cuyo final fué que Kuengolt pidió allí mismo a su padre que rogara a Violante fuera a

vivir con ellos para encargarse de la dirección de la casa, pues ella se consideraba demasiado joven e inexperta para llevarla a cabo con acierto. El guardabosques, cuyo estado de ánimo constituía una extraña mezcla de duelo y turbación, producida por las copiosas libaciones, y cuyos pensamientos se hallaban muy lejos evocando la figura de la perdida esposa, dió sin reflexionar su consentimiento, a pesar de no tener a su parienta en gran estima y considerar poco eficaz su auxilio en la casa.

Trasladóse, pues, Violante a la casita forestal, y ocupó su puesto en ella no sin dignidad y cierta emoción al sentir que tras de su errante destino veía por fin en vías de cumplimiento los deseos tan intensamente experimentados en su juventud. Abrió los armarios de su antecesora y vió en perfecto orden tanto la ropa como las vituallas y utensilios. Los pucheros, cazuelas y sartenes se hallaban dispuestos en filas regulares, y los copos de lino pendían del techo de la cámara esperando la rueca. Durante quince días lo dejó todo Violante tal y como lo había hallado; mas al cabo de este tiempo comenzó a confundir los pucheros pequeños con las ollas, revolvió la ropa blanca, estropeó el lino, y cuando llegó a dar fin a esta labor destructora había ya logrado iniciar asimismo parecido desorden en las relaciones de las personas que bajo el mismo techo vivían.

Para lograr su anhelo de llegar a ser la mujer del guardabosques y disponer en su casa como dueña absoluta tenía, ante todo, que separar a Kuen-

golt de Dietegen, cuya historia supo en seguida, y hacer que cada uno de ellos saliera de la casa con rumbo distinto, pues pensaba, acertadamente, que si los muchachos llegaban a casarse y Dietegen quedaba en la casa como sucesor del guardabosques, no sería fácil tarea conseguir que éste último traicionase el amado recuerdo de la difunta esposa, siendo ello, en cambio, empresa muy sencilla en el momento en que el viudo quedase solitario en su aislada casita.

Viendo que con cada día que pasaba ganaba Kuengolt en belleza, supo Violante despertar en ella la conciencia de su hermosura y con ella un infantil deseo de agradar. Para lograrlo, procuró hábilmente que la muchacha viera un nuevo adorador en todo joven que a ella se acercaba y que cada uno de éstos creyera, a su vez, ser el preferido. Reuniendo en torno de Kuengolt un grupo de lindas y alegres muchachas seldwylenses formó en la casita forestal una regocijada compañía en la que, bajo su alta dirección, se amaba y cortejaba sin tregua ni descanso.

De este modo, antes de que Kuengolt llegase a cumplir diez y seis años se halló rodeada de un círculo de inquietos espíritus y dedicada totalmente a regocijadas diversiones, en las que, como siempre sucede, llevaban la voz cantante y eran preferidas aquellas personas llenas de malicia que sabían desenvolverse hábilmente en los inevitables enredos, chismes, disgustos y reconciliaciones que trae consigo una tan divertida vida.

No era ésta, en cambio, del gusto de Dietegen. Al principio se limitó a mostrarse apartado y melancólico, posición poco airosa para un joven de sus años; mas cuando la alegre compañía pareció más divertida que apenada por aquella actitud y Kuengolt misma la acogió fríamente, quiso Dietegen defenderse mostrando enfado y disgusto, cosa que tampoco le sirvió de nada, y terminó un día en que creyó ver cómo Kuengolt, en medio de un grupo de muchachos, parecía oír con agrado las burlas que con maliciosa expresión dirigían sobre el desdénado.

Desde este momento rehuyó Dietegen silenciosamente la compañía de Kuengolt y su corte. Había llegado ya a la edad en que los muchachos de robusta constitución pueden comenzar a valérselas por sí solos y defenderse contra todo ataque, y el guardabosques, que tenía la obligación, inherente a su cargo, de mantener en pie de guerra tres o cuatro hombres de armas de su completa confianza, vió, lleno de satisfacción, que el ágil y robusto muchacho podría revestir bien pronto la armadura en la que había soñado antes ver al hijo que la muerte le había arrebatado.

Fué, pues, enviado Dietegen a ejercitarse, durante las largas veladas invernales, en la escuela de esgrima, donde aprendió el manejo de las armas cortas al estilo guerrero del país. Más tarde, durante la primavera y el estío, pasó muchos domingos y días de fiesta en el campo haciendo largas marchas con sus jóvenes compañeros, saltando

fosos, con ayuda de la larga pica, o enseñándose, por último, a manejar las armas de fuego.

Privado el guardabosques de la compañía de Dietegen y sintiéndose a disgusto, aunque sin darse cuenta exacta de ello, en medio de la femenina agitación que había trastornado las costumbres de su apacible hogar, se dió a bajar a la ciudad y mezclarse en las animadas reuniones de sus conciudadanos con más frecuencia que mientras había vivido su mujer. Huyendo de la infantil tontería que en su casa reinaba, fué a caer en la más madura simpleza de los desocupados seldwylenses, y muchas veces sonaba ya la media noche cuando sin titubear, pero con la cabeza más cargada de la cuenta, se decidía a emprender su camino hasta la casita, a través del espeso bosque.

Así fué pasando el tiempo y caminando todos hacia su diverso destino, hasta que en un claro y soleado día de San Juan comenzaron a originarse decisivos acontecimientos.

Muy de mañana partió el guardabosques para reunirse a sus compañeros y celebrar la festividad con un espléndido banquete que habría de prolongarse hasta entrada la noche.

Dietegen, por su parte, salió también y se dirigió al tiro, deseoso de pasar todo un largo día estival ejercitándose en el manejo del arcabuz, y los demás guardas y servidores abandonaron la casa, yendo unos a visitar a sus familias, otros, al baile con sus novias, y otros, al mercado para adquirir paño para un traje o un par de botas nuevas.

Quedaron de este modo solas las mujeres, disgustadas por el descortés abandono en que, sin preocuparse de cómo iban ellas a entretener la tarde, las habían dejado los hombres, y sondeando con penetrantes miradas la clara y vibrante lejanía en espera de que se presentase alguna ocasión de regocijo.

Mientras tanto, se dedicaron a confeccionar toda clase de golosinas y a preparar un fuerte vino especiado que poder ofrecer a sus maridos cuando regresaran. Vistiéronse luego sus mejores galas, apareciendo todas, hasta la más humilde criadita, cuidadosamente atildadas y con alegre semblante, y en unión de algunas doncellas seldwylenses que, no menos compuestas, vinieron a acompañarlas desde la ciudad pusieron la mesa bajo los bellos tilos que crecían ante la casita.

De este modo, cuando la dorada luz del atardecer reinaba suavemente sobre el valle y la ciudad se hallaba todo preparado para el retorno de los hombres, y la femenina compañía entretenía la espera entonando con dulce y apasionado acento largas canciones en las que se hablaba de los goces y penas del amor. Resonaba el cántico atractivamente en el silencioso ambiente campesino. Los pájaros que cruzaban el cielo se detenían para escucharlo en los tilos y abetos del próximo bosque y entonaban después, en competencia, sus más musicales trinos y arpegios. Un tercer coro uniósede repente a estos dos. Viriles voces, acompañadas de flautas y violines, resonaron lejanas



en la montaña, y por el camino que pasando ante la casita descendía al valle surgió del bosque un grupo de muchachos, precedido por unos músicos. Capitaneándolo venía el hijo del alcalde de Ruechenstein, un alegre jovenzuelo que, al volver días antes de sus estudios, había traído consigo a varios de sus compañeros, entre ellos un par de estudiantes de Teología y un joven fraile. Al final de la comitiva, obligada a marchar en fila por lo angosto del camino, venía Juan Schafuerli, escribano de Ruechenstein, grotesca figura contrahecha y torcida, con una larguísima espada al cinto.

Al dar vista a la casa interrumpieron su canto para escuchar el que las voces femeninas entonaban; mas también éstas enmudecieron, sorprendidas, mientras una alegre sonrisa se dibujaba en los labios de las mujeres ante la posibilidad de una inesperada diversión. Con amable desenvoltura llegó Violante al hijo del alcalde, el cual la saludó cortésmente, explicándola después que había decidido hacer con sus compañeros una visita a la alegre Seldwyla para festejar el día más cumplidamente que en la ceñuda y severa Ruechenstein; pero que habiendo hallado antes del término de su excursión un lugar tan agradable y tan deleitosa compañía, rogaba se les permitiera presentar sus respetos a las señoras y ofrecerles un honesto recreo.

En menos de tres minutos quedó organizado el festejo en la pradera que se extendía ante la casa. Violante bailaba con el fraile y Kuengolt con el

hijo del alcalde; pero el que con mayor ardor y entusiasmo se entregó a la danza fué el escribano, que a pesar de su joroba saltaba más que los otros, gracias a sus largas piernas, que parecían nacerle bajo la barbilla.

Kuengolt se sentía apesadumbrada sin saber por qué, y cuando Violante la aconsejó al oído que pusiera buenos ojos al hijo del alcalde para llegar un día a ser alcaldesa de Ruechenstein no la hizo el menor caso, y permaneció muda y helada hasta que, viendo la grotesca figura que hacía el jorobado bailarín, rompió en clara risa. Empeñóse luego en bailar con él, y la desigual pareja que la esbelta muchacha, vestida de verde y coronada de rojas rosas, formaba con el contrahecho escribano, cuya joroba resaltaba más dentro de un ceñido jubón de viva escarlata, parecía sacada de una fábula burlesca.

Tras de bailar con el escribano danzó Kuengolt con el fraile, luego con uno de los estudiantes, y al cabo de media hora no quedaba uno solo de los jóvenes forasteros que no la hubiese tenido por pareja. Prendados todos de su atractiva y graciosa belleza, no apartaban de ella sus miradas, en las que resplandecía un singular fulgor, siendo en vano que las demás muchachas desplegaran sus gracias para volverlos a atraer a su lado. Dándose Violante cuenta de lo que sucedía, puso tregua al baile, e invitó a los danzarines a reposar y reponer sus fuerzas sentándose a la mesa que bajo los tilos había dispuesto. Ella misma indicó a cada uno su

puesto y eligió pareja para cada muchacha, colocando, por último, al hijo del alcalde junto a Kuengolt.

Mas ésta se hallaba poseída por un ardiente deseo de ver a todos aquellos jóvenes rendidos a su belleza. Alegando que deseaba ser ella la que les sirviera el vino, se dirigió a la casa, penetró en el cuarto de Violante y abrió su armario, buscando algo entre los vestidos. Meses atrás le había enseñado Violante un frasquito que guardaba como oro en paño, y le había confiado que el líquido que contenía era un mágico filtro de amor. El hombre que lo gustaba caía indefectiblemente a los pies de la que se lo hubiera hecho beber, presa de inextinguible llama amorosa. No era tan fuerte y peligroso como el filtro de Hipómanes, en cuya composición entraban raeduras de un diente del primer potro que pariera una yegua negra, pero sí bastaba para trastornar el seso a una docena de hombres. Lo que le daba tal poder era uno de sus ingredientes, constituido por el polvillo resultante de machacar el esqueleto de una rana verde que hubiera sido devorada viva por las hormigas. El frasquito que Violante poseía le había sido regalado por una monja que, antes de profesar, lo había fabricado para administrárselo al hombre a quien amaba. Mas muerto éste antes de haberlo catado, quedó el filtro sin empleo, y su dueña ingresó en un convento. Violante no se había decidido nunca a emplearlo, pero no osaba tampoco deshacerse de él, temiendo que ello le trajese desgracia.

Halló Kuengolt el frasquito entre las ropas de su amiga, vertió a escondidas todo su contenido en una jarra de vino, y salió luego con ella de la casa, sintiendo que su corazón latía apresuradamente. Con el pretexto de que quería hacerles probar un nuevo vino, más dulce y aromático, consiguió que los jóvenes vaciasen sus vasos y les escanció el que en la jarra traía, arreglándoselas de manera que sólo los hombres lo gustasen, y dirigiendo a cada uno de ellos, al servirle, una larga mirada acariciadora.

Estas miradas tan imparcialmente distribuidas fueron el verdadero filtro mágico que, unido a los fuertes vapores del vino, trastornó la cabeza de los jóvenes, inspirándoles aquel ciego y apasionado afán que surge siempre en los humanos ante un bien claramente deseado por otros. De este modo, se dedicaron todos a cortejar a Kuengolt y dejaron plantadas a las demás mujeres, que palidieron de ira y se dedicaron a disimular su confusión emprendiendo animada charla. El fraile mismo dejó escapar a una morena criadita, cuyo tiro talle acababa de aprisionar entre sus brazos, y Schafuerli, el jorobado escribano, se puso en dos zancadas al lado del hijo del alcalde, que tenía a Kuengolt de la mano como si fuese a celebrar sus esponales con ella.

Mas la muchacha se mostraba ya indiferente y desdeñosa con todos sus adoradores. No sintiendo inclinarse su corazón hacia ninguno de ellos, había sabido someterlos a todos y escaparse luego con

la escurridiza flexibilidad de una anguila, dejándolos burlados. Conseguido su capricho, se dedicó a atraer a sus desdeñadas compañeras y restablecer la general alegría.

Habíase entretanto hecho de noche. Brillaban las estrellas y la luna recortaba su blanca hoz sobre la negra masa del bosque. Mas su pálida luz fué muy pronto atenuada por el resplandor de las hogueras de la sanjuanada que los campesinos encendieron en la cumbre de una altura vecina.

—Vamos a ver las hogueras—exclamó Kuengolt—. El camino a través del bosque es corto y muy lindo. Pero hay que ir como es debido y con toda formalidad. Las mujeres delante y los hombres detrás.

Encendiéronse grandes antorchas con ramas de pino, y a su luz emprendió la marcha la alegre comitiva, en el orden por Kuengolt prescripto.

Sólo Violante quedó para guardar la casa y esperar el regreso del guardabosques, pues también ella esperaba llevar a cabo en aquel día sus secretos propósitos. Turbados los sentidos por los vapores del vino y presa aún de la alegre excitación de la fiesta, llegó el padre de Kuengolt. Al ver la mesa dispuesta bajo los tilos tomó asiento a ella y demandó un último vaso de vino antes de irse a acostar.

Viendo llegado el momento propicio para conseguir sus afanes, entró Violante en su alcoba y buscó, inútilmente, en el armario el filtro amoroso por tanto tiempo conservado. En vano fué que

recorriera la casa escudriñando todos los rincones, pues el frasquito, que Kuengolt arrojó imprudentemente al suelo apenas hubo terminado de verter en el vino su contenido, había sido recogido por la morena criadita, que al verse abarcada por el fraile se había retirado a su cuarto llena de disgusto.

Violante, viéndose privada del filtro mágico, tomó rápidamente su partido. Cuidó de que estuviese lo más fuerte y dulce posible el hipocrás que había pedido el guardabosques y se sentó junto a éste mientras lo bebía. Su anhelante afán hacía que de toda su persona emanase un tierno atractivo. Un traje amarillo pálido, con rojos adornos, realzaba su nada escasa belleza, dejando ver su garganta y sus brazos, de irreprochable blancura. Para no presentar un aspecto excesivamente juvenil, habíase quitado las flores que durante el baile adornaron su sedoso pelo y recogido las gruesas trenzas oscuras en derredor de su fina cabeza.

—Estáis muy guapa, prima mía—dijo el guardabosques, después de contemplarla con agrado.

—¿Por fin me encontráis de vuestro gusto?—respondió ella sonriendo como una bienaventurada y mirándole con ardientes ojos—. ¡Más vale tarde que nunca! ¡Si supierais, en cambio, lo que yo he sentido por vos desde que era una niña!

Esta declaración y la mirada que la subrayó fueron para el guardabosques más poderosas que cualquier mágico filtro, aunque entrara en él componente tan eficaz como el esqueleto pulverizado

de una rana verde. En su exaltado cerebro apareció el lejano recuerdo de una linda niña, cuya amante sonrisa veía ahora fielmente reproducida en el rostro de aquella mujer que a su lado tenía, en todo el esplendor de su bella madurez. Dejando que un generoso impulso cordial se sobrepusiera a los dictados de su razón, creyó ver en Violante una tierna criatura que, ennoblecida por largo y callado sufrimiento, haría feliz al que le ofreciera un hogar en que acogerse y olvidar el amargo pasado.

Presa de súbito enternecimiento, tomó su mano, y acariciando sus mejillas, dijo:

—No es tarde, Violante. Aun no somos viejos. ¿Queréis ser mi mujer?

Y viendo que ella no retiraba su mano y se apretaba más contra él, resplandeciente el rostro de una verdadera felicidad, tomó el anillo de boda de su primera mujer, que desde que ésta murió llevaba colgado de uno de los adornos de su daga, y lo puso en el dedo de Violante. Sepultó ella entonces su cara entre las rubias barbas del que la acababa de hacer su prometida, y ambos se abrazaron y besaron bajo los tilos, que la suave brisa nocturna hacía vibrar armoniosamente. El guardabosques, invadido por una suave ternura, creyó sinceramente haber encontrado la piedra filosofal.

En este instante volvió Dietegen con su arcabuz al hombro, y sorprendió la apasionada escena sin que los amantes advirtiesen su llegada. Lleno de sorpresa y confusión volvió el joven sobre sus

pasos, procurando no delatar su presencia, y dió vuelta a la casa para penetrar en ella por la puerta trasera. Mas de repente surgió en el vecino bosque un confuso rumor de voces, oyéndose luego agudos gritos. Sin vacilar un momento echó a correr Dietegen hacia el lugar de donde el ruido provenía, y halló al grupo, que tan alegremente había partido de la casita, presa de la mayor confusión. Enloquecidos por el vino y por los celos que la conducta de Kuengolt sembrara entre ellos, los jóvenes estudiantes habían disputado al volver de su visita a las hogueras campesinas. Generalizada la reyerta, habían salido las espadas y dagas de sus vainas y la sangre corría ya por más de una herida. En el momento de llegar Dietegen acababa el jorobado escribano de atravesar con su larga tizona al hijo del alcalde, que, sin soltar su espada, cayó agonizante sobre el césped, mientras los demás seguían combatiendo por parejas y gritaban las mujeres en demanda de auxilio. La única silenciosa era Kuengolt, que, pálida como la muerte misma, pero poseída por una invencible curiosidad, seguía ávidamente las incidencias del terrible espectáculo.

—¿Qué es esto, Kuengolt?—exclamó Dietegen al pasar, rápido, junto a ella.

Eran éstas las primeras palabras que el joven le dirigía desde mucho tiempo atrás, y la muchacha se estremeció al oírlas y miró luego a Dietegen, como sintiéndose aliviada y protegida por su presencia. Mas el joven se dirigió sin

detenerse al lugar de la reyerta y consiguió, no sin esfuerzo, separar a los enloquecidos contendientes y mostrarles el cadáver de su compañero, a cuya vista dejaron todos caer sus brazos mirando petrificados, ora al caído, ora a su furioso matador, que parecía no haberse dado cuenta de lo sucedido y lanzaba en derredor suyo angustiosas miradas.

Entre tanto habían acudido numerosos campesinos y los guardas y criados que retornaban a casa del guardabosques. Entre todos prendieron a los de Ruechenstein y maniataron al escribano.

Una triste mañana sucedió a la dramática noche. El guardabosques se veía desposado con la perversa Violante, y en su cabeza, perturbada aún por los excesos de la víspera, surgían mil contradictorias ideas. Un ciudadano de Ruechenstein yacía muerto en la casa; otros varios habían sido encarcelados, y antes de que llegase el mediodía apareció una Comisión de la ciudad vecina que, presidida por el anciano alcalde en persona, venía a inquirir las causas del desdichado suceso y pedir estrecha cuenta a los que en él tomaron parte.

El encarcelado escribano, convicto del homicidio y sabiendo que le iba la vida en su declaración, inculcó, con gran cólera, a las mujeres de la regocijada Seldwyla, y particularmente a Kuengolt, a la que acusó de hechicería, pues había sido enterado de todo por su compañero el fraile, al que la ciada con quien retozó en la fiesta y despreció luego por Kuengolt había entregado el frasquito,

que recogió al retirarse a su habitación llena de ira contra la que le había arrebatado su pareja.

Para mayor espanto de los seldwylenses tornaron de este modo las cosas contra Kuengolt y los suyos, pues por aquel tiempo todos creían, tanto en Ruechenstein como en Seldwyla, en la eficacia de los filtros mágicos, y los conciudadanos del muerto se presentaron en forma tan amenazadora, que la consideración y simpatía de que gozaba el guardabosques no fueron suficientes para impedir que su hija fuese encarcelada; tanto más, cuanto que, paralizado por la rapidez y gravedad de los acontecimientos, apenas si el pobre hombre intentó poner remedio alguno.

Kuengolt, aterrorizada, confesó en el acto su pecado, y Schafuerli y sus compañeros fueron puestos en libertad. Los de Ruechenstein demandaron que se les entregara la perversa hechicera que había causado la muerte de uno de los suyos, pues a ellos correspondía aplicar el castigo. Mas esto no les fué concedido y tuvieron que volver, llenos de ira, a su ciudad, llevándose el cadáver del hijo del alcalde. Cuando luego supieron que los seldwylenses no habían condenado a la muchacha mas que a un año de benigna prisión, renació en ellos el odio que siempre habían profesado a sus vecinos, y volvió a ser peligroso para los seldwylenses aventurarse en su territorio.

Considerando levísimos, conforme a su general concepción de la vida, los delitos como el que Kuengolt había cometido, no los penaban los seldwy-

lenses siquiera con encarcelamiento, sino que, sobre todo cuando se trataba de mujeres o jóvenes, recluían al delincuente en casa de un ciudadano cualquiera, con la obligación de efectuar el servicio a que quisiesen dedicarle. Siguiendo esta costumbre, debía ser conducida Kuengolt al Ayuntamiento y constituir objeto de pública subasta.

El guardabosques, a quien los desgraciados sucesos habían despojado de la serena alegría que le caracterizaba, confesó, sollozando, a Dietegen que no se sentía con fuerzas para acompañar a su hija e infundirle ánimos con su presencia durante el amargo trance de la subasta. Ofrecióse el joven a sustituirle para que Kuengolt se viera asistida por alguno de los suyos, y así quedó acordado tras de vivas protestas de agradecimiento por parte del desdichado padre.

Ciñóse Dietegen su larga espada, y con aire sombrío y resuelto se dirigió al Ayuntamiento, donde se hallaban reunidos los concejales. Poco a poco fueron llegando aquellos ciudadanos que se proponían pujar en la subasta y otros muchos que acudían por mera curiosidad y afán de no perder espectáculo alguno gratuito.

Al ser introducida Kuengolt en el salón, quedando en pie ante la mesa del Concejo, cogió Dietegen una silla con rápido ademán, y haciendo sentar en ella a la muchacha se colocó él detrás, apoyando su mano en el respaldo. Sorprendida Kuengolt al verle, le dirigió luego una dolorosa sonrisa; mas él

pareció no advertirlo, conservando su grave y sereno continente.

El primero que se acercó a verificar su oferta para hacerse cargo de la delicuente fué el pífano municipal, borrachín impenitente, que había sido enviado por su mujer, deseosa de tener alguien que la ayudara en el arreglo de la desordenada casa. Esperaba además que la reclusa recibiera, pública o secretamente, de sus familiares dinero, ropas o alimentos destinados a aliviar su situación, y de los cuales ellos pudieran apoderarse o, por lo menos, participar.

—¿Quieres irte con ése?—preguntó Dietegen a Kuengolt.

Denegó ella después de examinar la roja nariz y la prominente panza del músico, y éste se retiró presuroso, exclamando:

—¡Qué le vamos a hacer!

Presentóse a continuación un viejo sombrerero, que pensaba sacar buen provecho de la muchacha teniéndola cosiendo todo el día. Padecía el pobre hombre una asquerosa llaga en una pierna, que le obligaba a pasarse el día renovando emplastos y cataplasmas, y además ostentaba en la cabeza un lobanillo del tamaño de un huevo de gallina. Siendo Kuengolt aún niña, le inspiraba tal miedo el ridículo aspecto de aquel infeliz, que al ir al colegio pasaba siempre corriendo por delante de su taller. Así, pues, cuando Dietegen le preguntó si quería ir a su casa, contestó negativamente, y el sombrerero tuvo que retirarse maldiciendo entre dientes.

Tras él llegó a la mesa un cambiante que por su avaricia y su senil lujuria gozaba de pésima fama en la ciudad. Mas apenas había fijado sus rojizos ojos en la muchacha, y sin darle tiempo a abrir la boca para hacer su oferta, le hizo Dietegen una seña amenazadora, sin cuidarse esta vez de consultar previamente a la muchacha.

Vinieron después varias personas de cuya honradez y bondad no podía dudarse, y entre ellas se verificó realmente la subasta. El que menos pidió por la manutención de Kuengolt fué el sepulturero, hombre tranquilo y de buenas costumbres, que vivía con su mujer en una apartada casa muy a propósito para albergar aquella clase de reclusas, no siendo Kuengolt la primera de que se hacía cargo.

La oferta del sepulturero fué aceptada por el Concejo y Kuengolt fué conducida en el acto a la casa que había de constituir su prisión, y que se alzaba entre el cementerio y una silenciosa calle de las afueras. Hasta ella la acompañó Dietegen, con objeto de ver qué habitación se la destinaba. Era ésta una pequeña rotonda que daba al cementerio por una ventana provista de fuerte reja. Allí debía permanecer Kuengolt hasta la llegada del invierno, durante el cual, resultando la rotonda demasiado fría, acostumbraba el sepulturero a llevar a sus prisioneros al interior de la casa y sujetarlos a la gran estufa del comedor por medio de una larga y ligera cadena.

Cuando Kuengolt vió que sólo los hierros de la

ventana la separaba de las sepulturas y advirtió el vecino osario colmado de esqueletos y calaveras, comenzó a temblar y pidió angustiosamente que no la dejaran allí por la noche. Mas la mujer del sepulturero, que llegó trayendo un jergón de paja, una manta y una cortina con que tapar la ventana, se negó a ello, alegando que no podía oponerse a la costumbre establecida y que la triste y temerosa vecindad constituiría una bienhechora penitencia para su pecado.

—Tranquilízate—dijo entonces Dietegen, aprovechando un momento en que sólo Kuengolt podía oírle—. A mí no me asustan los muertos ni los aparecidos y vendré todas las noches a velar tu sueño ante esa reja hasta que te acostumbres a vivir aquí.

Dicho esto salió de la casa y fué en busca del triste guardabosques, el cual acababa de convenir con Violante en retrasar su boda hasta que su hija fuese puesta en libertad y tornasen las cosas, en lo posible, a su primitivo estado. Violante, por su parte, se hallaba satisfecha de haber escapado con tanta suerte de los acontecimientos, a pesar de ser ella su principal causante. En el severo interrogatorio a que había sido sometida fué aceptada su disculpa de que si conservaba en su poder el filtro era tan sólo para evitar cayese en manos que pudiesen atreverse a utilizarlo, siendo, por lo tanto, puesta inmediatamente en libertad.

Llegada la noche primera que la reclusa debía pasar en su prisión, se levantó Dietegen antes de que dieran las doce, y, tomando su espada y una

cantimplora llena de excelente vino, bajó a la ciudad, saltó los muros del cementerio y llegó, por entre las tumbas, hasta la reja de la fúnebre prisión. Kuengolt, echada sobre su mísera yacija, temblaba a cada rumor que a través de la corrida cortina llegaba hasta ella. Aun no había sonado la hora de los aparecidos y ya había sufrido horrendos sustos. Un gato había pasado por el osario haciendo entrechocarse los esparcidos huesos con lúgubre chasquido. Más tarde, los arbustos que crecían junto a las sepulturas produjeron un melancólico murmullo a impulsos del viento y la veleta de la capilla giró sobre su eje con agudo chirriar, que resonaba extrañamente en el nocturno silencio.

Nuevo espanto la sobrecogió al oír los pasos de Dietegen; mas cuando el joven separó la cortina desde fuera, dejando que la pálida claridad lunar entrara en la estancia, incorporóse Kuengolt, presurosa, y se lanzó hacia la ventana, sacando sus manos por entre los barrotes de la reja.

—¡Dietegen!—exclamó, y rompió a llorar.

Eran éstas las primeras lágrimas que vertía desde la desdichada noche cuyos acontecimientos la habían sumido en una especie de atontamiento.

Mas Dietegen no tomó sus manos y se limitó a poner en ellas la cantimplora, diciendo:

—Bebe. Te hará bien.

Bebió ella y comió un pedazo del sabroso pan de su hogar que el joven le traía. Repuestos sus ánimos y viendo que Dietegen no quería hablar

con ella, volvióse a echar en su jergón y lloró suavemente hasta que el sueño la venció.

La inexperiencia de Dietegen y su juvenil y severo concepto moral le hacían ver en Kuengolt una criatura perversa incapaz ya de nada bueno, y si aun velaba por su tranquilidad, sentado sobre una vieja tumba, ello era en recuerdo de su muerta madre y por no poder dejar de reconocer que al fin y al cabo él debía su vida a la descarriada muchacha.

Kuengolt durmió hasta el amanecer, y cuando se aproximó a la ventana vió que Dietegen había desaparecido silenciosamente.

De este modo fueron pasando las noches, sin que Dietegen faltara una sola, pues creía sinceramente que aquellos lugares estaban llenos de misteriosos peligros para todo el que no tuviera su conciencia tranquila y limpia de todo remordimiento. No dejaba tampoco nunca de traer consigo comida para la prisionera e inquiría de ella lo que necesitaba, cumpliendo sus deseos siempre que le parecían justos. Las lluvias y las tormentas otoñales no consiguieron apartarle de su puesto ni hacerle retardar su llegada, y en aquellas noches en que la creencia popular supone más agitado el mundo de los espíritus extremaba su vigilancia y permanecía al pie de la reja hasta mucho después del canto del gallo.

Por su parte, Kuengolt se las arregló de manera que le permitiesen tener echada la cortina durante el día, bajo pretexto de rehuir la curiosidad de los que en el cementerio entraban, pero en realidad

para poder dormir toda la mañana y parte de la tarde y hallarse despierta por la noche, pues gustaba de contemplar en silencio la esbelta figura de su centinela protector y meditar sobre él, sobre ella misma y sobre todo lo sucedido, mientras que Dietegen la creía sumida en sereno sueño.

En cuanto el joven llegaba y podía Kuengolt entregarse con plena seguridad a sus pensamientos, sentíase invadida por una felicidad insospechada. No suponía el duro juicio que ella le merecía, y esperanzada por la fiel conducta del joven, confiaba en recobrar su dominio sobre él. No era ésta la opinión de su padre, que la visitaba todas las semanas, y cuando le oía pronunciar el nombre del muchacho con un acento en el que se transparentaba el cariño que en Kuengolt había renacido, suspiraba hondamente, pensando que Dietegen podría aún salvar a su hija; pero considerando imposible que el recto y honrado joven aceptase por esposa a una mujer acusada de hechicería y condenada en un proceso legal.

Una noche recibió Kuengolt una inesperada visita. El jorobado Schafuerli, escribano de Ruechenstein y autor de la muerte del hijo del alcalde, no podía olvidar a la bella criatura y se sentía poseído por su ardiente recuerdo. Su imagen, mezclada a la sangre que por sus venas corría, circulaba con ella siguiendo todos los meandros de su retorcido cuerpo como una bruja que en rápida barquilla navegase hacia el aquelarre sobre las ondas de un tenebroso río.

Mas como el jorobado era un osado bribón, en lugar de hacerse exorcizar por los capuchinos, determinó intentar que la misma causante de su mal fuese quien le curase y libertase del hechizo, y una obscura noche emprendió el camino hacia Seldwyla y penetró en el cementerio. No siendo aún la hora en que Dietegen acudía, y sintiendo que no eran suyos aquellos pasos, se ocultó Kuengolt tras de la cortina. Mas Schafuerli encendió una pequeña linterna, apartó la tela que cubría la ventana e iluminó la habitación hasta descubrir a la muchacha.

—Acércate—murmuró apasionadamente—. Dame tus manos y déjame besar tus labios. Debes curar el mal que por tu causa padezco.

Al reconocer Kuengolt la contrahecha figura del escribano quedóse muda de espanto. Más que la inesperada aparición del jorobado en aquellos lugares, la angustiaban, haciéndola temblar como hoja de álamo, los recuerdos que en ella reavivaba su presencia.

No obteniendo respuesta y viendo que Kuengolt seguía inmóvil en un ángulo de la estancia, quiso el atrevido Schafuerli forzar la reja, y al primer intento consiguió arrancar de la pared uno de sus lados. Mas en aquel momento llegó Dietegen y le agarró por los hombros. En vano se revolvió el jorobado, lanzando un fiero rugido e intentando desenvainar su daga. Los robustos brazos de Dietegen dominaron sus ímpetus, desarmándole y manteniéndole prisionero. Terminada la breve lucha dudó el vencedor si entregar al escribano

a las autoridades de Seldwyla o dejarle marchar. Mas no conociendo lo que hasta su llegada había sucedido y temiendo que de ello resultaran nuevos cargos contra la muchacha, resolvió dejar en libertad al nocturno asaltante, prohibiéndole volver por allí si en algo estimaba su vida. A continuación entró en la casa y decidió al sepulturero a trasladar a su reclusa a las habitaciones interiores, tanto más cuanto que el otoño estaba comenzando y las noches iban siendo húmedas y frías.

De este modo fué trasladada Kuengolt aquella misma noche al comedor de la casa y sujeta a la estufa con una larga y ligera cadenita. La tal estufa, que llenaba todo un frente de la habitación, era una construcción de verdes azulejos que mostraban en sus relieves toda la historia de la creación del mundo y la del pecado original. En los cuatro ángulos del monumento se alzaban sobre columnas salomónicas las estatuas de los cuatro apóstoles, y el conjunto presentaba un aspecto no del todo inarmónico.

Al lado de esta estufa había un largo banco, que servía de asiento a la cautiva Kuengolt. Contenta ésta de su nuevo y más seguro retiro y de su salvación de entre las garras del escribano, seguía atribuyendo la protección que Dietegen ejercía sobre ella al amor que el joven le profesaba, y que ella creía inextinguible a pesar de que ni aun la noche en que el jorobado había intentado penetrar en su prisión le había dirigido una sola palabra y había desaparecido una vez pasado el peligro.

Mas aun en esta segura reclusión halló Kuengolt quien quedase prendado de ella. Fue éste un capellán que ejercía varias funciones eclesiásticas en la iglesia del cementerio y tenía además la misión de prestar su asistencia espiritual a los enfermos contagiosos y a los presos. Habiendo visto a la muchacha una vez que entró en casa del sepulturero, dió el buen curita en venir todos los días y sentarse a su lado con el fin de ver si conseguía quitarle la perversa inclinación a la hechicería y al empleo de filtros mágicos, y al mismo tiempo para gozar por su cuenta de la vista de una criaturita tan bella y adorable. Desde la desgraciada noche que puso fin a su libertad, había Kuengolt adquirido, con el sufrimiento, una nueva belleza, convirtiéndose en una mujer hecha y derecha, esbelta y pálida, cuya mirada exhalaba un suave y amable fulgor, mitigado por una melancólica sombra. Aunque sujeta a la estufa por la tradicional cadena, era tratada Kuengolt como si perteneciera a la familia de sus guardadores. Las noches que venía el enamorado curita se le obsequiaba con un vaso de vino o cerveza de la que el guardabosques mandaba, y después de pronunciar su sermoncito y refrescar el gáznate se quedaba aún un rato, viéndose claramente que sólo lo hacía para contemplar a su sabor a la consolada pecadora y acariciarle paternalmente la mano. Cuando esto sucedía, se dejaba Kuengolt llevar por una ligera alegría y sonreía dulcemente, comparando para sí al infeliz eclesiástico con el es-

belto y fuerte Dietegen, al que seguía considerando como su novio y prometido.

Sucedió así que, a fuerza de pensar en un risueño futuro, fué recobrando la muchacha algo de su atractiva alegría y haciéndose querer por la mujer y los hijos del sepulturero, el cual acercaba por las noches la mesa al banco en que junto a la estufa se hallaba sentada Kuengolt y la hacía cenar con ellos. De este modo cenaron todos la noche de Año Nuevo, agregándose el capellán, que se invitó espontáneamente. Hallábanse de sobremesa charlando y jugando con nueces y avellanas, y reía Kuengolt de algo que el capellán había dicho cogiéndola de la mano, cuando entró Dietegen, portador de algunas golosinas para su protegida e hija de su jefe. Un inconsciente impulso de su corazón, resto del cariño que por Kuengolt sintió un día, le había hecho formar el propósito de pasar una hora a su lado aquella primera noche de Año Nuevo que la muchacha pasaba fuera de su hogar.

Mas la alegre escena que al entrar sorprendió, y sobre todo el ver al clérigo acariciando la mano de Kuengolt, helaron su sangre de tal modo, que casi la sintió paralizarse en sus venas. Tras de algunas palabras explicando su venida para entregar a la reclusa las provisiones que su padre le regalaba, volvió a salir con sombrío semblante y murmurando entre dientes:

—¡Bien está. Lo perdido no se vuelve jamás a encontrar!

También Kuengolt sospechó la gravedad de

aquel instante y sintió afluir toda su sangre a su corazón. Palideciendo, se desplomó en su banco al lado de la estufa, y sus acompañantes respetaron en silencio su repentino abatimiento, disolviéndose la reunión poco después. Antes de que sonara la primera hora del nuevo año quedó silenciosa y obscura la morada del sepulturero.

Desde esta noche permaneció Kuengolt como olvidada por los suyos, tanto más cuanto que por aquellos días corrían por la Confederación rumores de próximos acontecimientos bélicos, que al poco tiempo convirtiéronse en sangrienta realidad. Llegada la primavera, y pocos días antes de la batalla de Grandson, salieron al campo los ciudadanos de Seldwyla y los de Ruechenstein, así como los de otras vecinas comarcas, llevando al frente sus banderas. Para el guardabosques y para Dietegen fué un inmenso alivio verse arrancados del triste hogar destruído y respirar a pleno pulmón el viril ambiente de la guerra.

Con firme paso, aunque más silenciosos y graves que sus compañeros de armas, marcharon ambos en pos de su bandera hasta reunirse con los demás confederados que iban a socorrer a sus hermanos, empeñados yá en la cruenta lucha.

Como un férreo bosque extendíase en cuadro el ordenado ejército, llevando en su centro las banderas de los diversos territorios y ciudades. Millares de hombres marchaban uno junto a otro y todos con igual confianza y valerosa resolución. Al lado del pródigo libertino avanzaba el mísero

avaro, y el pendenciero y el pacífico mantenían con igual paciencia prontas sus fuerzas para el momento de la lucha. Aquel cuyo ánimo había sido entristecido por mil dolorosos sufrimientos observaba igual silencio que el fanfarrón o el charlatán; el pobre y abandonado se erguía con sereno orgullo al lado del rico y poderoso. Gentes de una misma ciudad que en ella no hubieran podido toparse sin entablar una reyerta, se hallaban mezcladas en las filas sin ocurrírseles mentar siquiera sus diferencias. La envidia y el odio empuñaban la pica o la alabarda con igual vigor que la generosidad y la bondad, y tanto el justo como el perverso tenían fijo su espíritu en el deber más inmediato. Los que se hallaban en el ocaso de su vida y podían sacrificar sin llanto el resto de su fuerza no significaban en aquel momento ni más ni menos que los floridos adolescentes, esperanza de sus madres y con un risueño o grandioso porvenir frente a ellos. El hombre de ánimo sombrío y melancólico soportaba sin disgusto las ocurrencias que a media voz le comunicaba su chistoso vecino, y éste, a su vez, observaba sin burlas ni carcajadas las infantiles precauciones que el miedo dictaba al pacífico miliciano.

Al lado de la bandera de Seldwyla se alzaba la de Ruechenstein, y los hombres de ambas ciudades enemigas marchaban lado a lado. El guardabosques, que capitaneaba un grupo de sus conciudadanos y constituía la piedra angular del mismo, avanzaba junto al escribano de Ruechenstein, que

mandaba una compañía de los suyos. Mas ninguno de los dos parecía recordar lo pasado. Dietegen, a la cabeza de los arcabuceros, había ya entablado una escaramuza con la vanguardia enemiga cuando el grueso de la milicia avanzó con poderoso impulso y comenzó la batalla que había de poner en fuga, con todo su brillante ejército, a uno de los más famosos príncipes guerreros.

En el fragor del duro combate, los jinetes borgoñones separaron al guardabosques y a algunos de sus hombres de armas del resto de la compañía. Con fiero avance se abrieron paso los seldwylenses, pero fueron rodeados por la infantería enemiga. El robusto guardabosques consiguió hacerse un hueco en aquella masa de atacantes, y ya iba a conseguir atravesarla cuando por la misma brecha que su espada había abierto entró una perdida bala de cañón y le destrozó el pecho, tendiéndole en tierra olvidado ya de todos sus cuidados en la eterna serenidad.

Al volver Dietegen sano y salvo de perseguir a los fugitivos borgoñones halló, tras de corto inquirir, el cuerpo del que había sido su amigo y protector, y lo sepultó entre las fuertes raíces de una poderosa encina que se alzaba junto a una pradera no lejos del campo de batalla. Cumplido este deber para con el que había sido un padre para él, retornó a la ciudad con sus compañeros de armas, y en premio a su bravura fué nombrado sucesor del difunto guardabosques, siéndole entregada su casa. Con la muerte del guardabosques quedaba

Kuengolt sin hogar ni más amparo que el de Die-tegen, pues los pocos bienes que su padre poseía habían desaparecido consumidos por la mala administración que en la casa reinaba desde la muerte de la madre.

Inmóvil junto a la estufa pasaba Kuengolt tristemente hora tras hora, apoyando su mejilla en los relieves de los azulejos, que representaban la pérdida del Paraíso en cuatro o cinco escenas repetidas todo alrededor de la estufa: la creación de Adán, la de Eva, el árbol del bien y del mal, y la expulsión. Cuando ya le dolía la mejilla de tanto tenerla apoyada contra el duro ladrillo, retiraba Kuengolt el rostro y consideraba atentamente los relieves, hasta que se le saltaban las lágrimas. Tan sólo al mirar el que figuraba la expulsión del Paraíso sentía tentación de reír, pues, por inadvertencia del escultor, ostentaba Adán en este azulejo en lugar de ombligo un redondo botón de relieve en medio del vientre, detalle que retornaba siempre en todos los azulejos que figuraban la misma escena.

Mas cuando la infeliz Kuengolt iba a ceder a la risa provocada por la grotesca figura de Adán, sentía que su miseria le apretaba el corazón y la garganta, y se entablaba en ella una sorda lucha interior, que inundaba sus ojos de lágrimas y contraía sus facciones en un gesto semejante al de aquel que quiere estornudar y no puede. Por último, evitó dirigir sus ojos sobre aquel ridículo relieve.

Pocos días después de la batalla de Murten terminó el año que Kuengolt debía pasar recluida. Dietegen había dispuesto que al recobrar su libertad se trasladase la muchacha a la casita forestal y habitase en ella con Violante, la cual había mejorado mucho en los últimos tiempos, ganando en modestia, gravedad y arreglo. Por su parte, Dietegen permaneció en el ejército hasta la terminación de la campaña.

Mas no podía ser el joven guerrero el único que entre tan diversos destinos permaneciera sin reproche y limpio de todo pecado. Los usos y costumbres de la guerra, unidos a su mudo dolor por el perdido amor de Kuengolt, le hicieron caer en una salvaje rudeza. Terminada la campaña, se agregó a aquel grupo de audaces jóvenes que tomaron por su cuenta exigir a la ciudad de Ginebra la contribución que en el tratado de paz se había obligado a satisfacer y que luego negóse a hacer efectiva. Con el producto del botín recogido en la persecución de los fugitivos borgoñones mandóse hacer Dietegen un lujoso uniforme. Su jubón, de rico damasco rosa, ostentaba en el pecho y en la espalda la blanca cruz de la Confederación, bordada en plata y enriquecida con valiosas perlas. El ala de su sombrero desaparecía bajo bellas plumas de colores que ondeaban al viento, y espada y daga, ricamente labradas, colgaban de un bordado tahalí. A más de estas armas, llevaba un arcabuz y una larga pica, en la que apoyaba indolentemente su esbelto y robusto cuerpo cuando se dete-

nía mirando amenazadoramente para hacer callar a un molesto fanfarrón o asustar a una bella muchacha. Al encontrar en su camino alguna linda doncella gustaba de agarrarla por las trenzas, mirarla fijamente a los ojos durante un momento y soltarla después temblorosa de espanto o, a veces, halagada y riente.

En esta guisa, y antes de unirse a la osada partida juvenil, en cuya bandera campeaba un feroz jabalí, apareció un día en la casita forestal de Seldwyla, y su figura resuelta, firme y robusta, pero flexible y de una natural elegancia, parecía encarnar el tipo perfecto de una pura estirpe popular.

Cuando así lo vió Kuengolt, a la que él dirigió, al pasar, una fría sonrisa altanera, quedó como deslumbrada. Todo el tiempo que Dietegen había estado guerreando en Italia lo había pasado ella en cavilar sobre el pretérito y revivir en su memoria los dichosos días de su perdida infancia, deteniéndose preferentemente en aquella hora en la que las mujeres de Seldwyla, llegadas a la colina en cuya cima terminaba el territorio de Ruechenstein, habían acariciado y coronado de flores al niño que ella había salvado de la muerte. En cuanto hallaba un momento de libertad emprendía Kuengolt el camino que a dicho lugar conducía, y llegada a él dirigía sus ansiosos ojos hacia el lejano Sur, donde se decía que acampaba la amenazadora banda de los invencibles jóvenes.

Mas por aquellos parajes, que constituían la frontera de Ruechenstein, vagaba también el jorobado

Schafuerli, ya no sólo en busca de curación para el amoroso mal que le atormentaba, sino, asimismo, en acecho de una ocasión en que tomar sangrienta venganza, pues, a pesar de su disculpa de haber sido embrujado, reinaba en Ruechenstein un general odio contra él, odio que el jorobado pensaba hacer cesar entregando a Kuengolt a la justicia de su ciudad para que por ésta se le aplicase el castigo que los seldwylenses le habían perdonado. De este modo, hallándose Kuengolt una tarde sentada sobre una de las piedras que marcaban la frontera, y con tan desgraciado descuido que sus pies tocaban tierra de Ruechenstein, surgió súbitamente de entre los árboles el escribano, y ayudado por un esbirro maniató a la infeliz muchacha y la condujo a su ciudad, en la cual se abrió en el acto un nuevo proceso por la muerte, aún impune, según los severos jueces, del hijo del alcalde.

Nadie había ya en Seldwyla, y mucho menos dadas las perturbaciones de aquella agitada época, que pudiera ocuparse de la suerte de Kuengolt. Mas cuando se supo que había sido condenada a muerte se sintió la perversa Violante invadida por los remordimientos y decidió buscar la única ayuda que creía posible. Abandonó la casa y peregrinó sin descanso día y noche hacia el Oeste en busca de Dietegen y su banda. El eco de las hazañas del atrevido grupo la puso pronto en el buen camino, y acabó por encontrar a Dietegen en una taberna jugando a los dados con varios de sus compañeros.

Dióle cuenta de la nueva desdicha de Kuengolt y, contra su esperanza, oyóla él con toda atención; mas cuando hubo terminado su historia, respondió:

—Nada me es posible hacer. Se trata de una cuestión de justicia, y como los seldwylenses no quieren ya meterse en nada, no encontraré ni diez hombres resueltos que quieran ayudarme a liberar a Kuengolt.

Pero Violante, a la que por su anterior ansia de hallar un marido era conocido todo lo que al matrimonio se refería, repuso:

—No es necesario hacer uso de la violencia. En Ruechenstein existe una tradicional costumbre por la cual toda mujer condenada a muerte queda libre si hay un hombre que la desee por esposa y consienta en ser desposado con ella sobre el cadalso mismo.

Dietegen miró asombrado a su interlocutora, mientras sonreía burlescamente.

—¿Y creéis que voy a tomar por mujer a una perdida semejante?—preguntó mientras se retorcía fanfarronamente el bigote para ocultar un ligero temblor que había recorrido todo su cuerpo.

—No digáis eso—respondió Violante—. Kuengolt no es una perdida.

Y rompiendo en llanto estrechó las manos de Dietegen entre las suyas, mientras exclamaba:

—De las faltas que Kuengolt haya podido cometer soy yo la única culpable. Quise separaros y hacer que ambos salieseis de la casa para conquistar yo al padre y hacerlo mi esposo. Para conse-

guir esto atraje a Kuengolt al mal camino y le hice hacer toda clase de locuras.

—Mas ella no debía haberse dejado seducir—exclamó Dietegen—. Sus padres fueron honrados a carta cabal; pero ella ha salido naturalmente perversa.

—Y yo te juro por mi salvación eterna—gritó Violante—que toda locura se ha extinguido ya en ella. Ahora es tan buena y pura como la que más y te quiere hasta tal punto que ya hubiera puesto fin a su vida si no esperara que alguna vez volvieses a su lado. Piensa, además, todo lo que la debes. ¿Estarías aquí si ella no te hubiese sacado del ataúd en que el verdugo iba a enterrarte? Piensa también en los bondadosos padres de Kuengolt, que te educaron como a su propio hijo. ¿Has de ser tú el que juzgues inexorablemente el pecado de una débil criatura? ¿Acaso nunca has pecado tú? ¿No has dado muerte en tus combates a ningún hombre al que hubieras podido perdonar la vida sin peligro para ti ni para tus compañeros de armas? ¿No has incendiado y saqueado las viviendas de infelices campesinos indefensos? Y si nada de esto has hecho, ¿has tenido compasión de todo el que la merecía y auxiliado al que en tu mano estaba?

Enrojeció Dietegen y repuso al cabo de unos instantes:

—No quiero que nadie pueda decir que me ha regalado la vida, ni quiero deber nada a ningún ser humano. Si en Ruechenstein se sigue la cos-

tumbre que habéis dicho, iré allí y tomaré a Kuengolt por esposa. Dios me ayudará luego si ya es tarde para apartarla del mal camino.

Dicho esto, dió el joven algún dinero a la agotada Violante para que pudiera reposar y tomar fuerzas antes de partir de nuevo para Seldwyla. Luego salió, tomó sus armas y emprendió sin más dilación el camino hacia Ruechenstein.

Con la acostumbrada diligencia habíase verificado en la severa ciudad el proceso de Kuengolt, la cual había sido desde luego condenada a muerte; pero, en atención a los servicios prestados por su padre en la pasada guerra, se le había concedido la gracia de morir decapitada en lugar de ser sometida al tormento del fuego, de la rueda o a otra cualquiera de las tradicionales prácticas de Ruechenstein.

En cumplimiento de esta sentencia, fué conducida hacia el cadalso descalza y vestida tan sólo con la blanca hopa de los ajusticiados. Sus largos y sedosos cabellos caían en blanda cascada por su espalda y cubrían la blancura de su esbelto cuello. Con lento paso iba la joven recorriendo, acompañada de sus verdugos, el camino que había de llevarla a la muerte. Habiendo renunciado ya a toda esperanza de vida y de felicidad caminaba Kuengolt sin desmayo y con firme paso. «¡Cuán impenetrable es el destino de los humanos!»—persaba, mientras una imperceptible sonrisa se pintaba en sus pálidos labios. Mas de pronto, al recuerdo de Dietegen, se inundaron sus ojos de lágrimas, pen-

sando que por lo menos aquel a quien amaba le debía su vida. Tan bondadoso y desinteresado había llegado a ser su corazón que se sintió consolada y fortificada por este pensamiento.

De este modo llegó junto al tajo, casi contenta de ver aproximarse el momento en que iba a reposar de sus fatigas y sufrimientos. Por última vez dirigió sus miradas sobre los campos hasta el indeciso azul de la lejanía. Vendóle el verdugo los ojos y ya se disponía a cortar la rica cabellera para facilitar su oficio a la espada, cuando apareció Dietegen a lo lejos agitando su sombrero en el extremo de la pica y gritando con toda la fuerza de sus pulmones. Al mismo tiempo, y por si esto no bastaba para detener la ejecución, apuntó con su arcabuz al verdugo e hizo pasar una bala a dos pulgadas de su cabeza. Sorprendidos e intimidados quedaron los jueces, sin saber qué hacer, y los hombres de armas se aprestaron a la defensa. Mas el osado Dietegen se aproximó, en frenética carrera, saltó sobre el cadalso con tan poderoso impulso que hizo crujir toda su armadura, y cogiendo a la arrojada Kuengolt entre sus brazos permaneció silencioso unos instantes, esperando a recobrar aliento para explicar su conducta. Viendo los jueces que venía solo y no era de temer un ataque enemigo, esperaron a que se explicase y se reunieron luego para decidir sobre su demanda.

Tanto la fidelidad con que los de Ruecherstein guardaban y observaban sus costumbres y tradiciones como la consideración de que gozaba Die-

tegen en aquellos belicosos tiempos hicieron que, una vez pasado el disgusto que a aquellos honrados ciudadanos producía la pérdida de su espectáculo favorito, fuera resuelta favorablemente la petición del joven guerrero. Hasta el jorobado escribano, que no había querido dejar de cumplir su cometido en aquella ocasión para dar fe y convencerse por sus propios ojos de la muerte de la hechicera, procuró esconderse lo mejor que pudo, no queriendo ser advertido por Dietegen, cuya dura mano temía a pesar de su probado valor.

El mismo sacerdote que había acompañado a Kuengolt al tormento y rezado con ella las oraciones de los agonizantes tuvo ahora que officiar en los desposorios, que se verificaron al pie del cadalso. Kuengolt fué desatada, incorporada sobre sus vacilantes piernas y preguntada si quería por esposo a aquel hombre, dándose a él y comprometiéndose a seguirle a todas partes.

Sin poder pronunciar palabra, clavó ella los ojos en Dietegen, que había sido lo primero que del mundo, al que retornaba, había visto al ser despojada de la venda. Todo aquello le parecía un sueño; mas para no perder la ocasión, aunque no fuera real, sino soñada, y no pudiendo recobrar la voz, inclinó la cabeza afirmativamente tres o cuatro veces, y luego, por si éstas no bastaban, otras dos veces más, siendo tal su expresión que conmovió a los mismos jueces, impulsándolos a sostenerla y auxiliarla durante el resto de la ceremonia.

Terminada ésta, quedó entregada Kuengolt a

Dietegen en cuerpo y alma, tal y como estaba vestida, sin derecho a ayuda ni indemnización alguna y con la obligación, por parte del desposado, de pagar los derechos eclesiásticos al cura, un vestido nuevo al verdugo y diez jarras de vino para éste y sus ayudantes, como presente de boda.

Satisfechos estos pagos, tomó Dietegen a su esposa de la mano y abandonó con ella la plaza en que se alzaba el cadalso. Mas como, según costumbre, tenía que llevársela tal y como estaba, vestida únicamente con la blanca hopa, sin que a nadie estuviese permitido procurarla auxilio alguno, sintióse Kuengolt paralizada por el frío y apenas pudo dar un paso. La tomó entonces Dietegen en brazos, y echando ella los suyos a su cuello apoyó su cara contra la de su protector y cayó a poco en un profundo sueño. En esta forma continuó él su camino, sintiéndola llorar dulcemente en sueños, mientras su respiración se iba haciendo cada vez más suave y reposada. Resbalando por las mejillas de la dormida Kuengolt cayeron algunas lágrimas sobre la frente de Dietegen, y su cálido contacto inundó el alma del joven en una inmensa ternura. Suya era la vida que entre sus brazos llevaba, y que para él valía desde aquel momento todo un mundo de inagotable felicidad.

Cuando llegó al lugar en que Kuengolt, tras de haberle salvado la vida, hizo saber a las mujeres que le acariciaban que nadie sino ella podría nunca considerarle suyo, alcanzaba el sol su cenit, y sus ardientes rayos, mitigando el frescor de la bri-

sa, permitían tomar algún descanso al caminante. Sentóse Dietegen sobre la piedra que marcaba la frontera y dejó resbalar su dulce carga hasta sus rodillas. La primera mirada que Kuengolt le dirigió al despertar y las primeras pobres palabras que le fué por fin posible murmurar confirmaron a Dietegen que no sólo había cumplido un deber, sino que había contraído otro nuevo: el de conservarse honrado y bondadoso para merecer siempre aquella felicidad que le inundaba.

Al pie del hito en que se hallaban sentados crecían bellas florecillas tempranas que se habían anticipado a la llegada de la primavera. Ni un solo rumor, fuera del canto de los pájaros en el vecino bosque, turbaba, bajo el intenso azul del cielo, la augusta calma del mediodía.

Aspirando con delicia el puro aire campesino permanecieron silenciosos un buen rato. Luego se levantaron, y como el camino descendía en suave pendiente hasta la casa forestal y se hallaba cubierto de blando musgo, echó Kuengolt a andar al lado de Dietegen.

Aun no habían mediado el camino cuando la joven se llevó la mano a sus dorados rizos, que creía cortados por el verdugo, y hallándolos intactos dijo a su esposo, mientras le miraba con amor:

—¿No tendré yo corona de desposada?

Miró Dietegen en torno suyo, y viendo próximo un acebo, cortó una verde rama, hizo con ella una corona y la colocó cariñosamente sobre la cabeza de Kuengolt, exclamando:

—Ruda es tu corona de desposada; mas ¡ay del que intente mancharla, aunque sólo sea con el pensamiento!

Después de estas palabras la besó una sola vez, mas con apasionada fuerza, y continuó su camino, yendo ella a su lado tranquila y satisfecha.

La casa forestal se hallaba vacía y solitaria cuando entraron en ella. Sabedores de que en aquel día iba a tener lugar la ejecución de Kuengolt, habían bajado a la ciudad los guardas y servidores, unos, para inquirir noticias, y otros, ingratos o egoístas, para aprovechar divirtiéndose el inesperado día de asueto. Mas esta soledad ayudó a Kuengolt a recobrar su ánimo poco a poco sin testigos ni curiosas preguntas. De cuarto en cuarto fué inspeccionándolo todo y abriendo todos los armarios, apareciendo luego vestida con el bello traje nupcial de su madre, del que había hablado al que ya era su marido cuando, siendo niños, habían pasado ambos la noche en el mismo lecho. Cubrió después la mesa con blancos manteles y dispuso en ella la comida y el vino que en sus pesquisas por la casa pudo hallar.

Tranquilos y solitarios se sentaron a cenar, conservando ella su corona de desposada, y terminada la sobria comida, se retiraron a la alcoba. Por segunda vez en aquel día, y con una sonrisa en que aun brillaba un resto de malicia, murmuró Kuengolt: «¡Cómo cambian las cosas!», al verse segura y satisfecha al lado de su esposo.

El sereno valor de Dietegen le hizo dueño de la

consideración pública en aquella belicosa época. Ni mejor ni peor que sus contemporáneos y sometido a iguales flaquezas y pecados que ellos, llegó a ser un celebrado capitán que guerreó a las órdenes de príncipes extranjeros o combatió contra ellos, reclutó mercenarios, reunió cuantioso botín y fué de guerra en guerra hasta adquirir gran influjo y poderío. Mas con su mujer vivió siempre en paz y concordia, y fundó una numerosa estirpe, cuyos descendientes florecen aún hoy en diversas naciones.

Violante ingresó en un verdadero convento poco después de la boda de Kuengolt, feliz desenlace que mitigó los reproches de su conciencia. Entregada a la vida religiosa no dió en largo tiempo noticia de sí mas que por los envíos que de toda clase de monjiles golosinas solía hacer a los hijos de Dietegen. Pero cuando éste hubo llegado a la cumbre de su poderío y daba algún suntuoso banquete, presidiéndolo con grave semblante y la dorada cadena de caballero al cuello, acudía a veces Violante, luciendo sobre el pecho una áurea cruz, y entablaba con los invitados corteses conversaciones, dejándose llevar en más de una ocasión por su innata afición a la intriga.

En un cuadro, obra de un buen maestro y existente en una conocida galería, hallamos, según reza una inscripción que en él puede leerse, el retrato de Kuengolt a comienzos del siglo XVI. Nos muestra este retrato a una esbelta y elegante dama, en cuyo bello rostro se mezcla una noble gravedad con una suave expresión maliciosa.

También Kuengolt murió en la flor de su edad, y también, como su madre, de un enfriamiento. Muerto su esposo en una de las campañas del Milanesado, fué enterrado en el cementerio de una pequeña iglesia de Lombardía. Pretextando querer erigirle un suntuoso panteón, partió Kuengolt para el lugar en que yacía Dietegen; mas lo que hizo fué pasar toda un larga noche de lluvia en oración al pie de la sepultura, adquiriendo así las fiebres que, en dos días, extinguieron su vida. Fué enterrada al lado de su esposo.

LA RISA PERDIDA

CAPITULO PRIMERO

Entonando una alegre canción marchaba gozosamente el abanderado del orfeón masculino seldwylense, que al frente de sus compañeros se dirigía, en una hermosa mañana de estío, a tomar parte en un gran concurso musical. Habiendo salido de Seldwyla la tarde anterior y hecho parte del viaje en ferrocarril, habían decidido, en vista de la clara pureza de la fresca mañana, recorrer a pie el resto del camino, que se extendía a través de un límpido bosque.

Pronto apareció a su vista el espléndido lago en cuya margen se alzaba la ciudad, toda engalanada con banderolas y gallardetes. Formando varios grupos emprendieron el descenso hacia ella los sesenta o setenta hombres, de todas edades y estados, que componían el orfeón seldwylense. Sus alegres gritos y los fragmentos de canciones que cada cual, a su capricho, iba entonando despertaron el eco del venerable encinar por el que atravesaban, y fueron advertidos por otros grupos más cercanos a la ciudad, que contestaron agitando sus banderas.

Tan sólo el abanderado seldwylense, un esbelto joven de bello rostro y elevada estatura, continuó imperturbablemente su canto, haciendo gala de una bien timbrada voz de barítono. Adornado con una banda profusamente bordada y tocado con un sombrero de plumas, marchaba llevando sobre el hombro la pesada bandera de seda bordada, enrollada sobre su largo astil, cuya dorada punta brillaba en la sombra del bosque al ser herida por algún rayo de sol que conseguía filtrarse entre las verdes ramas.

Terminada su canción volvióse el abanderado hacia sus compañeros, mostrando un rostro radiante de felicidad y una luminosa sonrisa que le era habitual y le ganaba en el acto todos los corazones.

—Nuestro buen Jocundo—se dijeron los que le seguían—será seguramente el más arrogante abanderado de la fiesta.

No fueron vanas estas esperanzas, pues, en efecto, el abanderado, que llevaba el alegre nombre de Jocundo Meyenthal, fué contemplado con simpatía y admiración en el desfile que, unidos a las demás sociedades musicales, efectuaron los seldwylenses por las calles de la ciudad.

Para aquellos que ya habían asistido a varios de estos festejos era conocida la figura de Jocundo, y todos le estimaban y querían. No obstante su inagotable alegría e incansable buen humor, era Jocundo la serenidad y la tranquilidad mismas. Tomaba parte en todo regocijo general o particu-

lar y se mostraba siempre dispuesto a complacer y divertir a todos, pero nunca llegaba a alborotar ni mucho menos a emborracharse. Sabía aguantar con igual paciencia al charlatán alborotador que al malhumorado que intentaba destruir el general contento, y conseguía librarlos de la animosidad que contra ellos se alzaba cuando abusaban de la paciencia de los circunstantes y se hallaban amenazados de una vergonzosa expulsión. Cuando algún camorrista alzaba el gallo y estaba a punto de surgir una reyerta, mediaba hábilmente Jocundo y, despreciando las provocaciones del fanfarrón, le hacía alejarse, ganándose así el afecto y el reconocimiento de los pacíficos y los tímidos.

De estas virtudes que culminaban en Jocundo participaban los demás seldwylenses mientras se hallaban fuera de su casa tomando parte en los musicales festejos. Desordenados y ociosos en su ciudad natal, mostrábanse, en cambio, disciplinados y laboriosos en cuanto salían de ella. Mientras duraban las fiestas formaban un unido grupo ejemplar y se mantenían irreprochables, consolándose con el pensamiento de la alegre libertad de que gozarían cuando, terminados los festejos, regresaran a su regocijada patria.

Este deseo de mostrar su valía en todas partes menos en su casa les había hecho preparar con todo entusiasmo, esmero y aplicación la canción que habían elegido para ejecutarla en el certamen, evitando durante algún tiempo antes todo exceso que pudiera velar sus voces. Titulábase dicha

pieza «El despertar de la violeta», y su letra era una insignificante poesía; mas sobre ella había compuesto el músico una melodía tan llena de adornos y de tan dificultosa ejecución, que desde hacía varios meses no se hablaba en todas partes mas que de la atrevida elección de los seldwylenses y de su probable fracaso en el certamen.

Llegó por fin el día en que éste había de celebrarse. Millares de espectadores habían acudido a escuchar las canciones que casi otros tantos orfeonistas iban a entonar para conseguir el honroso premio. Cuando tocó su turno a los seldwylenses se adelantaron con su bandera al frente, y colocándose en el centro de aquel mar humano comenzaron la tierna canción. Venciendo todas sus dificultades, sin el menor tropiezo llegaron al final, y ejecutaron éste extinguiendo las voces con tal pureza y suavidad que el auditorio creyó sentir abrirse el capullo de la violeta y esparcir su primer aroma por todo el local.

Tras de una corta pausa, en que nadie se atrevía a respirar, resonaron estruendosos vítores y aplausos. Los jueces del musical torneo, famosos maestros que habían recorrido en triunfo toda Europa, dieron significativas muestras de aprobación y, mirándose unos a otros, se ofrecieron rapé en ricas tabaqueras, regalo de reyes y señores extranjeros.

Con sereno continente volvieron los seldwylenses a ocupar su puesto entre los demás concursantes, escurriéndose después sin ser vistos y aban-

donando el campo de batalla para reponer sus fuerzas en un sombreado jardín vecino, consumiendo un sobrio almuerzo y refrescando con unas copas de excelente champaña. Ninguno tomó más de tres copas ni hizo siquiera intención de traspasar esta justa medida, y cuando volvieron al certamen nadie pudo suponer de dónde venían.

Con igual medida y dignidad siguieron comportándose durante todo el tiempo que duró el certamen, hasta que llegó la hora de la distribución de premios. La dorada luz del atardecer daba un nuevo encanto al rebosante salón, decorado en rojo y verde y adornado con flámulas y gallardetes. Sobre un alto estrado, y teniendo ante ellos los premios y regalos, consistentes en copas y cuernos de caza de oro y plata, se hallaban sentadas las doncellas que habían de atar las coronas a las banderas de los orfeones vencedores.

Para decir verdad, una de ellas, Justina Glor, de Schwanau, era la que, tras de muchos ruegos, se había encargado de cumplir dicha misión, y las demás, eclipsadas por su singular hermosura, parecían no estar allí mas que como cortejo suyo. Semejante a una musa, ostentaba Justina sobre sus rizados cabellos negros una corona de frescas rosas y vestía una amplia túnica, que una roja cinta ceñía a su cintura.

Todos los ojos quedaron fijos en ella cuando se levantó teniendo en la mano la primera corona, que al sonido de los timbales y trompetas había sido adjudicada a los seldwylenses. Vióse avanzar,

pues, a Jocundo, con su bandera y colocarse ante la doncella, riendo con clara risa, en la que se adivinaba la felicidad que en aquel momento sentía. Y he aquí que en el semblante de Justina se pintó un fiel reflejo de aquella atractiva risa, mostrando que ambos jóvenes poseían por igual el mismo divino don. Viendo cada uno de ellos que el otro poseía también aquella cualidad de la que se sabían más o menos claramente dueños, y advirtiendo que la multitud que los rodeaba había notado su semejanza, enrojecieron ambos y se miraron repetidamente mientras quedaba fijada la corona al astil de la bandera.

Una hora después desfiló el cortejo por la ciudad, como final de los festejos, pasando bajo las guirnaldas y gallardetes y por en medio de una compacta multitud que aclamaba a los vencedores, los cuales hacían ondear orgullosamente sus coronadas banderas. Jocundo y Justina volvieron a verse al pasar el primero bajo los balcones desde los que la joven presenciaba el desfile, y llegada la noche quiso el destino, especialmente laborioso en aquel día, que en el banquete de despedida se hallaran colocados ambos jóvenes frente a frente y en la misma mesa, de manera que al llegar la media noche habían ya intimado hasta cierto punto y conversaban con toda afabilidad y alegría.

Como buenos conocidos, volviéronse a encontrar a la mañana siguiente sobre la cubierta del empavesado vapor en el que los organizadores del

certamen habían invitado a dar un paseo por el lago a las personas de más viso entre las que a los festejos habían acudido. Un cielo limpio de toda nube se extendía sobre las aguas, el campo y la montaña, haciendo nacer la alegría en todos los corazones. Serenamente surcaba el buque la cristalina superficie del verde lago, entre suaves músicas y regocijados cánticos. Desde los florecientes lugares que en las orillas se alzaban, y cuyos célebres nombres eran indicados con orgullo a los expedicionarios por sus amables guías, era saludado el paso del buque con agudos gritos de bienvenida y flamear de gallardetes. En la toldilla del vapor, y en un grupo de muchachas, hallábase Justina Glor, que, habiendo cambiado su blanca túnica por un traje corriente, aparecía aún más bella que la víspera, de manera que cuando el buen Jocundo se acercó a saludarla quedó todo confuso e intimidado. Pensando en que tenían por delante todo un largo día estival se separaron después de cruzar algunas frases.

Mas cuando al poco tiempo se aproximó Jocundo de nuevo a la toldilla le hizo Justina señal de llegar hasta ella y le participó que sus padres, que vivían en la ciudad de Schwanau, situada en la orilla septentrional del lago, habían decidido invitar a cenar en su jardín a las personas que en el buque llegaran hasta aquel puerto, entre las que suponía ella que no dejaría Jocundo de hallarse. Esta particular invitación de Justina hizo caer una lluvia de maliciosas alusiones y enhorabuenas so-

bre el joven, el cual las rechazó modestamente, aunque las oía con cierto placer.

No tardó, efectivamente, en hacerse pública la noticia de que el buque tocaría en Schwanau al anochecer y que todos sus pasajeros quedaban invitados a cenar en la finca de la familia Glor. Los padres de Justina habían decidido hacer esta invitación en honor de su hija y para mostrar que ésta podía corresponder a las atenciones que con ella habían tenido y dar por sí misma una espléndida fiesta, pues eran gente que tenía en mucho la acomodada posición de que gozaba, conquistada con su honrado trabajo.

Para gozar cumplidamente de la prometedora invitación acertaron la estancia en los demás lugares ribereños en que eran esperados los expedicionarios, y al mediar la tarde atravesó el buque el lago en dirección a Schwanau, siendo despedido con músicas y atronadoras salvas y anclando a la orilla del jardín de los Glor, cuyos árboles se reflejaban en las tranquilas aguas.

Mientras que los invitados, recibidos por el padre y los hermanos de Justina, iban esparciéndose por el jardín, entró la muchacha en su casa para prestar ayuda a su madre en la dirección de la fiesta. En cenadores y terrazas se habían preparado mesitas y sillones para las señoras, y en una gran pradera recién segada, en la que crecían ricos árboles frutales, se extendía una larga mesa destinada a los hombres. Mas no pasó mucho tiempo sin que las mujeres bajasen a la pradera, atraídas

por las chanzas, chistes y burlas que los jóvenes se lanzaban entre sí con el sano propósito de llamar la atención del elemento femenino. Y en realidad había allá abajo hartos que ver y de qué reír, pues el buen humor y la habilidad de cada uno producían cien ingeniosas invenciones, y hasta la más ingenua de ellas despertaba fácilmente el aplauso, dada la general benévola alegría. Una pirueta inesperada producía el mayor regocijo, y hasta el desdichado *virtuoso* que había intentado con toda seriedad silbar a través de las púas de un peinecillo una melodía llena de sentimiento y fracasaba ruidosamente tomaba parte en las carcajadas con que su mal éxito era acogido, y conservaba toda la noche sobre su cabeza la corona de paja que se le otorgaba como premio.

Sólo Jocundo se sentía solitario en medio de aquella algazara, pues había perdido de vista a Justina, a la cual se creía con un pequeño derecho, por lo menos en aquel último día. Mas, de pronto apareció a su lado la joven, sin que él se pudiera dar cuenta de por dónde había llegado hasta su lado, y le llevó hacia donde estaban su padre y sus hermanos, presentándole a ellos como abanderado del orfeón ganador del primer premio. Acogieronle los Glor con afable cortesía, pero mostrando aquella frialdad que gente de su acomodo no podía por menos de observar para con un seldwylense que nada o muy poco poseía.

El bondadoso Jocundo advirtió en el acto esta frialdad y quedóse un poco cortado, sucediéndole

otro tanto a Justina, la cual, para hacerle olvidar la mala impresión, le invitó a recorrer en su compañía la extensa finca.

Lo primero que le mostró fueron dos casas idénticas, de modernísima construcción, que se alzaban a la orilla del lago, y en las que vivían sus dos hermanos con sus mujeres y sus hijos, pues cada uno de ellos había fundado su propio hogar sin separarse por ello del de sus ascendientes. Desde estas casas subía el camino, cortado a trechos por escalinatas y terrazas, hasta la vivienda de los padres, con los cuales habitaba Justina, y que era un señorial hotel de arquitectura menos moderna que las *villas* de los hijos. Junto a él se hallaban situadas las cocheras y dependencias, y un poco más allá, lindando con la polvorienta carretera, se alzaban elevados edificios con innumerables ventanas, destinados a talleres y almacenes. Al otro lado de la carretera ascendían en suave pendiente por los flancos de la montaña ricas tierras de labor, viñedos, prados y bosques enteros de árboles frutales. Por último, en el punto más elevado de la finca y dominando las fértiles y bien cuidadas tierras, indicó Justina a Jocundo la casa solariega de su familia, una amplia granja de antigua construcción, con grandes ventanales, blancos muros, salientes aleros de madera pintada y una amplia escalinata de piedra con barandillas de hierro caprichosamente forjado. En esta granja habitaban sus abuelos, que a pesar de sus ochenta años bien cumplidos dirigían aún, con activa vigilancia, las

labores campestres, sin abandonar la sencilla vida que siempre habían llevado y juzgando severamente lo que ellos creían excesivo afán de lujo y diversiones en los jóvenes. Terminada esta descripción de sus abuelos, propuso Justina que subieran a saludarlos, ya que ellos no se habían dignado bajar de sus alturas para presenciar el festejo. Mas Jocundo, intimidado por la pintura que su guía le había hecho del carácter de los ancianos, rehusó cortésmente, pretextando no querer apartar por más tiempo a Justina de la fiesta. Sentíase, además, empequeñecido por las riquezas que la joven había ido exponiendo ante sus ojos.

Volvieron, pues, sobre sus pasos, y tornaron a mezclarse entre los invitados, cuya alegría fué creciendo por momentos hasta que llegó la hora de partir. En el oriente comenzó a mostrarse la luna llena, que salía curiosa de ver ponerse al sol, y de este modo mezcláronse en el aire y en el agua el rosa con el plata.

Cuando el vapor dió la señal de partida hubo una gran confusión entre los invitados, que querían despedirse todos de su huésped, mientras que desde el buque les daban prisa para embarcar. Sucedió así que el buen Jocundo Meyenthal vióse impedido de despedirse de Justina, a la que no encontró a su paso cuando se vió arrastrado hacia el barco por la multitud. En cambio, el padre y los hermanos le estrecharon la mano con un apresurado «Hemos tenido mucho gusto»; pero uno le llamó señor Thalmeyer, el otro, señor Meienberg, y el

tercero, señor Meierheim, sin que ninguno le dijera «Hasta la vista».

Tampoco al partir el barco pudo ver Jocundo a Justina a la roja luz del sol poriente, pues la joven se hallaba, con las demás mujeres, envuelta en la obscura sombra de un copudo árbol.

Vivía Jocundo con su madre, cuyo único hijo y sola alegría y esperanza era. Su padre murió muy joven, y de este modo no pudo derrochar, a usanza seldwylense, mas que la mitad de la dote de su esposa, quedándole la otra mitad a la viuda para su sostenimiento y la educación de su hijo. Cuidadosamente administrada esta segunda mitad, no había sufrido serias mermas, pues aunque Jocundo no había emprendido aún en el momento en que da principio esta historia actividad ninguna determinada, y sus ganancias eran escasas y aleatorias, tampoco gastaba nada, dejándose guiar dócilmente por su madre, que le amaba con singular ternura y de la que había él heredado la belleza y la salud.

No se había decidido aún Jocundo a abrazar una profesión señalada. Pareció al principio que se inclinaba a seguir una carrera técnica y asistió durante algunos meses a la oficina de un ingeniero. Mas al poco tiempo la abandonó para entrar en un negocio comercial que fracasó en breve plazo, aunque sin considerables pérdidas para los que lo emprendieron. Por último, se había dedicado a la

milicia, y poseía el grado de oficial de Estado Mayor. Destinado a instruir reclutas, pasaba casi todo su tiempo en la escuela de armas, y la soldada que percibía le bastaba para sus modestos gastos, sin tener necesidad de echar mano del pequeño patrimonio familiar.

Cuando al regresar de la fiesta vistió su airoso uniforme militar y montó a caballo para dirigirse a la plaza de armas, contemplóle su madre con agrado y advirtió que su atractiva sonrisa tenía ahora un punto de melancolía, como si un suave dolor o el recuerdo de un bien perdido ensombreciesen el claro ánimo del joven. Puesta en cuidado, reflexionó la madre sobre cuál podría ser la causa de aquel cambio, y comenzó a inquirir con toda prudencia qué era lo que en la fiesta había sucedido. Pronto supo la rápida amistad de su hijo con la bella Justina y las bromas que con tal motivo se le habían prodigado, y considerando suficientemente esclarecido lo que en Jocundo sucedía, cesó en sus investigaciones y volvió a sus labores, decidida a confeccionar para Jocundo una firme felicidad bien medida y con resistentes costuras.

Tras de haber confirmado sus sospechas, más por la expresión que de cuando en cuando tomaba el rostro de Jocundo que por lo que éste le dijo, y haber visto asimismo que la modestia de su hijo le hacía darse cuenta exacta de las circunstancias, quitándole toda veleidad de ponerse en campaña para lograr lo que deseaba, formó la madre su composición de lugar e hizo sus planes,

guardándose muy bien de comunicarlos al joven enamorado. Mas cuando comenzó el verano le anunció que, por primera vez en su vida, sentía la necesidad de ocuparse un poco de su salud y que le gustaría pasar unas cuantas semanas en un buen balneario, cosa factible si Jocundo se comprometía a ayudarla luego, durante el invierno, a ahorrar los gastos que ocasionara, para que el capital no sufriera minoración alguna. Aceptó el joven el compromiso, y su madre partió hacia el balneario, llena de salud y de contento y llevándose sus mejores galas. Previamente advirtió a Jocundo de que tendría que ir a buscar a su regreso y que debía arreglar las cosas de manera que pudiese permanecer entonces con ella unos cuantos días antes de volver a Seldwyla.

Llegada al balneario, bastante renombrado por la eficacia de sus aguas y su espléndida situación en la montaña, hizo la buena señora un minucioso tocado, y cuando sonó la hora del almuerzo entró con distinguida naturalidad en el comedor y tomó asiento a un extremo de la mesa redonda, cuya cabecera ocupaba dignamente la muy respetable y opulenta doña Gertrudis Glor, de Schwanau, teniendo junto a sí a su bella hija Justina. Era esta señora tan alta y arrogante como la madre de Jocundo, pero hartó más gruesa y maciza y de mirada menos dulce y más altanera. Gustaba además de dar a entender que no sólo en el círculo familiar, sino en todo el Municipio, y aun fuera de él, se decía de ella que era una verdadera «ciudadana de

Stauffach», achacando este sobrenombre tan sólo a que también ella se llamaba Gertrudis, como la ejemplar esposa llena de virtudes que Schiller nos muestra en su *Guillermo Tell*. Dicho esto, dejaba que el auditorio le explicase que el sobrenombre que se le aplicaba significaba, para todo buen ciudadano helvético, el ideal de la mujer suiza, enérgica e inteligente, estrella y ornato de su hogar y consuelo de la patria.

La señora de Meyenthal oyó todo esto a las pocas horas de llegar al balneario, pero se mantuvo silenciosa y retraída hasta que, al final del segundo día, viendo que doña Gertrudis no podía aguantar por más tiempo que una nueva bañista permaneciera desconocida para ella, se dejó pescar por la opulenta dama y acogió cortésmente sus deseos de entablar conversación. Al poco tiempo se presentó una coyuntura favorable, y, cogiendo afectuosamente una mano a la señora de Glor, le comunicó con calurosa admiración que no tenía más remedio que darle cuenta de su alegría por haber visto por fin a una mujer cuya nobilísima figura correspondía a la idea que ella se formaba del prototipo de la mujer suiza, de la «ciudadana de Stauffach». Creía verla en el típico hogar suizo, decorado con escudos y graves sentencias y lemas en las paredes, posando su mano consoladora sobre el hombro del amado esposo sumido en hondas reflexiones sobre la salvación de la amenazada Helvecia.

Mientras que la señora de Glor enrojecía sintiéndose halagada, quedó sobrecogida su interlocutora

al fijar sus ojos en la bella Justina y ver pintarse en su rostro, idénticamente velada por una sombra de melancolía, la sonrisa que era patrimonio de su hijo.

Aquel maravilloso capricho de la Naturaleza, o quizá innegable expresión de su voluntad, asombró a la madre de Jocundo, que tuvo tiempo de admirarlo y comprobarlo sin lugar a dudas, pues Justina, a la que el rostro de la recién llegada le había parecido conocido, y que al oír su nombre no dudó ya un solo momento de quién se trataba, fijó sus ojos en los de la señora y la contempló, sonriendo, durante unos instantes.

Al ponerse el sol iluminó las arrogantes figuras de aquellas tres mujeres, que, singularmente agitadas por el amor propio o el amor y cuidado por otras personas, formaban un grupo en la cima de la montaña.

La madre de Jocundo fué la primera en recobrar la serenidad, y escribió aquella misma noche a su hijo diciéndole que viniera a verla pasada una semana, y que después de quedarse en el balneario unos cuantos días emprenderían el viaje de regreso. Con las señoras de Schwanau hizo como si no supiera nada de que su hijo las hubiera conocido en las pasadas fiestas. Doña Gertrudis, por su parte, no había siquiera visto al arrogante abandonado, pues durante la fiesta que dió en su finca había permanecido casi todo el tiempo dentro de la casa dirigiendo a los servidores.

Tan sólo Justina se hallaba confusa e intran-

quila. No se atrevía a preguntar por su hijo a aquella señora, a la que apenas conocía, y, por otro lado, le parecía casi imposible que Jocundo no hubiese cortado a su madre nada de lo sucedido en el certamen ni en la fiesta celebrada en Schwannau. Pero la señora de Meyenthal quería que los dos jóvenes volvieran a encontrarse inesperadamente y de improviso, y se mantuvo reservada, sin dejar por ello de ir colocando sus peones en la posición más ventajosa posible para cuando llegase el momento de la jugada decisiva que había de hacer la felicidad de su hijo, y que no había ya por qué aplazar mucho, pues la bella Justina se hallaba en plena juventud y nada le faltaba para destronar a su madre en su puesto de prototipo de la mujer helvética si no era hallar un esposo preocupado por la salvación de la patria.

El que tal esposo no se hubiera presentado todavía debíase a aquel singular destino que hace que precisamente las más lindas y excelentes doncellas sean a veces las que más tardan en casarse, ora porque su noble serenidad es tomada por frialdad indiferente, ora por la celosa guarda que sobre ellas ejercen sus familiares, pero ante todo por su derecho, mayor que el del común de las mujeres, a no atender sino a los dictados de su corazón.

Por fin, en una bella tarde estival, llegó Jocundo, vistiendo su uniforme militar, negro, con ligeros toques de oro y rojo, pues venía de unas maniobras y tenía días después que retornar a ellas. Luego de refrescarse y quitarse el polvo del camino, mien-

tras charlaba con su madre, salió acompañándola, y ella dirigió el paseo hacia donde sabía que se hallaban las de Glor: una plataforma construída en un saliente de la roca y limitada por una barandilla ante la cual se ofrecían al excursionista cómodos bancos en que admirar reposadamente el profundo y estrecho valle, que visto desde aquella altura presentaba delicados tonos azules.

La repentina felicidad que se pintó en los rostros de ambos jóvenes en aquel inesperado encuentro, su raro parecido, y sobre todo la identidad de la singular sonrisa infantil que a ambos caracterizaba, fueron más allá de todo lo que la misma madre de Jocundo había imaginado y esperado. Segura de que una tan maravillosa coincidencia tenía que regular por sí sola la marcha de las cosas, sintió, llena de contento, que no tenía necesidad de representar papel ninguno artificioso y que no le quedaba más que hacer que ir siguiendo tranquila y confiada el curso de los acontecimientos.

Doña Gertrudis, por su parte, no apartaba sus ojos de los jóvenes, comparando, llena de asombro, sus fisonomías. Mas al cabo de un rato fueron amansándose las suaves clas que en el ánimo de todos había producido la llegada de Jocundo y se entabló una agradable charla, que duraba aún cuando salió la luna, iluminando en el fondo del valle arroyuelos y estanques que hasta entonces habían permanecido ocultos y brillaban ahora en lo profundo como doradas estrellas.

La señora de Glor sentía en aquellos momentos

una intensa dicha que no sabía explicarse, pero que era como si volviera a vivir felices instantes de su pasada juventud, y tomó efusivamente del brazo a la madre de Jocundo para regresar al balneario, mientras la juvenil pareja marchaba delante charlando o mirándose en silencio. La señora de Meyenthal se sentía emocionada por la importancia que en la vida de su hijo podía tener aquella hora, y habiendo sido conquistada también por la bella Justina, se preguntaba, no sin cierto cuidado, cómo terminaría aquello para ambos.

Durante la cena subió de punto la cordial alegría, como suele suceder cuando una bella esperanza realizada llena de felicidad a los que esperaban su cumplimiento y les incita a revelar su secreto en medio de la general satisfacción.

Doña Gertrudis Glor llegó hasta beber un poquitito más de la cuenta por quedarse hablando con Jocundo de sobremesa, sin poder libertarse de su atractivo; así es que cuando al irse a acostar le echó su hija los brazos al cuello y vertió unas lágrimas en los encajes que adornaban su gargante, no se asombró de nada y se limitó a acariciarle las mejillas cariñosamente sin pronunciar palabra.

Mas apenas hubo dormido lo necesario para despejar su cabeza de los vapores del vino, o sea hasta un poco más de la media noche, pues el exceso cometido había sido pequeño, como correspondía al prototipo de la mujer suiza, despertó la señora de Glor y, llena de preocupación, se pasó el resto de la noche reflexionando sobre su conducta del

día anterior. Tampoco dormía Justina, y se dió buena cuenta de que su madre se hallaba despierta; pero se estuvo quietecita, acurrucada en su cama y considerando como una felicidad el no poder dormir para no perder tiempo en ello y poderlo dedicar todo a pensar en lo que le sucedía.

Entre tanto la madre iba viendo cada vez más claro, conforme iba acercándose la mañana, lo imposible de que entrase en su familia un seldwylense, esto es, un hombre perteneciente a aquella famosa ciudad en la que nadie hacía ni poseía nada. Levantóse, pues, con la firme decisión de ahogar en germen las consecuencias de su equivocada conducta de la víspera, que le parecía más reprochable al recordar la severidad con que los suyos consideraban estas cuestiones.

Un inesperado suceso vino a afirmar sus propósitos, y fué que, rayando el alba, se oyó subir las escaleras, acompañado por uno de los criados, a un huésped trasnochador y a todas luces borracho, pues, llegado al corredor, empujó varias puertas antes de dar con la suya, y en la del cuarto ocupado por Justina y su madre tropezó con el calzado que éstas habían dejado a la puerta, enviando las botas de la madre al final del pasillo y los zapatitos de la hija escaleras abajo.

—Ahí tenemos al seldwylense—exclamó la señora de Glor, sintiendo que aquel descubrimiento tan oportuno le quitaba un peso del corazón.

Mas Justina, que se hallaba ya incorporada en su lecho y espiaba con ansiosa atención los ruidos

que fuera sonaban, pudo oír algunas palabras que el incómodo huésped pronunció antes de entrar en su cuarto, y, sintiéndose también aliviada de un gran peso, exclamó con maliciosa alegría:

—No, mamá; no es el capitán. A juzgar por la voz, debe de ser mi hermano Rodolfo.

La madre volviése, sorprendida, hacia su hija y dijo casi colérica:

—¿Estás loca? ¿Cómo ha de venir aquí Rodolfo a estas horas? ¿Y desde cuándo anda mi hijo borracho por fondas y hosterías? ¿No sabes que está ahora lejos de aquí, en las maniobras militares?

Mas a pesar de todo esto, era Rodolfo, el hijo menor y predilecto de doña Gertrudis, el que acababa de meterse en la cama, tras de no pocos esfuerzos para hallar su habitación.

Ya muy entrada la noche, había llegado a toda prisa al balneario, acompañado por un guía y mostrando hallarse bajo el peso de una grave preocupación. Vestido de uniforme, venía directamente del campamento de maniobras, donde había sido desafiado por otro oficial al que había ofendido. No siendo militar de profesión, se hallaba más familiarizado con los libros de cuentas que en su casa llevaba que con las armas y los duelos. Lleno, pues, de confusión, y pensando en su mujer y sus dos pequeñuelos, había corrido al balneario, en el que sabía se hallaba su madre, para pedirle a ésta consejo y ayuda; mas al entrar en el comedor topó con Jocundo, que, no sintiendo sueño, se había quedado allí sumido en agradables pensamientos.

El uniforme que vestían obligó a ambos señores a saludarse y entablar conversación cuando el teniente Glor tomó asiento a la mesa para reponer sus fuerzas antes de retirarse a descansar de su rápido viaje. Sabedor de la consideración de que el capitán Meyenthal gozaba en los círculos militares, acogió gustoso Rodolfo la ocasión de intimar con él, e impulsado por la confianza que le inspiró en seguida el bondadoso rostro de Jocundo, así como por varios vasos de vino que en su excitación había bebido uno tras otro, relató su asunto y confesó que había venido a consultar a su madre, excepcional mujer, prototipo de la ciudadana suiza, que tenía buen consejo para todo.

Mas Jocundo le aconsejó que no hiciera tal cosa si no quería empeorar su situación, y le explicó que, conforme a la opinión corriente en tales materias, sería expulsado del ejército en cuanto se supiera que confiaba a su madre y sometía a su decisión una cuestión de honor.

Estas palabras aumentaron la preocupación de Rodolfo, pues no le cabía en la cabeza que por un suceso tan tonto como el ocurrido tuviera él que exponerse a dejar viuda a su mujer y huérfanos a sus hijos.

Preguntado por Jocundo sobre el motivo del desafío, relató lo siguiente:

Se hallaba él jugando a las cartas con otros tres militares, y al terminar un juego en que su compañero había jugado mal comenzó a criticarlo mientras se barajaba. Como de costumbre en estos

casos, la crítica se efectuaba conjugando en presente. «Yo juego esto—dijo Rodolfo—y tú esto otro; entonces él tiene que jugar así, y no así, pues de este modo yo puedo seguirle el juego a él echando tal carta; luego tú vuelves a jugar así y él así. Es la única manera de ganar». «Nada de eso—había repuesto el compañero de Rodolfo—. Después de jugar éste, debo yo, siempre, descartarme del triunfo y jugar así». «¡Eso es jugar como un burro!»—había exclamado Rodolfo, causando un general alboroto, que puso fin al juego. A la mañana siguiente fué desafiado por su compañero en forma tan solemne y ruda que el pobre joven no había podido dar en el acto explicaciones que le librasen de acudir al terreno.

Sonriendo, preguntó Jocundo el nombre del desafiante, y al oírlo exclamó:

—¡Vaya por Dios! Ese hombre tiene que batirse todos los años para que nadie dude de lo sensible que es en materias de honor. Pero el vuestro, señor teniente, lo que exige es que no pongáis en peligro vuestra vida por un suceso tan insignificante. Por lo tanto, lo que debéis hacer es declarar a vuestro adversario que si hubiera jugado como decía no lo hubiera hecho como un burro, sino como la criatura más sabia y perfecta. De todos modos, este suceso os habrá enseñado que cuando se lleva ese uniforme hay que tener mesura en el lenguaje y pesar lo qué se dice, aun fuera de las horas de servicio. Pero lo que no puede ser es que se sospeche que vuestras explicaciones son el resultado de una con-

versación con vuestra madre, pues si así sucediese quedaríais en situación poco airosa. Por lo tanto, yo pasaré, si me lo permitís, como vuestro consejero y apoyo, y escribiré ahora mismo a vuestro adversario diciéndole que habéis hablado conmigo y por consejo mío le dais la explicación de que antes os he hablado, y que considero suficiente. Mañana mismo saldrá la carta y yo os aseguro que la cuestión quedará terminada a satisfacción de todos.

Un enorme peso voló del corazón del joven guerrero. Para probar su gratitud y al mismo tiempo resarcirse de la preocupación pasada, hizo traer a toda prisa las más diversas y excelentes bebidas, y hasta que comenzó a rayar el alba no soltó a su eficaz auxiliar, el cual oyó gustosamente la charla de aquel joven, que era hermano de Justina. El vivo fuego de amor que le poseía consumió en el acto los vapores del vino, permitiéndole levantarse de la mesa con la cabeza firme y el paso seguro, en tanto que su compañero pasaba mil trabajos para encontrar su habitación.

De este modo, mientras la señora de Glor se proponía enderezar el mal que su debilidad había originado, complicábanse los acontecimientos en contra suya, pues además de haber sido, efectivamente, su hijo el que había incurrido en el pecado de intemperancia, del que se proponía hacer un arma contra el seldwylense, había éste ganado un entusiasta defensor en el joven Rodolfo.

Por su parte, Justina entreabrió su puerta en cuanto oyó a la camarera trajinar por el pasillo

dedicada a la limpieza matinal, e interrogándola averiguó que su hermano había llegado poco después de retirarse ellas a descansar y había permanecido hasta la madrugada hablando con el capitán. Confirmadas sus sospechas sobre la personalidad del ruidoso trasnochador, volvió a su lecho y se durmió, por fin, llena de contento.

Jocundo durmió también hasta muy tarde, y Rodolfo no despertó hasta que, muy entrada la mañana, penetró su madre en el cuarto y con severas palabras le pidió cuenta de lo ocurrido. Considerando resuelta la enfadosa cuestión que tanto le había preocupado, puso Rodolfo a su madre al corriente de todo, comunicándole cómo el buen consejo y el auxilio del capitán seldwylense habían dado fin al asunto y le habían salvado de una muerte que él tenía por cierta, pues estaba seguro de que no habría podido disparar a sangre fría contra un hombre situado a algunos pasos, ni tampoco esperar a pie firme su disparo. Excitado aún por todos aquellos acontecimientos, hizo con apasionada verbosidad un tan ardiente elogio de la sabiduría y honradez del seldwylense, que doña Gertrudis se quedó sin saber qué hacer y fué a encerrarse en su cuarto llena de enfado y confusión.

Herida en su amor propio de buena consejera y profundamente disgustada por ver desconocidas sus prerrogativas maternas, no podía comprender cómo en aquella ocasión su auxilio y consejo no hubieran sido para su hijo de igual provecho que los de un joven seldwylense. Impulsada por

estos pensamientos, salió al poco rato como una tromba de su encierro, con la intención de echar una buena reprimenda al importuno consejero y dar así un primer motivo para el deseado rompimiento. Mas cuando los halló a todos alegremente reunidos en un cenador del jardín, cambiando entre sí los tardíos desayunos que cada cual había improvisado a su guisa, y vió a la amorosa pareja resplandeciente de felicidad, olvidó todos sus propósitos y hasta ayudó a organizar una excursión que para aquella tarde se planeaba, pues, como buena mujer suiza, era inclinada a las diversiones cuando ninguna nube se cernía sobre la tranquilidad de su patria y entenebrecía el ánimo de los hombres.

A pesar de todo pidió a Jocundo explicación de lo sucedido; mas al oír su relato, hecho con corteses y acertadas palabras, tuvo que reconocer que el seldwylense tenía toda la razón y había prestado a su hijo un gran servicio, y se sintió llena de agradecimiento y confianza.

En esta situación, tuvo aquella misma tarde con la madre de Jocundo un largo diálogo, en el que, con grandes rodeos y circunloquios, habló de los jóvenes, de sus intenciones y de la manera de llevarlas a cabo e inconvenientes que a su juicio existían.

La señora de Meyenthal supo coger el hilo del largo discurso y tejerlo con gran habilidad, manifestando que también ella conocía muy bien los graves defectos de los seldwylenses. Pero todo de-

pendía de las circunstancias. Ella, que en su tiempo había sido también un gran partido, no había tampoco nacido en Seldwyla. Pero casada con un hombre de dicha ciudad había sido muy feliz, y lo continuaría siendo si la muerte no le hubiera arrebatado tan pronto a su esposo. Su hijo, educado por ella, no había incurrido hasta el momento en ninguna de las faltas que caracterizaban a sus conciudadanos y le creía capaz de conservarse toda su vida bueno y honrado. A esto último asintió doña Gertrudis calurosamente.

Con esto quedaron terminadas las secretas negociaciones maternas y encaminadas las cosas hacia un feliz término. Las dificultades que opuso luego el resto de la familia Glor fueron fácilmente vencidas sin que surgiese disgusto alguno, y de este modo quedaron públicamente prometidos Justina y Jocundo al cabo de pocos meses.

Tan justo y natural pareció a todo el mundo este suceso, que nadie hubo que lo criticase, ni recibieron los novios los amistosos o insultantes avisos anónimos que la envidia fabrica siempre en estos casos. Un puro y despejado cielo reinó sobre ellos durante su noviazgo y la misma boda fué una alegre y serena fiesta en la que el pueblo rodeó a los desposados como un coro lleno de cariño y simpatía.

CAPITULO II

El joven matrimonio sentó sus reales en la casa que los Meyenthal poseían en Seldwyla, amplio edificio con espaciosos salones y estancias, construido en el siglo anterior por un individuo que, habiendo hecho fortuna en el extranjero, quiso hacer ostentación de su acomodo en la ciudad que le había visto nacer. Mas antes de que pudiera amueblarla y hacerla habitable se vió despojado de todo su haber por las revueltas revolucionarias que en aquella época estallaron y tuvo que partir de nuevo a intentar rehacer su fortuna en aquellos lejanos países que tan propicios le habían sido ya una vez. Desde este momento fué pasando la casa de mano en mano, sucediéndose en ella aquellos seldwylenses que, viéndose en un momento dueños de algún dinero, sentían el deseo de poseer una suntuosa morada, pero sin que, dadas las azarasas circunstancias de la vida seldwylense, llegara ninguno de ellos a habitarla tiempo suficiente para alhajar sus vastas estancias.

Los que por más tiempo consiguieron mantenerse en ella fueron los Meyenthal, que al correr de los días habían ido colocando aquí una cortina y más allá una alfombra. Antes de su boda mandó Jocundo revocar la fachada y arreglar el jardín, y cuando Justina llegó a Seldwyla, trayendo consigo un rico ajuar que distribuyó por las espaciosas habitaciones, quedó la casa dispuesta para alber-

gar digna y duraderamente la dicha de los recién-casados. La madre de Jocundo, que tan bien había conseguido forjar o, para usar una expresión más de acuerdo con sus actividades, coser la felicidad de su hijo, continuó ocupando las mismas habitaciones que antes, y retirada en ellas vivía satisfecha y orgullosa de su obra, sobre todo cuando vió que la bella Justina daba muestras de un claro sentido en el manejo de la casa y que Jocundo se dejaba guiar por su mujer tan dócilmente como antes por ella.

Tras de la boda abandonó Jocundo la carrera militar, a causa de las numerosas ausencias a que le hubiera obligado, y para asegurarse una ordenada actividad y un honrado ingreso emprendió un negocio fundado en la riqueza forestal de las tierras seldwylenses. De los grandes bienes comunales que las ciudades suizas poseían en los antiguos tiempos quedaban aún a la de Seldwyla los extensos bosques que la rodeaban.

Hasta la época en que se desarrolla esta historia había cuidado Seldwyla de que el aprovechamiento de aquellos bosques se hiciera con toda moderación, evitando que un desmedido afán de lucro los fuese destrozando poco a poco, pues además de su mejor fuente de riqueza constituían un orgullo tradicional de la ciudad, al igual del añejo vino y los jarros y copas de oro y plata que se conservaban en la bodega de la Casa Ayuntamiento. Mas por una sutilísima brecha penetró, por fin, la codicia, y ya la muerte vagaba invisible por los am-

plios bosques golpeando con sus descarnados nudillos los robustos troncos. Fué ésta la época en la que Jocundo comenzó a comprar en gran cantidad madera que exportaba luego a otras ciudades, y como los seldwylenses, que le sabían honrado, prefirieron acudir a él que entregar su mercancía a intermediarios desconocidos, su negocio fué prosperando rápidamente.

Bajo el hacha de los leñadores comenzaron a despoblarse los venerables bosques, dejando paso libre a las negras nubes de granizo, que nunca antes descargaron su destructor contenido sobre los viñedos y sembrados seldwylenses. Mas no terminó aquí el daño, sino que tras de los árboles seculares, gala del bosque, fueron cayendo los jóvenes retoños, perdiéndose toda esperanza de que los años borrasen el ultraje de la codicia de los hombres y volviera la ciudad a verse rodeada de su verde corona frondosa. Advirtiéndole cuán rápidamente iban quedándose pelados los flancos de la montaña, dióse Jocundo cuenta de la irreparable destrucción que se consumaba, y habiendo sido siempre un fervoroso amante de aquellos bosques de su ciudad natal, comenzó a avergonzarse de su comercio, a pesar de los grandes ingresos que le producía. Acusándole su conciencia de contribuir a la salvaje devastación de tanta belleza, perdió su acostumbrada alegría, y cuando su mujer, preocupada al ver que del rostro de su esposo había casi desaparecido aquella sonrisa, hermana gemela de la suya, le preguntó qué era lo que le ator-

mentaba, le confesó él su deseo de abandonar aquel negocio. Mas Justina, pensando que la retirada de Jocundo no había de remediar nada, y deseosa de verle conquistar cuanto antes por su propio esfuerzo la independencia y el bienestar económicos para tener un nuevo motivo de enorgullecerse de él, no apoyó su decisión, sino que le animó a continuar su actividad.

Así las cosas, llegó un día en el que comenzó a talarse el bosque que cubría la empinada vertiente de una montaña denominada la Wolfhartsgeeren. Sobre todos los árboles que lo formaban descollaba una colosal cúpula de verdura que correspondía a una milenaria encina famosa en toda la comarca y conocida por el nombre de la montaña en que sus raíces se enclavaban. Antiguos documentos, en los que bajo distintos nombres se citaba a este mismo árbol, según podía deducirse de los detalles que en ellos constaban sobre su situación y principales características, hacían suponer que en su juventud había visto pasar las rudas hordas germanas. Talado en derredor suyo todo el bosque, quedó aislada la gigantesca encina, a la que se reservaba para una venta especial, y se alzó como un grandioso monumento que ningún príncipe de la tierra, ni ningún pueblo, con todos sus tesoros, hubieran podido jamás construir ni siquiera cambiar de lugar. Su tronco tenía en su parte inferior unos diez pies de diámetro, y las ramas que de su cabeza partían horizontalmente, y que el viajero veía dibujarse a lo lejos como finos

tallos sobre el azul del cielo, eran de cerca tan gruesas como el tronco de un poderoso árbol. Desde muchas millas a la redonda se veía surgir de la montaña este bello monumento vegetal y eran muchos los que acudían a admirarlo de cerca.

Al comenzarse a inquirir qué comprador ofrecería más alto precio por la hermosa encina, se apiadó Jocundo de ella e intentó salvarla haciendo ver lo honroso que sería para la comuna dejar intactos, como ornato de su suelo, tales testigos del pasado. El precio que de su venta se sacara había de ser siempre irrisorio comparado con el valor histórico y estético de tan insubstituibles bellezas. Mas nadie prestó oídos a tan razonables palabras; precisamente la salud del anciano gigante era lo que le costaba la vida, pues se aducía que ahora era el momento en que podía alcanzar más alto precio, y que si, como era probable, enfermaba el tronco o comenzaba a pudrirse, bajaría tanto y cuanto su valor. Dirigióse entonces Jocundo al Gobierno de la nación solicitando tomase a su cargo el Estado, como una medida general, la conservación de aquellos árboles; mas la contestación fué que el Estado poseía millares de bosques y no tenía, en cambio, un solo escudo que poder dedicar a comprar y dejar intactos aquellos árboles que, perteneciendo a bienes comunales, decretaran los vecinos cortar y vender a buen precio.

Viendo que nadie llegaba siquiera a comprender las razones de su intervención y que en cambio se ponía en ridículo como hombre de negocios,

atrayéndose las burlas de sus compañeros, cesó en sus gestiones y compró por sí mismo la encina y el terreno en que ésta se hallaba enclavada. Luego mandó limpiar cuidadosamente aquel pedazo de tierra e hizo instalar un banco al pie del tronco. Su desinteresada acción fué esta vez generalmente aplaudida y mucha gente acudió a sentarse en el banco y gozar del espléndido panorama; mas desde aquel día todo el mundo procuró sacar el mejor provecho posible del buen Jocundo, sin tenerle consideración ninguna, como si se tratase de un potentado al que se pudiese explotar sin grandes escrúpulos de conciencia.

Disgustándole aquella matanza de árboles, fué transformando Jocundo, con la mayor rapidez posible, la índole de su negocio; abandonó el comercio en madera y comenzó a negociar con aquellos otros tesoros que la tierra guarda celosamente en sus entrañas y pueden substituir a la madera en sus aplicaciones. Almacenó grandes partidas de carbón de piedra, importó tuberías de hierro y de cemento, que substituyeran a las acostumbradas de madera, ladrillos a propósito para construcciones ligeras, que se solían hacer de carpintería, y cemento para depósitos de todas clases. Por último, convenció a un rico labrador para que se mandase hacer una gran cuba de cemento en que conservar el mosto. Este primer triunfo le hizo imaginar en seguida substituídas por recipientes de cemento las inmensas cubas de madera de encina que llenaban las bodegas seldwylenses. También

compró grandes partidas de viejos carriles del tren, que podían substituir muchas veces a una viga de madera.

Naturalmente, la exportación de madera continuó a más y mejor, sin que Jocundo consiguiera con su retirada mas que tranquilizar su conciencia. Sin embargo, tampoco en los nuevos negocios le hubiese ido mal a no ser por el trastorno que en su estado económico originó el rápido cambio y por la enemiga de los que antes fueron sus compañeros y se situaron enfrente de él en cuanto compró la gigantesca encina y declaró querer conservar-la por su cuenta.

Jocundo decía siempre la verdad y creía a ojos cerrados todo lo que los demás le comunicaban. Desde el primer momento exponía con toda sinceridad su opinión y declaraba francamente sus intenciones y propósitos. Recíprocamente, aceptaba siempre como cierto todo aquello que sobre la calidad de la mercancía y condiciones de venta se les ocurría decir a los que con él trataban, y que, como avispados comerciantes, solían incurrir en algunas inexactitudes, pensando que luego Jocundo se cuidaría muy bien de comprobar lo que de verdad hubiese en sus palabras. Mas al ver que jamás se llevaba a cabo tal comprobación, aprovecharon la buena fe del joven para engañarlo descaradamente, sin que Jocundo escarmentase ante la repetición de tales manejos ni sirviesen de nada las advertencias con que su mujer y su madre intentaban poner término a su credulidad. Engañado una

vez, volvía a serlo a la siguiente por el mismo procedimiento, pues le era imposible dudar de la honradez de los demás y le repugnaba andar discutiendo y regateando largo tiempo.

No poseyendo tampoco Jocundo brillantes aptitudes financieras que le permitieran sacar todo el partido posible de su capital y del amplio crédito que se le hubiera concedido, llegó un momento en que se le agotaron los fondos y se vió obligado a dar por terminada su actividad comercial. Sucedió esto de repente, pues no había tratado Jocundo de ir haciendo equilibrios para retrasar la caída, sino que cumplió todos sus compromisos a tocateja antes de cerrar cuentas.

Llegadas las cosas a este punto, meditó sobre si debía confiarse antes a su mujer o a su madre o a ambas simultáneamente, poniéndolas al corriente de la pérdida del modesto bienestar de que hasta entonces habían gozado y haciéndoles ver que había que comenzar a laborar de nuevo, empezando esta vez desde abajo, y sin contar con base alguna, una nueva actividad que no sabía él aún en lo que podría consistir ni dónde habría de ser ejercida. Decidió, por último, confesarse primero con Justina, y cuando a solas con ella, en su despacho, comenzó, lleno de pesar, a describirle la situación, acercósele ella hasta tocarle, y pasando por la frente su linda mano le interrumpió con la pregunta de si sus libros estaban en regla y reflejaban exactamente el estado de los negocios. Luego, al escuchar la afirmativa respuesta, sonrió a Jo-

cundo con acariciadora ternura y le dijo que, siendo así, ya estaba ella al tanto de todo lo sucedido, pues, impulsada por una solícita curiosidad, había aprovechado una de sus recientes ausencias para ponerse al corriente de la marcha de los negocios.

En efecto, sospechosa de que su marido la ocultaba algo que le atormentaba, habíase encerrado Justina en el despacho un día que Jocundo se hallaba de viaje, y, abriendo los armarios con las llaves que él dejaba siempre sobre la mesa, había estudiado con toda detención los libros y documentos comerciales. Hallándose éstos en perfecta regla y siendo un fiel y verídico reflejo de la marcha de los negocios, pudo Justina darse clara cuenta de que habían llegado al último extremo, pero que no era de temer una vergonzosa quiebra si se sabía poner decidido término en el momento necesario. Dada la franca condición de su esposo, sabía Justina que no había de tardar en confiarle lo que ocurría, y en espera de ello comenzó a obrar por su cuenta secretamente, poniendo a sus padres al corriente de todo. Ya al dar su consentimiento para la boda habían previsto los señores de Glor este caso, y habían decidido entre ellos que si, como era de esperar, no conseguía Jocundo conquistar acomodo y bienestar en una ciudad tan poco propicia para ello como Seldwyla, abandonaría el matrimonio esta ciudad e iría a fijarse con ellos en Schwanau. Así, pues, el descubrimiento de la mala marcha de los negocios, en lugar de producir a Justina un hondo pesar despertó en ella una se-

creta alegría al ver que podía llevarse a su amado esposo, tan bueno y tan gallardo, a la casa paterna, y rodearle allí de toda clase de cuidados y mimos, como si se tratase de un quebradizo muñequito de cristal.

Mas cuando comunicó estos planes a su marido, diciéndole que no había más camino que liquidar rápidamente la situación y trasladarse a Schwannau, donde seguramente sabría él hacerse útil a sus padres, palideció Jocundo y exclamó:

—Eso significaría la pérdida total de mi libertad y mi independencia. ¡No; prefiero ponerme a aserrar madera!

—Bueno—repuso Justina—. Yo te ayudaré, entonces, y cuando en un día de lluvia estemos los dos en medio de la calle dándole a la sierra nos peharemos con tal encono que la gente se parará a escucharnos, como sucedía con aquel matrimonio que vimos al pasar por no sé ya qué ciudad, en nuestro viaje de novios.

Detúvose un momento Justina como para evocar la escena, y sentándose luego frente a su marido, prosiguió:

—¿Recuerdas qué singular impresión nos produjo aquello? Llovía sin tregua; la madera y la sierra estaban mojadas, y el marido y la mujer, calados hasta los huesos, tiraban sin descanso de la herramienta, mientras disputaban amargamente, dirigiéndose duras palabras. ¿Y sabes por qué? Lo que motivaba su reyerta era la negra miseria en que vivían, la inseguridad de poder llevarse

algo a la boca aquella noche misma. Y tan abajo les había arrastrado la implacable necesidad, que ni siquiera se avergonzaban de darse en espectáculo a los curiosos que a sus gritos habían acudido.

—¡Calla!—exclamó Jocundo—. ¿Cómo puedes aprovechar así una frase mía que tú sabes muy bien no hay que tomar en su estricto sentido?

—No por eso es menos verdad lo que he dicho—respondió Justina.

Y luego, rodeando con su brazo los hombros de Jocundo, añadió:

—Ven a mi casa. Todos en ella te quieren y han de ayudarte. Allí podrás mostrar todo lo que vales en cuanto sientas bajo tus pies una tierra más razonable y firme que esta de Seldwyla, en la que nada bueno puede arraigar ni prosperar.

No contestó Jocundo, y puso así término a aquella dolorosa conversación, que le había amargado y disgustado en extremo, pues no veía él la situación tan desconsoladora e irremediable como Justina se obstinaba en presentarla ante sus ojos. Queriendo saber la opinión de su madre, se dirigió a sus habitaciones y le expuso lo que ocurría. Mas la señora de Meyenthal no supo hacer mas que echarse a llorar y suplicarle que, si no quería destruir para siempre su felicidad y la de los suyos, se atuviera al consejo de su mujer y aceptara el apoyo de la poderosa casa de Schwanau.

La buena madre, que había sabido luchar tanto tiempo contra la estrechez económica y creía haberla alejado para siempre de su casa con la exce-

lente boda que había sabido hallar para su hijo, temía a la pobreza como a una afiladísima espada.

Por su parte, Justina odiaba y despreciaba la pobreza como algo malo y despreciable en sí, no tolerándola mas que cuando se trataba de gente extraña a ella a la que poder socorrer compasivamente. Así, ejercía con gusto una ordenada caridad y visitaba a los pobres aliviando sus necesidades; pero cuando la miseria se acercaba alguna vez a su persona penetrando en el círculo de sus parientes o amistades, huía de ella como de la peste, sintiendo horror y repugnancia invencibles. No sirvió, pues, de nada que Jocundo tratara de convencerla alegando que bien podía soportar a su lado, durante un corto período de prueba, los cuidados de un incierto destino, dado que siempre le quedaría la seguridad de hallar en la casa paterna un abrigado refugio y el disfrute de su rica herencia. Justina no quería verse sometida un solo día a la necesidad y a la humillación, y cuando su padre llegó a Seldwyla y habló cariñosamente a Jocundo de su traslado a Schwanau como de una cosa natural y la única que las circunstancias aconsejaban, tuvo el infeliz que rendirse y entregarse por completo.

Despidió, pues, a sus obreros tras de pagarles hasta el último céntimo, y como su madre no se avenía a quedarse sola en Seldwyla, vendió la casa y empleó su producto en liquidar totalmente sus negocios. De este modo quedóse el pobre Jocundo sin un solo florín en su bolsillo, situación en la que

jamás se había hallado y que le producía un extraño efecto. Mientras tanto, Justina se ocupaba alegremente en empaquetarlo todo y disponer la mudanza, hallándose tan pronto en Schwanau para preparar la nueva vivienda como en Seldwyla, para ir levantando la que con tanta satisfacción abandonaba. Para todos estos manejos disponía de abundante dinero que sus padres habían puesto a su disposición; mas, entregada por completo a sus arreglos, olvidó pensar en si su marido necesitaría algo ni si tendría siquiera alguna cantidad para sus gastos personales.

De este modo parecía a Jocundo hallarse obligado a emprender sin un céntimo una larga peregrinación por un lejano país, entre gentes de un idioma para él desconocido. Apesadumbrado por esta idea, echó en torno suyo una mirada buscando de dónde podría conseguir algún dinero exclusivamente suyo de que disponer con libertad, y vió que aún le quedaba la encina que para salvarla de la muerte había comprado. Con melancólica sonrisa vendió el gigantesco árbol secular y el suelo en el que arraigaba, recibiendo unos cuantos miles de francos, que guardó para hacer frente a cualquier inesperada contingencia.

El comprador empleó en el acto una docena de hombres en excavar las raíces del árbol, tarea que llevó más de una semana. Llegado el momento en que el gigante había de ser tumbado, acudió toda Seldwyla a presenciar la operación, llenándose el bosque de animados grupos.

Ataron los obreros fuertes maromas a las gruesas ramas de la encina, y largas hileras de hombres comenzaron a tirar de ellas a la voz de mando. Vaciló la encina, pero sus poderosas raíces la mantenían aún firme, y hubo necesidad de aserrar unas y desprender otras del suelo, transcurriendo en esta labor varias horas, que los espectadores aprovecharon para consumir alegremente las meriendas que a prevención llevaban.

De nuevo se despejó un ancho círculo en torno del majestuoso árbol y fueron atadas las maromas. Un silencio sepulcral reinó durante los minutos que la encina vaciló resistiendo al esfuerzo. Mas, vencida al fin, cayó contra el suelo y sus ramas mostraron, al romperse, su blanca madera. Tras del general griterío que siguió a la caída se acercó la gente, rodeando el árbol, y centenares de curiosos treparon por su tronco o se introdujeron entre las ramas de la frondosa copa, que yacía en el polvo. Otros saltaron al profundo foso que las raíces habían dejado y rebuscaron entre la tierra, sin hallar más que un reluciente trozo de vidrio de la época romana y una punta de flecha roída de orín.

A aquella misma hora pasaba Jocundo con los suyos por una lejana cumbre, camino de Schwanau, y al emparejar con unos labradores oyó que, señalando un punto del horizonte, decían:

—Mirad cómo se mueve la encina de Wolfhartsgeeren. ¿Habrá tormenta por allí?

En efecto, durante unos minutos se vió vacilar la copa del árbol, sin que pudiera adivinarse la

causa, pues los accidentes del terreno ocultaban a los hombres que trataban de derribar aquél. Mas cuando Jocundo levantó la cabeza la encina había desaparecido y sólo se extendía ante sus ojos el puro y transparente cielo azul.

Una inmensa amargura llenó entonces el corazón del viajero, como si fuera él el único culpable de aquel pecado o llevara en sí la conciencia de toda aquella comarca.

Por su parte, los seldwylenses sintiéronse aquella noche menos alegres que de costumbre, experimentando una leve melancolía por la muerte de la majestuosa encina y la partida del buen Jocundo.

Al comienzo de su estancia en Schwanau pasó Jocundo la mayor parte de su tiempo en la casa que en el lugar más elevado de la finca habitaban los abuelos de Justina, los cuales le habían antes casi intimidado por su carácter aparentemente áspero y duro. Mas con el transcurso del tiempo había hecho grandes migas con ellos, llegando a ser casi su preferido, pues suele suceder que las personas que tienen un grave y severo concepto de la vida y han pasado la suya en un incansable laborar acogen con benevolencia a su lado a aquellas otras que, tomando la vida de otro modo, despiertan en ellos un chispazo de animación y alegría. De este modo era Jocundo para los abuelos una amable criatura nada práctica ni concedora

de la vida, digna de simpatía y compasión por la mala estrella que tales defectos habrían necesariamente de acarrearle. Tal era, por lo menos, el pensamiento de los corregidores, como llamaba aún el pueblo a los dos ancianos, por haber desempeñado el abuelo cincuenta años antes el ya extinguido cargo de este nombre. Tan antiguo como el tal título era el corte de la blanca cofia y de la gran manteleta, también blanca, que constituían el ornato de la corregidora, y todo ello procedía aún de aquella época en la que, después de visitar esta comarca, escribía Goethe que, con sus casas asaz distantes entre sí y rodeadas de viñedos, jardines, huertas y sembrados, daba una encantadora idea de la más acabada y elevada civilización y presentaba cumplido el deseo de los economistas de llegar a unir el más alto grado de civilización con un moderado bienestar material.

Tal estado era el que aún reinaba, sin modificación alguna, en la casa de los abuelos, revelándose en todos sus detalles, desde el mobiliario, de fuerte nogal, hasta la vajilla y utensilios que los grandes armarios encerraban. En cambio, los tiempos modernos ejercían su imperio en las demás casas de la finca, más lujosas y muellemente alhajadas conforme iban acercándose más a la orilla del lago. Gustando Jocundo del puro ambiente que en la altura reinaba, dió en acudir todos los días a casa de los abuelos, ayudando tan celosamente a las faenas por los ancianos dirigidas que pronto se puso al corriente de todo y se hizo utilísimo en la

casa de los patriarcas, los cuales terminaron por no querer que se apartara de ellos un momento.

Satisfecha Justina del aprecio y consideración que su marido había conquistado en la casa de los abuelos, subía a ella con mayor frecuencia que antes. Una tarde, durante la recolección del heno, les sorprendió arriba una tormenta, obligándoles a quedarse a dormir en la vieja casona. Entre alegres risas, se despojó Justina de su elegante abrigo, de última moda, y, echándose sobre los hombros uno de los clásicos chales blancos de la abuela, se dispuso a preparar la cena, cociendo la morena sopa de harina tostada, amasando los dulces bollos de aceite y huevo y asando una olorosa longaniza que sacó de la bien provista despensa. Cuando después de este trajín apareció en el comedor con las mejillas echando lumbre y llevando en la mano una brillante jarra de cinc llena del claro y ligero vinillo de la viña familiar, no tuvieron los abuelos más remedio que declarar que tenían ante sí la clásica estampa de la joven mujer de aquella su amada tierra. Para completar la semejanza sacó la abuela su antiguo aderezo de granates y las almidonadas cofias de gala y sedenios corpiños que sesenta años antes había ella lucido en su florida juventud. Vistió la nieta aquellas galas en medio del regocijo general y miróse luego, con su bienaventurada sonrisa, en los ojos del buen Jocundo, que la contemplaba como a una aparición de lejanas épocas.

Tampoco los domingos dejaba Jocundo de subir

a casa de los abuelos, pues se sentía mejor en ella que oyendo la ruidosa, pero monótona charla de las numerosas visitas que acudían a casa de los padres de Justina.

Así como en los días de fiesta se suele dejar en algunas casas sobre la mesa un buen cántaro de vino y un plato de fruta o golosinas, así sobre la mesa de los abuelos se veía en tales días una hermosa Biblia, dispuesta allí para cuando la anciana quisiera recorrer sus páginas para entretener piadosamente su forzada ociosidad y fortificar su espíritu.

Cuando, cansada de la lectura, dejaba la abuela el libro, colocando como señal entre las páginas una ramita de romero y sus redondas gafas, lo tomaba Jocundo entre sus manos y leía a su vez en él, pues fuera de estas ocasiones no acostumbraba a manejar mucho aquel libro, como suele suceder cuando se tiene que leer algo más nuevo y necesario o se cree haberse familiarizado suficientemente con él durante el tiempo que en la escuela hubo forzosamente que estudiarlo. Así, pues, leía Jocundo con placer el severo Antiguo Testamento, admirando sus apasionadas figuras, o descubría aquella escena hamletiana del Evangelio de San Juan en la que Jesucristo escribe unas palabras con su dedo sobre el suelo antes de decir que aquel que se halle libre de pecado tire la primera piedra sobre la pecadora, tras de lo cual vuelve a escribir en el polvo, y cuando levanta la vista ve que todos los acusadores han huído y que

ante él sólo queda la adúltera, solitaria en el templo silencioso y tranquilo.

Gustaba la abuela de ver a Jocundo entregado a la piadosa lectura, pues era creyente a machamartillo y tenía la firme convicción de que la meditación de las Santas Escrituras había de ser provechosa para todos. Justina, para evitar que la escasa religiosidad de su marido chocase con las creencias de los abuelos, le había presentado a ellós como un filósofo. Por su parte, se adhería ella a la indeterminada religión de la época, observándola más celosamente cuanto más imprecisas eran sus manifestaciones.

En una ocasión sentóse la abuela al lado de Jocundo, e inclinándose hacia él hasta rozar su mejilla con las alas de la blanca cofia le cogió cariñosamente la mano y le dijo:

—Me parece, señor filósofo, que cualesquiera que sean tus creencias no dejás de tener algo de temor de Dios.

Sorprendió a Jocundo la inesperada interpelación y comenzó a meditar sobre ella. Parecíale que podía contestar fundadamente; mas vacilaba en confiar a la anciana intimidades espirituales sobre las que veía ahora que jamás le había interrogado su propia mujer. Cierto es que Justina no habría podido inquirir nunca si su marido poseía o no algo de que ella misma no tenía quizá la menor idea, pues aunque ella poseía un hondo sentimiento religioso era demasiado curiosa e indiscreta en lo que se refería a las cosas divinas y alardeaba de

una seguridad personal demasiado firme para poder tener aquello que se considera como temor de Dios en su más puro sentido. Uno de los más buscados predicadores de aquellas tierras, a cuyos sermones acudía siempre Justina, le había ya dicho que su espíritu crítico pecaba aplicándose irreverentemente al mismo Dios. Mas con respecto a Cristo mismo, el más bello y perfecto de los hombres, como le denominaban en sus pláticas aquellos sacerdotes, sentía Justina más bien un cariño fraternal o una apasionada amistad, y hubiera sido capaz de bordarle un precioso almohadón o unas magníficas zapatillas para reposo de su cabeza o de sus fatigados pies. En su viaje de novios había sentido Justina la más honda emoción ante aquel bello cuadro de Correggio que con mágico efecto muestra el rostro divino estampado en el lienzo de la Verónica. A la vista de aquel rostro, en el que se pinta una vaga expresión soñadora unida al más hondo sufrimiento, había suspirado la joven hondamente, y buscando quien compartiera lo que en aquel instante sentía, había sonreído a su marido, que a su lado se hallaba. Aun pertenecía aquel momento a sus más queridos recuerdos; mas nada de esto podía denominarse temor de Dios.

Al insistir la anciana en su pregunta, contestó Jocundo, prudentemente:

—Sí; creo poder asegurar que poseo temor de Dios, pues no soy capaz de mirar descaradamente la vida y el destino. No creo poder exigir que todo vaya naturalmente bien en todas partes, sino que

temo que, aquí y allá puede vencer el mal; mas espero que al fin y al cabo sea el bien el que triunfe. Al mismo tiempo, en todo lo que hago o pienso, sin que los demás puedan saberlo, tengo el sentimiento de que el mundo entero lo presencia y que, en último término, todos han de saberlo todo: de manera que ningún hombre puede contar con mantener en absoluto secreto sus actos y pensamientos ni ocultar a todos sus errores y pecados. Este sentimiento es innato en muchos hombres, y otros carecen de él totalmente, sin que en ello influya para nada ninguna doctrina religiosa. Mas bien al contrario, pues los más ardientes fanáticos carecen en general de todo temor de Dios. Si lo tuvieran no vivirían ni obrarían como lo hacen. Cómo es posible este saberlo todo no es cosa que yo pueda explicar. Pero imagino que se trata de una enorme república universal que vive acatando una única y eterna ley y en la que, en fin de cuentas, todos llegamos al conocimiento de lo que cada uno es, representa y vale. Los conocimientos que la época moderna nos ha traído, aunque todavía insuficientes, hacen más fácil de sospechar la idea de una tal organización, pues jamás se ha hecho tan sensible la verdad interior de aquellas palabras de este libro que dicen: «¡Hay tantas viviendas en la casa de mi padre!»

—¡Amén!—dijo la anciana, que le había escuchado atentamente—. Más vale algo que nada, y eso que me has predicado es bastante acertado. Sigue, sigue leyendo en mi vieja Biblia,

y ya encontrarás un buen alcalde para tu república.

—Sí—repuso Jocundo sonriendo—; es muy posible que de cuando en cuando se elija uno, y de este modo Dios viene a ser una especie de rey electivo.

Rió la anciana ante esta idea, y exclamó:

—Será un respetado alcalde universal, como los buenos alcaldes cantonales que eligen allá arriba.

Y al decir esto señalaba a través de la abierta ventana hacia las lejanas montañas, territorio de las viejas repúblicas cantonales, cuyos magistrados recibían este nombre.

Su inocente juego de palabras con el divino nombre hizo reír aún más a la anciana, pues gustaba de pensar confiadamente en Dios y en la eternidad.

En esta religiosa conversación les sorprendió Justina, cuyo rostro apareció entre los claveles que adornaban la ventana, sin que el vivo rojo de las flores lograra empalidecer el arrebol que en sus mejillas había puesto la ascensión hasta la casa de los abuelos. Más aún: fué su rostro el que hizo palidecer a los rojos claveles cuando la anciana exclamó alegremente al verla:

—¡Corre, Justina! ¡Tenemos una gran novedad!: tu marido me acaba de confesar que posee un poquito de verdadero temor de Dios.

Un singular sentimiento de celos se apoderó al oír aquello de Justina, viendo que su abuela sabía más que ella misma de los íntimos pensamientos

de su marido. Con voz un tanto alterada, respondió:

—Será entonces por eso por lo que no me ha hecho aún, ni una sola vez, el honor de acompañarme a la iglesia.

—Calla—repuso Jocundo—. No empieces a disputar. Nadie se pelea por el agua pura que todo el mundo bebe cuando y donde quiere.

Calló Justina; mas cuando al atardecer bajaba del brazo de su marido, dando un paseo hacia la casa paterna, recogió la frase y le dijo:

—No peharemos por el agua. Pero tenemos que cuidar de que no llegue una ocasión en que tengamos que luchar por el pan nuestro de cada día.

Y le comunicó que tanto ella como su familia deseaban que ocupase un puesto determinado en los grandes negocios industriales y comerciales de la casa. La actividad campesina que hasta entonces venía ejerciendo en casa de los abuelos no podía durar más tiempo, pues carecía de todo porvenir. En cambio, abajo estaban todos dispuestos a introducirle en los negocios y partir honradamente con él tanto el trabajo como la ganancia.

Vió Jocundo claramente lo que esta invitación suponía. No se quería tolerar en la familia a nadie que no quisiera enriquecerse y se mostrase, además, capaz de conseguirlo. Mas viendo también lo que esto significaba de buen deseo con respecto a él y su porvenir, no puso objeción alguna a los proyectos que Justina le comunicó, y, aunque lleno de desconfianza en su aptitud para tales activi-

dades, aceptó lo que se le proponía, manifestando que empezaría la nueva vida en la misma mañana siguiente, pues era lunes, y así podría ya tratar de ganar honradamente el salario de una semana completa.

De este modo fué conducido al siguiente día a los escritorios y oficinas de la casa, para ir conociendo poco a poco las diversas ramas del negocio y darse cuenta total del mismo. La casa Glor se dedicaba desde hacía más de treinta años a la filatura de seda, industria a la que, con el transcurso del tiempo, había conseguido dar extraordinaria amplitud. En cien o más casas que se alzaban en los soleados flancos de la montaña se veía tras de las abiertas ventanas los telares, en los que las muchachas y mujeres de toda aquella comarca tejían con ligereza y laboriosidad las brillantes telas que constituían el fundamento de su apacible acomodo. Por todos los caminos veíanse acudir a la casa matriz las arrogantes figuras de las tejedoras, que iban a entregar la pieza terminada y a recoger nueva seda para otra. Grandes talleres se alzaban en la llanura, y en ellos se tejían a máquina telas más ricas y complicadas, bajo la dirección de hábiles obreros.

La compra de la seda, la preparación de la misma, en sus diversos estadios, el reparto y aprobación de los trabajos, la venta de las materias almacenadas, el conocimiento del mercado general, la decisión del momento oportuno para cada uno de los actos del negocio y, por último, la provechosa

colocación de las ganancias obtenidas, reclamaban una actividad rápida e incesante y toda una serie de conocimientos sobre muy diversas materias, pero íntimamente ligados unos con otros.

El comercio con los viajantes, que desde todas las partes del mundo venían a ofrecer los capullos de seda, obra del industrioso gusano, y el trato con los intermediarios que exportaban el tejido hasta los más lejanos países, exigían continuo cuidado y ágil y pronta decisión, pues, naturalmente, todos y cada uno trataban de obtener para sí el máximo provecho. La competencia, cada día mayor, forzaba tanto a observar el mayor cuidado en la fabricación, adoptando siempre las mejoras descubiertas o creándolas antes que nadie, como a examinar penetrantemente la bondad y pureza del trabajo entregado. A esta inflexible vigilancia sobre los obreros había que añadir el cuidado de tenerlos satisfechos para que no cedieran a las solicitudes de otras fábricas cuando el mercado estaba en auge, y cuando éste bajaba conservarlos a fuerza de sacrificios y concesiones, en espera de mejores tiempos.

Debía asimismo atenderse a las transformaciones del gusto o de las necesidades en los más apartados y contrarios países. Tratábase en unos casos de fabricar una seda que uniese la belleza a la buena calidad y gran duración, por estar destinada a los trajes de las buenas burguesas de un ordenado y económico país, y en otros, de suministrar un tejido de lujoso aspecto, pero pésima clase, que

adornara durante algunos días de festejo a las mujeres de los aventureros que en Australia o California buscaban fortuna afanosamente. Según su destino, se aplicaba a las sedas el arte de las grandes fábricas de tintes y se luchaba con ellas para conseguir los bellos y permanentes colores que habían de ser examinados por los penetrantes ojos de las buenas amas de casa, o el chillón aspecto engañoso que había de atraer a las bellezas de color del lejano Oriente.

En este complicadísimo engranaje fué introducido Jocundo de repente para que aprendiera a manejarse en él; mas no tuvo mucho éxito en la prueba. Al principio, en las cuestiones sencillas y aisladas todo fué a pedir de boca, pues Jocundo cumplía su cometido con toda atención y cuidado. Sin embargo, se le reprochaba cierta lentitud en sus progresos, y para enseñarle a nadar de una vez le arrojaron de cabeza a la endiablada corriente, entre cuyos remolinos comenzó a bracear con forzado entusiasmo, que pronto se transformó en angustiada lucha. Engañábanle los obreros en la cantidad de seda empleada, tejiendo flojo y mintiéndole cuando trataba de averiguar la causa. Otros supieron hacerle revelar los secretos de la casa para competir con ella por cuenta propia. A pesar de su firme propósito de no confiar en nadie, creía siempre, bajo palabra, a todos los viajeros e intermediarios y aceptaba ya en firme sus ofertas al llegar éstas al punto en el que otro cualquiera de sus consocios hubiera comenzado a dig-

narse discutir las. Su conducta fué, en fin, mucho más torpe de lo que de él podía esperarse, pareciendo que en cuanto era cuestión de negocios envolvía su inteligencia una especie de estupidez que en otros asuntos no demostraba. De este modo, antes de medio año había Jocundo producido, como una oculta carcoma, considerables perjuicios, que se reflejaron en una minoración de las ganancias, pronto descubierta por los demás interesados.

Cuando Justina advirtió que los empleados de su casa habían dejado de tener a Jocundo por una lumbrera y sonreían compasivamente a su paso, lloró a escondidas, llena de preocupación y de disgusto y presa del temor de tener que empezar a considerar a su marido como un infeliz de limitadísimos alcances. Los juicios que la gestión de Jocundo mereció a su padre y a sus hermanos, cuando se reunieron a tratar de ella, no fueron tampoco los más apropiados para infundirle valor y firmeza, ni tampoco las palabras de consuelo que su madre pronunció en aquella ocasión, diciendo que en una nave tan bien dirigida como aquella en que navegaban podía muy bien admitirse un pasajero ciego con tal de que fuera honrado y de buenas costumbres.

Acudió entonces Justina a buscar apoyo en la madre de su marido; mas en cuanto comenzó a lamentarse y a interrogarla por las causas de aquel fracaso, se echó la buena mujer a llorar y no supo sino suplicarle que esperasen más tiempo, sin tomar resolución alguna, pues Jocundo no era, segu-

ramente, ningún tonto y sabría desembarazarse al fin y al cabo.

A todo esto no tenía Jocundo la menor idea de lo que en torno suyo sucedía; pero, no obstante, se sentía inquieto y disgustado. Sabiendo todos que las cosas no podían mantenerse en aquel estado mucho tiempo más y que tendría que llegarse a una explicación, evitaba cada uno ser el primero que le hablase, causándole el natural disgusto y dolor; pero de todos modos se extendió en derredor del joven una ligera niebla, que parecía velar los ojos de los que le circundaban y mitigar el tono de sus voces.

Mas cuando un día compró de nuevo una partida de seda a un precio que doce horas antes había regido, bajando después varios enteros, y se le rogó que abandonara aquella parte del negocio, ruego que se repitió al siguiente día con respecto a otra de sus actividades, cesó Jocundo por completo en su labor, lleno de confusión y extrañeza; luego, al ver que nadie le pedía cuentas de su ociosidad y que todo seguía marchando sin que pareciese advertirse su falta, llegó a comprender cuál era su verdadera situación y cuán completo su aislamiento.

En el mismo día le fueron confirmadas sus sospechas.

Justina estaba invitada aquella tarde a acudir a la casa parroquial, en la que el párroco iba a leer una conferencia sobre el resurgimiento y renovación de la Iglesia, tema que la interesaba mucho

y la venía ocupando hacía ya mucho tiempo. Su marido, en cambio, miraba esta cuestión con gran frialdad y no gustaba de ponerse a tiro de las entusiastas pláticas del clérigo. Mas en aquella ocasión el pesado ambiente otoñal presagiaba tormenta y Jocundo había prometido ir a recoger a su esposa cuando la conferencia hubiese terminado.

El párroco figuraba en primera línea entre los campeones de la Iglesia que, reformada, había de constituir la comunidad religiosa del porvenir. Durante los años de su juventud había predicado siempre con libre y tolerante espíritu y bella oratoria, de manera que los fieles sentíanse siempre edificados, aunque no se dieran muy clara cuenta de las doctrinas que su pastor iba desarrollando. Bajo la protección del poder temporal y siguiendo el ejemplo de antiguos guías había alcanzado la nueva generación la libertad de exponer desde el púlpito todas las ideas al mismo tiempo que la libertad personal. La severa orientación religiosa había ido quedando reducida a la mera defensa de su existencia, aunque de su derrota no se advirtiesen grandes señales en la forma exterior del culto. Los antiguos cánticos, los antiguos textos bíblicos y las viejas oraciones volvieron a ser preferidos y sólo en contadas ocasiones se trataba humanamente lo sobrehumano. Sin embargo, se siguió considerando a Cristo como Redentor y Rey y se mantuvo intactas la unidad y persona-

lidad del orden universal, así como la inmortalidad del alma. La Teología se consideraba todavía como una ciencia cerrada, aun en aquellos casos en que sus representantes defendían las más dudosas opiniones y no veían en Dios mas que un hombre bondadoso y justo o exhalaban hondos suspiros ante la posible pérdida de la conciencia individual tras de la muerte.

Con todo esto se despreciaba compasivamente a los racionalistas de la pasada época, que con su seca valentía habían preparado los tiempos presentes, y se ridiculizaba a los que todavía intentaban explicar científicamente los milagros, aunque los mismos que de ellos se reían ahora hiciesen excepción con algún que otro prodigio divino y tratarasen de justificarlo parte naturalmente y parte por intervención sobrehumana.

Mas, como todo en el mundo, también esta dorada época, tan cómoda y provechosa para todo aquel que poseyera dotes oratorias y no careciese de osadía, tuvo que transformarse y dejar paso a nuevas concepciones.

Precisamente por la creciente difusión y el poder cada día mayor que la libertad iba alcanzando surgió el deseo de disciplina y la tendencia a constituir un todo firme y coherente, siendo el primer resultado del contraste entre ambas orientaciones la aclaración definida de lo que cada una de ellas suponía, creía y opinaba en realidad.

Sucedía esto en una época en que de nuevo realizaban las ciencias físicas notables descubrimien-

tos y deducciones, dando lugar a que apareciera la tendencia a confundir la visión precisa de las cosas con su comprensión misma, confusión que a su vez hacía tomar siempre lo total por lo parcial. Nuevos filósofos, que colgaban aquí y allá, como viejos sombreros, sus profundas lucubraciones, difundían perversas teorías, y una gran confusión surgió en los espíritus.

Aquellos de entre los sacerdotes que poseían ánimo sereno y humilde pensaron que en las generales tinieblas daba lo mismo un poco más o un poco menos de obscuridad y se mantuvieron prudentemente en las posiciones conquistadas, sin luchar más que contra los que ya de antiguo eran sus enemigos y opresores. Mas, en cambio, otros no querían por ningún precio aparentar hallarse retrasados en nada ni que nadie creyese que desconocían algo y no se hallaban al cabo de todas las cosas. Estos imprudentes se revistieron de todas armas y avanzaron hasta dejar atrás el terreno firme y caer ruidosa y definitivamente.

El párroco de Schwanau se había agregado a este último grupo, pues no le era posible vivir en contradicción con el espíritu y la cultura de la época, tal y como él los comprendía.

Con estas opiniones, predicaba que había que conceder a la ciencia la imposibilidad de la existencia de un director del Universo y por lo tanto de una Teología. Mas allí donde acababa la ciencia comenzaba la fe y la intuición de algo inexplicado e impreciso, sin lo cual era imposible hallar

la paz espiritual. El procurar esta última era oficio de la religión, la cual debía ser regida y administrada, siendo este régimen y administración lo que ahora constituía la Teología, el sacerdocio y la Iglesia. La palabra divina era, por lo tanto, inmortal y santa, y su administración, sagrada e impecederera. Ahora como antes se alzaba triunfante el tabernáculo, alrededor del cual debían agruparse todos aquellos que no quisieran perecer faltos de todo ideal y consuelo. De este modo, el misterioso contenido del tabernáculo necesitaba más que nunca de sacerdotes que lo consagraran e incensaran, siendo al mismo tiempo guías y directores de la abandonada grey. Nadie debía dirigirse directamente al tabernáculo, sino confiarse a sus servidores, dado lo cual no podían los sacerdotes permanecer ya alejados de las cuestiones humanas, de las que seguían siendo grandes conocedores, y se hallaban obligados a prestar en todo lugar su apoyo y ejercer una general vigilancia para que todas las cosas marchasen por buen camino. En cambio, sólo exigían la santificación de aquel su tabernáculo de incógnito contenido y la general atención a sus pláticas y juicios sobre el mismo.

Con todo esto, se dolía el párroco en sus sermones de la insinceridad con la que se solía hablar a los fieles desde el púlpito, no atreviéndose nadie a dar a las cosas su verdadero nombre ni a escanciar al pueblo, como si no fuera capaz de soporarlo, el puro vino de la verdad. En párrafos grandilocuentes describía la insinceridad y el arte de

la imprecisión con tan vivos y acertados colores que sus oyentes exclamaban, llenos de fervoroso entusiasmo:

—¡Con qué verdad y cuán bella y hondamente nos ha vuelto a describir esto!

A continuación invitaba de nuevo a la reunión a arrojar toda la escoria inútil y consagrarse a la idea de la inmortalidad por medio de la santificación de todos sus actos. Cierto es que había que conceder a la ciencia que la perduración del alma individual no era ya sino un sueño del pasado. Si alguien quería, no obstante, creer aún en tal inmortalidad subjetiva no había necesidad de prohibírsele ni de criticarle; mas la verdad era que la inmortalidad se hallaba ya presente en todo momento, pues consistía en los incesantes efectos que en cada instante nacen y actúan sobre los siguientes, constituyendo la garantía de la eterna duración. De sus descripciones podía deducir entonces la vieja solterona que seguimos viviendo en nuestros hijos y nietos; el pobre de espíritu se consolaba pensando en la inmortal perduración de sus pensamientos y actos; el hombre ahorrativo, atormentado de continuo por los cuidados económicos, se regocijaba con la idea de que ni uno solo de los átomos que constituían su cuerpo se perdería con su muerte, sino que perduraría a través de innúmeras transformaciones en la casera administración de la naturaleza y sería pródigamente empleado en la producción de mil nuevos gérmenes de vida. Por último, aquellos a quienes pesaba la dura car-

ga de la vida podían pensar con gusto en el eterno y total reposo.

Estos sermones eran adornados por el párroco con las galas de mil y una citas de los poetas de todas las épocas y todos los pueblos, resultando así sus pláticas algo jamás oído, y pudiendo ser comparadas al modesto cuartito de un humilde empleado que para cubrir las desnudas paredes de su habitación las decorase con estampas, recortes, sellos y viñetas procedentes de todos los rincones del mundo y tuviera ante la ventana un frailuco de cartón que, según el tiempo, se calase la capucha o se despojase de ella echándosela a la espalda.

Mas no se trataba tan sólo de exornar el templo oratorio, sino que también el verdadero templo de obscura piedra en que estas pláticas se celebraban tenía que ser restaurado y puesto al nivel de la nueva época. La iglesia de Schwanau había sido construída un par de siglos antes de la Reforma, y tras de los tiempos de los iconoclastas y de la severidad en el culto había quedado totalmente desprovista de ornamentación. Los viejos muros grises del severo edificio se hallaban recubiertos de un secular tapiz de hiedra y vid silvestre, que aumentaba su aspecto triste y austero; mas en el interior, todo pintado de blanco, entraba la luz a raudales por las amplias ventanas de claras vidrieras, iluminando a los fieles que allí se reunían. Aparte de algunas antiguas losas sepulcrales, no existía en la iglesia escultura alguna, y en la clara

y sencilla sala, no desprovista, sin embargo, de dignidad, reinaba tan sólo la palabra del predicador, sin auxilio sensual ninguno. Los fieles se habían considerado durante tres siglos lo suficientemente fuertes para despreciar todo adorno exterior dirigido a excitar sus sentidos, distrayéndoles de la visión interior de su redención. Mas perdida esta fuerza ante las mudanzas del tiempo, tenía que volver el adorno exterior que decorase el tabernáculo de lo indeterminado.

Para esta empresa ganó el párroco a Justina, la cual, deseando suplir la tibieza de su esposo, se dedicó con redoblado celo a auxiliar la singular obra reformadora, tanto haciendo por sí propia ricas donaciones, como incitando a los demás fieles a secundarla y poniéndose al frente de toda iniciativa.

Las blancas paredes del interior, animadas tan sólo por las flores que por las ventanas asomaban, fueron pintadas de un vivo color, sobre el cual un pincel poco ducho en tales menesteres trazó una ornamentación gótica. Los paños de la bóveda fueron pintados de azul celeste y sembrados de doradas estrellas. Hízose luego una cuestación para adquirir vidrieras de colores, y los claros ventanales se llenaron de mal pintados evangelistas y apóstoles. Mas los turbios cristales de aquellas modernas vidrieras transformaban la luz interior no en una ardiente penumbra, como los bellos ventanales antiguos, sino en una fría y melancólica obscuridad.

A continuación hubo que establecer un altar con sus figuras correspondientes, para que de este modo comenzase de nuevo el inevitable desarrollo del culto a las imágenes, que, comenzando por llamar en ayuda de la religión los «medios estéticos», de excitar el fervor de los fieles, continúa luego llenando las iglesias con imágenes milagreras que llora no sudan sangre y acaba por caer en una franca idolatría, que, naturalmente, llega a disgustar y provoca una nueva Reforma y un nuevo retorno a la austeridad primitiva.

Por último, quedaron desterrados los sencillos cálices de madera de arce, los blancos platos del pan y las humildes jarras de estaño para el vino, siendo substituídos por cálices, bandejas y jarras de plata, que las familias bien acomodadas de la comarca fueron donando con ocasión de alguna fiesta o acontecimiento familiar, y sobre todo a instancias de Justina, cuyo orgulloso espíritu se gozaba en aquellas riquezas, sin advertir que auxiliaba a la nueva iglesia a fundar un tesoro como el que las antiguas habían poseído, tesoro que una vez iniciado podía ir creciendo silenciosamente cada día hasta volver a hacerse dueño de campos y viñedos y exigir diezmos y primicias. El moderno tabernáculo, vacío, había de tener más cabida que el antiguo, en el que residía un Dios.

Poco a poco fueron entrando en la iglesia todas las artes, incluso la escultura, representada por algunas malas imágenes de escayola, y para que, aunque no había dinero para comprar un órgano,

no faltase tampoco la música, se instaló un agrio y trompeteante armonio. Un coro mixto estudió antiguos cánticos de la misa católica, que, para mayor solemnidad y porque nadie entendía su texto, eran cantados en latín. Dividíase el tal coro en varios grupos, entre ellos uno de voces infantiles, y, con pretexto de ensayar una nueva liturgia que diera más fervorosa vida al oficio divino, se puso en escena un pequeño drama místico que podía constituir el germen de una renovación de los viejos misterios religiosos.

Mas todo esto hubiera sido en vano si no hubiese ido acompañado de una salutífera campaña política. Para llenar el restaurado templo mostrábase el párroco intolerante con todos los que se negaban a acudir a él, y dirigía sus iras contra aquellos que no traspasaban los umbrales de la iglesia y se jactaban de saber de sobra lo que en sus pláticas y sermones sostenía o anunciaba.

—No son los jesuítas ni los paganos—exclamaba a grandes voces desde el púlpito—los más peligrosos enemigos de la Iglesia, sino aquellos otros, tibios o indiferentes, que, llenos de vana presunción y sumidos en una triste ignorancia, creen poder prescindir de nuestra Iglesia y de nuestra comunidad religiosa y desprecian nuestra vida, mientras que, poseídos por el mísero espíritu mundanal, no persiguen sino sus intereses y placeres materiales. ¿Por qué no vemos entre nosotros a tal y tal persona cuando, reunidos en nuestro templo, tratamos de elevarnos por encima de lo temporal y

hallar lo divino e imperecedero? Pues porque suponen que después de haber nosotros libertado a la Iglesia, al cabo de cien años de lucha, de la rígida coraza de dogmas que la oprimía no les es ya necesario creer, temer o esperar nada que no sepan ellos comprender y explicar mejor que cualquier sacerdote; porque no saben que toda la fe pasada y presente y todo el conocimiento de las cosas divinas no constituye sino una sola gran ciencia, coherente y profunda, que perdura a través de todas las mudanzas y sólo puede ser regida y explicada por aquellos que la han estudiado y han penetrado en sus secretos. Ignoran, por último, que en la amarga hora de su muerte anhelarán nuestro auxilio y el misterioso consuelo del tabernáculo.

»Mas, mientras les llega su hora, dejan transcurrir su vida sumidos en egoístas tinieblas. Porque, gracias a nosotros, gozan de una amplia libertad espiritual, desprecian, llenos de ingratitud, tomar parte en nuestra unión contra el poder de las tinieblas y de la mentira, combatir a nuestro lado en la dura batalla de la vida y hacer suya nuestra alegría, adoptando el nombre de cristianos y adornando con nosotros el altar. Con jactanciosa presunción siguen aislados su perversa ruta tales indiferentes llenos de orgullo, sin saber cuán míseros y necesitados de apoyo aparecen ante nuestros ojos y cuán vacilante se nos muestra la seguridad de que hacen gala y de la que ya no podemos ni queremos despojarles, a pesar de que sólo a nosotros la deben. No saben cuán árido es su camino,

al que no llega el son de las campanas domingue-
ras y en el que no se celebra alegremente la Pascua
florida ni existe esperanza de resurrección. Y al
hablar así no me refiero a la resurrección de la
carne, sino a aquella otra resurrección del espíritu,
que es el eterno Pentecostés de nuestro corazón.
Mas los que se obstinan en seguir tal solitaria ruta
no tardan en sentir sobre ellos el merecido castigo.
Ninguna bendición los acompaña; su ánimo se
llena de amargura y disgusto, y dirigen sus iras
contra nosotros, que, regocijándonos de nuestras
conquistas y de la obra de Nuestro Señor Jesu-
cristo, consumimos diariamente el cordero pas-
cual. Cuando, más adelante, libres ya los arroyos
y los ríos del hielo que aun hoy los entorpece, se
aleje entre cánticos y alabanzas nuestra bienaven-
turada nave, cargada hasta los palos, quedarán
ellos en la orilla siguiéndonos con la vista y presa
de la amargura y de la ira. Por sí mismos se exclu-
yeron y por sí mismos se condenaron, pues nos-
otros a nadie juzgamos ni a nadie maldecimos.
Muy al contrario, dejamos a cada uno en libertad,
teniendo siempre en nuestro pensamiento aquellas
palabras en las que palpita un misterioso doble
sentido: «Ante el esclavo que rompe sus cadenas,
ante el hombre libre, no debéis temblar».

»Mas Tú, ¡oh amoroso Padre y Señor nuestro,
Hacedor de todas las cosas, Creador de la forta-
leza de los continentes, del embravecido mar que
los rodea y del azul cielo que los cobija!, no dejes
escapar a tus criaturas de las diamantinas cadenas

de tus eternos mandamientos. Hazlos retornar a tu protector santuario, por nosotros construido, conforme al mandato que por boca de Moisés hiciste llegar hasta nosotros:

«Y todo sabio de corazón entre vosotros vendrá y hará todas las cosas que Jehová ha mandado:

»El tabernáculo, su tienda, y su cubierta, y sus anillos, y sus tablas, sus barras, sus columnas, y sus basas;

»El arca, y sus varas, la cubierta, y el velo de la tienda;

»La mesa, y sus varas, y todos sus vasos, y el pan de la proposición;

»El candelero de la luminaria, y sus vasos, y sus candilejas, y el aceite para la luminaria;

»Y el altar del perfume, y sus varas, y el aceite de la unción, y el perfume aromático, y el pabellón de la puerta para la entrada del tabernáculo;

»El altar del holocausto, y su enrejado de metal, y sus varas, y todos sus vasos, y la fuente con su basa;

»Las vestiduras del servicio para ministrar en el santuario, las sagradas vestiduras de Aaron el sacerdote, y las vestiduras de sus hijos para servir el sacerdocio.»

»Hazle, Señor, entrar en tu Iglesia para que con nosotros rece:

«¡Hálito eterno del mundo, divino padre amoroso!
Voz ninguna turbe el coro de los fleles que te alaban.
Ininterrumpidos cánticos, dulces acciones de gracias
Se suceden desde el alba hasta el ocaso purpúreo.

Desde el encendido ocaso a la suave luz del alba,
 Rezos, cánticos y loores se suceden sin descanso.
 Haz, Señor, que el alma inquieta por la que hoy te suplicamos
 Se consuma, fervorosa, en tu ardiente y pura llama.

»Haz, Señor, que su espíritu busque la eterna verdad con igual afán que la sacerdotisa goethiana, que decía:

«A la orilla del mar paso los días
 y mi alma escapa hacia la tierra helena.

»Haz que, como la muriente flor cantada por el poeta, acepte con alegría su destino y abandone la vida bendiciendo la dulce primavera y la suave brisa matinal, consolado por la promesa de renacer eternamente en infinitas formas. Amén.»

Estos grandilocuentes finales que el párroco ponía a sus pláticas, y durante los cuales, conmovido por su propio galimatías, solía verter no fingidas lágrimas, entusiasaban de tal manera a sus fieles, que, al encontrarle a la salida de la iglesia, acudían todos a estrechar sus manos y expresarle su admiración y reconocimiento. Luego, durante el almuerzo, no se hablaba en todas las casas sino del magnífico sermón escuchado, y los hombres ponían a su pastor por las nubes, felicitándose de poder volver a mostrarse devotos y cristianos sin exponerse a ser tachados de atrasados o reaccionarios.

Entre los que caían en estas pláticas bajo la acusación de tibieza e indiferencia se hallaba nuestro buen Jocundo. No sentía éste enemistad algu-

na contra la nueva Iglesia ni deseaba colocar obstáculo alguno en su camino, sabiendo muy bien que todas las cosas de este mundo tienen que seguir su ruta hasta su fin. Mas su ingenuo amor a la verdad le hacía imposible aparentar entusiasmo por aquella original religiosidad que a los ojos de todo hombre algo reflexivo tenía que revelar su artificio e insinceridad, y, por lo tanto, hacía pleno uso de su libertad personal sin jactancia ni exhibición algunas, pero tanto más enérgicamente cuanto que la cuestión religiosa era, hasta el momento, la única en que el trabajo o el amor no habían aún limitado su independencia.

En cambio, el párroco, que contaba a Justina entre sus más firmes apoyos, dada la consideración de que en todo el territorio gozaba, no podía tolerar que el alejamiento del marido hiciese pensar que o no se hallaba conforme con su actividad religiosa o la consideraba como algo sin importancia. Creyendo el párroco ver en el alejamiento de Jocundo un silencioso reproche o una callada crítica de sus actos, concibió una amarga hostilidad contra él y comenzó a aludirle en sus pláticas. Entre los defectos que los nuevos sacerdotes habían heredado de los antiguos se hallaba este de llevar al púlpito, donde nadie podía interrumpirles ni contestarles, sus pasiones personales, y acusar o criticar en sus sermones a aquellas personas que a sus designios se oponían. Mas Jocundo no se enteró de tales manejos, pues prestaba escasa atención al chismorreó de la gente y no tuvo cu-

riosidad de pedir aclaraciones sobre alguna velada alusión que le fué dirigida.

Tal era la situación cuando, al caer la tarde, se presentó Jocundo en la casa parroquial a recoger a Justina, según le había prometido. El párroco había hablado aquel día de la bienhechora influencia recíproca que las artes y la Iglesia ejercían entre sí, y, terminada su conferencia, se hallaba aún conversando con unos cuantos admiradores, entre los cuales tomó asiento Jocundo, no queriendo parecer descortés. Mas el párroco se dirigió a él en el acto y le dijo:

—Si me hubiera usted honrado viniendo a escuchar mi conferencia quizá habría usted estado de acuerdo conmigo en una de sus principales ideas. He dicho que creía llegada la época en la que el Arte, reconociendo que debía su ser a la religión, podía prestarle su valioso apoyo, pagando así la deuda contraída. Quizá también hubiera encontrado usted un puro goce en dejar unirse su corazón a los nuestros para entonar un elevado cántico espiritual, sean cualesquiera las diferencias que en materia religiosa puedan separarnos.

Al pronunciar el párroco estas palabras miró Justina a su marido con ojos en los que se pintaba una ansiosa esperanza. El más bello recuerdo que de su primer año de casada conservaba era el de haber tomado parte con su esposo en una fiesta musical. Ejecutóse en ella un gran oratorio bíblico, y Justina y Jocundo, incorporado cada uno al grupo que por el timbre de su voz le correspondía, se

habían hallado, sin embargo, tan cerca uno de otro en el escenario que durante los silencios podían estrecharse cariñosamente la mano. Terminada la fiesta, había Jocundo enlazado a su mujer entre sus brazos y le había confesado que jamás se había sentido tan dichoso como aquella tarde, oyendo sonar junto a él su amada voz en medio del poderoso conjunto.

Mas ahora, disgustado por la intromisión del párroco y su tono de superioridad, respondió secamente:

—No creo, como usted, que la religión pueda considerarse madre de las artes. Opino, al contrario, que el Arte existe por sí mismo y desde un principio, y es el que ha enriquecido a la religión dándole un poderoso impulso.

No podía el párroco tolerar aquella rotunda contradicción que se le oponía ante sus más fieles admiradores, y, enrojeciendo de cólera, repuso:

—Bien está. No vale la pena de discutir. En estas cosas es usted totalmente profano, pues si no sabría usted que nosotros los teólogos hemos introducido actualmente en nuestra ciencia muchos sectores del saber que antes parecían ser extraños a ella y que usted, por su situación y aficiones, desconoce en absoluto.

Jocundo replicó con cierta dureza:

—Es posible que ustedes los teólogos sientan ahora la necesidad de reforzar su disciplina con otras ajenas a ella, pero la Teología no adquirirá con ello de nuevo el carácter de ciencia viva, que

ha perdido ya para siempre, como antes lo perdieron la cábala, la alquimia y la astrología.

Herido el párroco por estas palabras en lo más sensible de sus ideales, exclamó con furia:

—¡Su odio hacia nosotros le ciega la vista y el entendimiento! Pero basta ya. Nos hallamos muy por encima de usted y de los que como usted piensan. Envueltos en las tinieblas de la ignorancia y las malas pasiones acabarán ustedes por tropezar con nuestra poderosa fortaleza y estrellarse contra sus muros.

—Siempre habéis de terminar amenazando—respondió Jocundo, que en el entretanto había recobrado su habitual serenidad—; ni corremos ciegos en dirección a un muro contra el cual estrellarnos, ni entra aquí para nada el odio o la cólera. Trátase, sencillamente, de que no queremos ni podemos empezar de nuevo a erigir sobre nosotros preceptores que nos enseñen aquello que todo hombre honrado y sincero sabe muy bien que le es imposible enseñar a nadie. Y mucho menos nombrar preceptores, sin más examen, a todos aquellos que lo demandasen. Esta es mi opinión particularísima; por lo demás, os deseo toda clase de bienandanzas, exigiendo tan sólo que me dejéis en paz y no os mezcléis en mis asuntos, pues eso ya no me es posible tolerarlo.

Jocundo pronunció estas palabras con firme acento, que desgarró el corazón de su mujer. En la nueva cultura religiosa, que de tan libre espíritu y tan provechosa le parecía, había encontrado

Justina un refugio contra la secreta pena que la oprimía. Y ahora veía que su marido mostraba una irreconciliable hostilidad contra aquello que ella creía la suprema verdad. Enfrente del párroco, apareció Jocundo a sus ojos como un infeliz ignorante de limitada inteligencia, y de este modo surgió de aquel elevado y elocuente mundo devoto la cizaña de una contienda religiosa unida a la naciente desdicha de un hogar.

Apenas llegaron a la calle, soltóse Justina del brazo de su marido y echó a andar a su lado con vacilante paso, llorando silenciosamente. Como estaba lloviendo, creyó Jocundo que soltaba Justina su brazo para andar más de prisa y no echó de ver su amargo llanto. Luego, al entrar en casa, habíase ya serenado Justina exteriormente, aunque en su interior temblase de indignación y cólera.

Jocundo olvidó pronto lo sucedido, atormentado por otros más penosos cuidados, y comenzó a exponer a su mujer la situación a que había llegado entre sus familiares, haciéndole ver que su puesto no estaba ya en aquella casa, que debía intentar prosperar por su cuenta, empresa que aun era tiempo de comenzar, y que ella debía seguirle a la capital, donde él poseía buenos conocimientos y amistades. Si Justina podía llevar consigo algún dinero—tan sólo el equivalente del que había gastado en sus actividades religiosas y en otros caprichos—no tendría que temer para nada el porvenir.

Este último punto lo tocó Jocundo con extrema timidez, pues él no creía necesitar nada para sí

y sólo temía la repugnancia de Justina a la estrechez económica.

Mas al llegar Jocundo a esta parte de su discurso no pudo Justina permanecer callada por más tiempo. Toda la rudeza de su popular origen, adormecida por el encumbramiento a que la familia había llegado, surgió de repente en Justina, como solía manifestarse a veces en el trato de su padre y de sus hermanos. Irreflexivamente, pero con tanta pasión como crudeza, exclamó que Jocundo podía irse a donde bien le pareciese, pues ella no pensaba seguirle. Si no había podido prosperar en su casa, en la que no le habían faltado auxilio y simpatía, ni a ella ni a los suyos podía ocurrírseles hacer ya el menor sacrificio por un inútil semejante ni arrojar su dinero a un tal...

Pronunció aquí Justina una palabra que jamás antes había llegado a usar, y que, sin constituir precisamente un insulto, era de aquellas que ningún marido tolera oír de labios de su mujer.

Apenas la hubo dejado escapar, palideció Justina y se quedó espantada, con los ojos fijos en Jocundo, el cual ya había antes perdido el color y salió entonces en silencio de la habitación.

Justina corrió en busca de su madre; mas ésta se hallaba en casa de uno de sus hijos, y allí fué la atribulada mujer para solicitar consejo y apoyo.

Jocundo, por su parte, despertó a su madre, que ya se había acostado, y la hizo vestirse sin tardanza. Recogió luego lo más imprescindible y, alquilando un coche, abandonó Schwanau en medio de

una lluvia torrencial, sin que nadie se diese cuenta de su partida y provisto del escaso dinero que aun le restaba, producto de la venta de la encina secular seldwylense.

Desde este instante desapareció del rostro de los esposos aquella graciosa y feliz sonrisa, y tan completamente como si jamás se hubiese pintado en sus labios.

En el obscuro coche y al lado de su madre, que la fatiga y el sueño habían de nuevo adormecido, vió Jocundo ante sí el bello rostro de Justina tal y como le había sonreído por vez primera. Esta sonrisa—se dijo amargamente—es tan sólo el resultado del juego de un músculo que adopta una determinada forma. Basta hacerle un corte ligerísimo para que todo desaparezca para siempre.

La incierta luz del amanecer sorprendió a Justina, que no se había acostado aún, ante un espejo, en el que consideraba tristemente sus pálidos labios petrificados. Pensando en el bello y desdichado sueño de su perdida felicidad intentó sonreír dolorosamente. Pero sus labios y sus mejillas tenían la inmóvil dureza del mármol y su boca permaneció cerrada desde este instante, sin que el transcurso de los días modificase aquella fría rigidez.

CAPITULO III

Llegado Jocundo a la capital del territorio, fueron sus primeros cuidados los de atender a su madre, enferma del sobresalto y del disgusto, y enterrarla a los pocos días, pues la pobre mujer no tuvo fuerzas para vivir más al perder toda esperanza de que su hijo conservase la felicidad que tan sabiamente había ella tejido para él.

A la vuelta del cementerio encontró Jocundo a uno de sus antiguos jefes militares, al que no había vuelto a ver en mucho tiempo, pero que conocía sus buenas condiciones y le profesaba gran estimación. Preguntóle éste cuál era su actual situación, y cuando Jocundo se la expuso, ocultando, naturalmente, lo que por su íntimo carácter no debía ser publicado, le dijo que él era precisamente el hombre que le hacía falta para ocupar un puesto en una de sus amplias e importantes empresas comerciales. Lo que necesitaba era un hombre tranquilo y honrado del que supiese que había de cumplir puntualmente sus obligaciones sin apartarse de lo que él le prescribiera o descuidar su vigilancia, pero sobre todo que no se metiera a especular por cuenta propia.

Aceptó Jocundo en el acto el puesto que le ofrecían, y desde el primer momento le fué en él a maravilla. La actividad que le tenían señalada era de tal naturaleza que no necesitaba mentir a nadie ni se veía expuesto a caer envuelto en las mentiras

de los demás. No se veía precisado a pedir más o a ofrecer menos de lo que una cosa valía, ni tampoco a regatear, engañar o rechazar los engaños. Con su pasada ingenuidad había desaparecido la venda que le cegaba, y poseía ya el suficiente conocimiento de los hombres para desempeñar su empleo sin contratiempos.

De este modo fueron pasando triste y silenciosamente los días, sin que la más pequeña alegría iluminara los ojos de Jocundo. Sin la menor comunicación con Justina, esperaba en vano que ésta hiciese llegar hasta él la más insignificante señal de que lamentaba y deseaba retirar la inferida ofensa. Mas aunque tal era el deseo de Justina, se oponían a él sus familiares, que opinaban era mejor dejar por algún tiempo las cosas como estaban y esperar a ver cómo el azar se mostraba ahora para con Jocundo.

Y no dejaban de tener razón al hablar del azar, pues el encontrarse a sí mismo en los días difíciles es cuestión de suerte más de lo que los hombres quieren confesar, y en este caso particular había dependido tan sólo del casual encuentro de Jocundo con su experimentado e inteligente conocido.

Mas la fría y amarga tranquilidad de Jocundo no duró mucho tiempo. Mientras que en su puesto comercial demostró ser cada día más útil, siendo ascendido repetidas veces y alcanzando ahora, sin la ayuda de nadie, elevados beneficios que podían constituir aquella base de un seguro porvenir que antes le había parecido tan difícil de alcanzar, es-

talló en la vida pública un movimiento en el que fué arrastrado, más por su amargado ánimo que por afición a intervenir en tales cuestiones.

Desde la última de aquellas revoluciones políticas por medio de las cuales vuelve el pueblo a conquistar perdidos derechos o amplía los que ya posee habían transcurrido cuarenta años, y en la joven generación había madurado el deseo de una transformación, cuya necesidad no querían reconocer los viejos gobernantes que representaban el antiguo estado de cosas. Opinando éstos que el mundo y el Estado marchaban admirablemente dentro del régimen instituído, rechazaban con una rotunda negativa toda demanda de colaboración para cualquier cambio o mejora, dedicando toda su actividad al paulatino desarrollo de lo ya existente y que tan ensalzado y alabado fué al estatuirse. Esta resistencia hizo que se los considerara enemigos de todo progreso y que la opinión general fuese siéndoles más hostil cada día. Pero como cuidaban honrada y laboriosamente de la cosa pública, poniendo todo su trabajo al servicio de numerosos asuntos que en ningún modo podían significar un atraso, resultaba difícil hallar pretexto y punto de partida para provocar un movimiento decisivo, pues cuando el pueblo no encuentra algo que sirva de fundado impulso a una acción violenta precisa de una enorme agitación moral para alcanzar sus fines por el camino ordenado y legal, derrocar la Constitución que él mismo se dió y substituir por otros los representantes que

con plena conciencia y libertad eligió anteriormente.

Esta agitación, que en las revoluciones violentas surge arrolladoramente en cuanto se vierten unas gotas de sangre, necesita para producirse en los movimientos pacíficos de un medio un tanto artificial. Consiste éste en que el pueblo cometa la injusticia inicial lanzando una falsa acusación, y después, siguiendo al pie de la letra la doctrina de que el que ha cometido una injusticia y se da cuenta de ello continúa persiguiendo siempre con su odio al que ha hecho objeto de ella, no descansa ya hasta apartar de su camino la piedra de escándalo y alcanzar los derechos deseados.

En nuestro caso tampoco existía medio de lanzar una tal acusación, suficientemente amplia para provocar la general indignación y dar impulso al movimiento, pues las reformas ansiadas no reposaban en la indignidad o traición de los gobernantes, sino que eran reclamadas porque se creía en su eficacia y oportunidad, que aquéllos negaban.

Mas dado que cuando un pueblo o una república quiere buscar camorra a sus gobernantes y administradores nunca se para mucho tiempo a pensar cómo ha de romper las hostilidades y siempre encuentra nuevos medios y fundamentos, decidióse el pueblo en nuestro caso a colocarse ante los que deseaba derrocar y decirles sencillamente: «Sois muy feos y estamos ya hartos de contemplaros».

Sucedió esto por medio de un singular movimiento que entrañó más sobresaltos y persecucio-

nes que muchas sangrientas algaradas, aunque durante todo él no se tocó a nadie un solo pelo ni se repartió una bofetada.

Surgió primero la burla contra personas de escasa importancia, pasando luego a otras que ya poseían más significación, y explotando siempre insignificantes ridículos individuales que antes habían pasado inadvertidos y eran ahora exagerados y arbitrariamente desfigurados. Un afán de burla y persecución fué difundiendo cada vez más, surgiendo directores y *virtuosos* de la burla y de la caricatura, hasta que al poco tiempo se transformó el divertido juego en sangrienta calumnia que marcaba las casas de sus víctimas y arrastraba las vidas privadas hasta la plaza pública.

Una vez que estas víctimas caían en el más absoluto ridículo, fundado en defectos físicos o pequeñas costumbres sin consecuencia, y la mayoría de las veces tan sólo en algún gesto o ademán habitual, se echaba sobre ellas la imputación de un secreto delito cometido mucho tiempo antes, de un deshonesto cambio de fortuna o de una bajeza en sus actos o pensamientos, crímenes que resaltaban tanto más cuanto mayor era la consideración de que el inculpado había sido objeto hasta el momento. Claro es que aquellas acusaciones, que precisaban el delito cometido y motivaban un proceso criminal, se desvanecían en cuanto el denunciado probaba, lleno de indignación, su total inocencia; pero el escándalo y la sospecha seguían

pesando sobre el calumniado, al que la general confusión privaba de medios de defensa, estableciéndose así una completa impunidad de los difamadores, los cuales acogían con burlón regocijo y tremendas amenazas todo intento de proceso o castigo.

De este modo fueron saliendo de todos los rincones y rendijas los abyectos representantes de aquellas Cortes generales de la calumnia y la difamación. Individuos cuyo aspecto, vida y hechos eran los más apropiados para convertirlos en objeto de risa, burla y repugnancia se colocaron en primera fila y alzaron su voz como príncipes de la difamación y la calumnia. Cuanto más estruendoso se hacía el indigno barullo más silenciosas y apocadas aparecían las infelices víctimas. Los irreflexivos espectadores de aquellas atrocidades acabaron por inventar una frase que, convertida en lugar común, dió el golpe de gracia a los acusados: «¡Aunque no fuera cierto más que la centésima parte de lo que se dice, sería ya bastante!»

Junto a las personas conocidas y de viso caía destrozado de cuando en cuando un infeliz desconocido, cuyos gritos de angustia se oían como en el gallinero los de un pobre pollito sorprendido en su rincón por la zorra. A veces se atacaban entre sí dos de los cabecillas; pero tras de morderse cruelmente retornaban con sangriento hocico a la reunión general, como si nada hubiese sucedido, y tras de lamerse las desgarradas jetas volvían a tomar descaradamente la palabra.

Tan nuevo y singular era el carácter de esta revuelta, que los historiadores no encontraban otra anterior que pudiera comparársela, aun siendo aquél un país en el que de un injusto pretexto o de una falsa acusación había surgido el cambio de régimen y la consecución de nuevas libertades.

Aquellos a quienes la cruel revolución había despojado con el ridículo y la calumnia de su verdadera personalidad, causándoles infinitos sufrimientos aun sin verter una gota de su sangre ni tocar a uno solo de sus cabellos, se veían además abandonados por sus más antiguos amigos, que oían indecisos sus protestas de inocencia. Otros, que hubieran podido infundir ánimos a las víctimas y provocar una decisiva reacción, callaban como muertos para no ser difamados ante sus esposas o prometidas. La preocupación de evitar que la paz y la inocencia de sus pequeñuelos se viera perturbada por la inconsciente turba sollabá asimismo los labios de muchos honrados padres de familia. Aquel que aun permanecía indemne daba gracias a Dios por cada minuto que sin verse atacado transcurría, considerándolo como un milagro al pensar que cualquiera de sus pequeñas debilidades, que antes le parecían perfectamente excusables, podía muy bien servir de punto de apoyo a una tremenda acusación que le cubriese de fango, y, lleno de temor, se mantenía quieto y callado en su rincón. Igualmente silencioso e inactivo que el hombre honrado se mantenía el que siempre había sido considerado como un des-

almado malhechor, pues su notoria mala fama le impedía unirse a los perseguidores, dejándole limitado a esperar, con las garras preparadas, al que osara tocarle. Mas también este permanecía indemne, no sólo por el temor que inspiraba a los calumniadores, sino también porque el singular movimientó observaba una cierta ley económica y no exigía más víctimas que aquellas que estorbaban su camino.

Por otro lado, había que reconocer que no faltaba una cierta conciencia general de que todo aquello no era en realidad mas que una magna broma, aunque algo pesada y grosera ciertamente, pues mientras que las masas no se recataban de presentar a su país ante todo el mundo como devorado y regido por la más abyecta perversidad, la capa subterránea de verdadera abyección, que nunca falta en país alguno, permanecía tranquila, sin que nadie la inquietara, y hasta se permitió que parte de ella subiese a la superficie y acudiese al congreso de la calumnia, ayudando a maltratar a la odiada honradez. El activo grupo calumniador semejaba a aquellas chismosas de pueblo que suponen muy natural que cada uno acepte la responsabilidad de aquello que quiere creer y pretenden que el calumniado no les tome a ellas demasiado a mal la broma.

No era Jocundo de tan regocijado humor. Las amargas circunstancias en que se hallaba le predisponían, aún más que su ingenuo natural, a creer todo lo que se decía. Aunque en su vida comercial

había ya llegado a ser más prudente y desconfiado, el calumnioso movimiento sorprendió por completo su buena fe, y llegó a creer como el Evangelio todas las vergüenzas que le relataban, quedándose sobremanera admirado de que aquellas indignidades pudieran haberse consentido hasta el momento y de la infinita perversidad que podía reinar en una república.

Los seldwylenses, sus conciudadanos, habían saludado desde un principio el revolucionario empeño como el advenimiento de una dorada época. Nada más regocijante para ellos que ridiculizar y anular a tantos graves y aburridos personajes que tan largo tiempo habíanse obstinado en ser mejores que el resto de sus compatriotas. Para hacerles justicia, consignaremos que no sobresalían en la invención de calumniosos horrores; mas, en cambio, eran inagotables en el hallazgo de nuevos motivos de burla y ridículo. Todos los días acudía alguno, y a veces un numeroso grupo, a la capital, con objeto de estar al tanto de lo que sucedía y sumarse al movimiento, cada vez más poderoso y arrollador. Siendo Jocundo la persona que entre ellos gozaba de mayor consideración, le eligieron por jefe, y pudo vérsese por las calles de la ciudad al frente del grupo seldwylense, cuyas alegres carcajadas y continuo visitar cervecerías y tabernas contrastaba con la profunda gravedad de su cabecilla, que, triste y preocupado, tomaba en serio su papel de indignado juez de las descubiertas inmoralidades.

Nunca había aparecido el mundo con tan negro aspecto a los ojos de nuestro ingenuo héroe. Parecía que la dulce primavera había huído para siempre de la tierra, dejándola convertida para él en un abrasado desierto arenoso, monótono y desconsolador, en cuyo horizonte se alzaba vagamente la amada sombra de su perdida Justina. Viendo junto a sí en los clubs y en las públicas reuniones a conocidos agitadores de profesión y a toda una turba de compadres que, surgidos de sus oscuras madrigueras, intentaban sacar el mejor provecho posible de aquel río revuelto, mientras procuraban hacer descender hasta ellos las más elevadas capas sociales, tenía Jocundo que reconocer que aquellos cuyas manos estrechaba y le daban el nombre de compañero no eran ciertamente unos santos varones que luchaban por un ideal. Mas en vez de repugnancia sentía por ellos una profunda compasión, considerándolos como víctimas de una sociedad de cuya injusta perversidad también él creía constituir una prueba. Semejante a la santa reina Isabel, que sentía predilección por los míseros atacados de las más repugnantes enfermedades y llegó hasta dormir en el lecho de un leproso, experimentaba Jocundo una verdadera ternura por sus nada recomendables compañeros y andaba a diario entre gentes a las que antes no hubiera querido tocar ni con pinzas.

Tal compasiva actividad comenzó el buen Jocundo a ejercitarla cuando el movimiento popular había ya salido del torbellino inicial y el pueblo se

dirigía con firme paso hacia sus fines, tratando de fijar sobre sólida base sus nuevos derechos y abandonando a sus agentes provocadores como se arrojan a los vertederos en las fábricas las oscuras y a veces sucias materias de las que se han extraído brillantes colores o aromáticos perfumes. Mas el ingenuo seldwylense tardó en advertir, que en unión de su grupo de perdidos, iba quedando al margen de la corriente popular, y cuando se dió cuenta de ello se sintió invadido por una inmensa compasión por los infelices profetas que de nuevo habían sido engañados y chasqueados. De nada sirvió que los más prudentes de sus conciudadanos le advirtieran que ya había pasado la moda de los calumniadores, enemigos de la honra ajena, y que dedicándose ya el pueblo a lo puramente político y legal, no debía seguir comprometiéndose con aquella cáfila de bribones. Tratábase ahora de constituir de nuevo el Estado y renovar las instituciones de manera que ofrecieran todas las garantías posibles de honradez, empresa en la que sobaban los revoltosos difamadores. Pero Jocundo no atendió estos amistosos consejos y siguió prestando oídos a los que creía desdichadas víctimas de una nueva reacción.

Para dar pública muestra de la valerosa protección que cuando todo el mundo los rechazaba seguía él ejerciendo sobre aquellos parias, convidó a comer en una hostería a lo más florido de su grupo y los trató con largueza tal que sólo con ver la mesa surgió entre ellos el más regocijado buen humor.

Enredadores leguleyos, pequeños empleados infieles y separados del servicio, agentes de toda clase de sucios negocios, ociosos comerciantes declarados en quiebra, y holgazanes de todo género, tomaron asiento a la mesa, presididos por Jocundo, y comenzaron a alborotar y cantar, llenos de júbilo, como si celebrasen el advenimiento de su reinado. Pero cuanto mayor iba haciéndose su alegría más serio iba poniéndose Jocundo, en cuyo triste rostro no aparecía la más ligera sonrisa. Entregado a sus recuerdos, pensaba en los pasados días en que también él se sentía alegre y gozaba inocentemente de la vida. Mediada la comida comenzó el vino a desatar las lenguas y a privar de reflexión a los convidados, que empezaron a relatar sus vidas y hazañas y a lamentarse de las injusticias que habían padecido. Mas, en medio de tales relatos, no tardó en surgir la protesta de uno contra algún punto de la historia de otro; un tercero apoyó a grandes voces lo que el primero afirmaba, y varios otros se mezclaron en la discusión bajo pretexto de explicar algún punto obscuro o rebatir las contradicciones, estableciéndose así un ensordecedor barullo en el que se cruzaban recíprocos reproches y acusaciones. Un espectador imparcial hubiera podido darse cuenta en el acto de que lo que allí se ventilaba constituía un extenso y embrollado tejido de bajas hazañas nada gloriosas de aquellos bribones. Pero de tal manera se cruzaban y entretrejían las acusaciones, réplicas y contrarréplicas que, a haberse podido dibujar un grá-

fico de aquel barullo, traduciendo en líneas los sonidos, hubiera resultado un bellissimo encaje de Bruselas o una complicada filigrana genovesa: tan maravillosas y diversas son las obras de Dios.

Jocundo se esforzó, por cariñosa curiosidad primero y lleno de asombro después, en comprender y desembrollar aquel laberíntico tejido, y conforme iba advirtiendo que nuevamente había sido víctima de su inagotable buena fe fué adquiriendo su rostro una más melancólica gravedad. Cuando la peligrosa discusión se hizo más estruendosa y amenazadora y varios de los comensales pasaron de las palabras a los hechos, agarrándose del cuello o tirándose de las barbas, mandó el anfitrión, para apaciguarlos, cubrir de nuevo la mesa con toda clase de fiambres y ensaladas diversas, en cuya composición entraban materiales poco delicados, pero apetitosos, tales como judías, patatas, zanahorias, arenques, patas de buey y queso de oveja. Apenas vieron los combatientes aquellos nuevos manjares calmaron sus belicosos ímpetus y se estableció un profundo silencio, que nadie interrumpió hasta dejar vacías las fuentes, operación a la que siguió una reconciliación general, lamentando todos el haberse atacado antes, cuando tan necesario era que siempre reinase entre ellos la más completa y fraternal cordialidad.

Mejor que disputar, convinieron luego que sería traer a juicio a algún otro enemigo y opresor del pueblo, organizando una nueva y divertida cacería. Todavía quedaban algunos que se habían sal-

vado de la quema y se mantenían aún escondidos o comenzaban a salir de su encierro con aire jactancioso, pensando que la tormenta tocaba ya a su fin. Pero todavía era tiempo de que el huracán los tumbara renovando el sobresalto y la agitación.

Aprobada por aclamación tal propuesta, se pasó a designar las víctimas que habían de ser despojadas de su honra y su felicidad, no tardando en surgir dos o tres nombres de personas que se habían interpuesto alguna vez en el camino de cualquiera de aquellos bribones y eran desde entonces objeto de su odio y su rencor. Mas al comenzar a discutir la forma en que había de iniciarse el ataque y cuáles debilidades o defectos habían de servir de punto de partida vaciló la reunión largo rato, sea porque el abuso que de su inventiva habían hecho en los últimos tiempos hubiera acabado por agotarla, sea porque la imaginación de los comensales se hallase embotada por la copiosa comida. Así, pues, tras de algunos vanos esfuerzos, convinieron en que nada conseguirían si no llamaban en su auxilio a *la Aceitera*.

Jocundo, cada vez más atento a lo que allí se hablaba, preguntó qué o quién era aquella *Aceitera*, siéndole explicado que se trataba de una anciana a la que se daba aquel nombre por analogía con la bíblica viuda en cuyo cantarito jamás se agotaba el untuoso líquido, pues tampoco a la buena mujer faltaba jamás el buen consejo o la perversa maledicencia. Cuando ya se creía imposible imputar nada más a una persona, siempre

hallaba aquella mujer una gotita de aceite con que mancharla, y se las arreglaba muy bien para difundir en pocos días por toda la comarca un chisme o un calumnioso rumoreo.

Jocundo se ofreció a tomar a su cargo la misión que cerca de la vieja del aceite había de llevarse a cabo, y fué encargado de ella por unanimidad. Hízose comunicar los nombres de las personas que habían de ser expuestas en la picota, gente honrada que hasta entonces no había dado qué hablar, y para no olvidarlos los inscribió cuidadosamente en su libro de notas.

Hecho esto, hizo traer más vino con objeto de seguir haciendo charlar a sus compañeros, y, exhalando un hondo suspiro, se recostó en su silla dispuesto a escuchar las curiosas enormidades que fuesen surgiendo.

Mas los convidados se habían cansado ya de su grave labor maldiciente y comenzaron a entonar con roncadas voces los primeros versos de todas las canciones conocidas.

El salón que los hospedaba era bastante amplio, aunque bajo de techo y obscuro, y se hallaba singularmente decorado, pues el dueño de la hostería había cubierto los muros con un viejo tapiz desechado en una casa señorial.

Extendíase este tapiz sobre los cuatro muros de la habitación y representaba en total un gran paisaje suizo con sus altas montañas, lagos y cascadas. Mas como el salón en el que primitivamente se había hallado era mitad más alto que el de la

hostería, cada uno de sus cuatro lienzos revestía, a más del muro correspondiente, una parte del techo, de manera que las ingentes cumbres en él representadas, que eran la Jungfrau, el Monje, el Eiger, el Wetterhorn, el Schreckhorn y el Finsterarhorn, se doblaban hacia su mitad, juntando en el centro del bajo techo sus nevadas cimas, ennegrecidas ya por el humo del tabaco y de las lámparas. En cambio, sobre las paredes se extendían las verdes praderas alpinas sembradas de rojas y blancas vacas, y más abajo aparecían relucientes lagos surcados por empavesados vapores. Sobre las orillas se alzaban animadas hosterías, en cuyas terrazas merendaban tranquilamente apuestos caballeros que lucían azules fraques y bellas damas tocadas con altos sombreros a la moda de hacía veinte años. Veíase asimismo en el tapiz varias filas de soldados con pantalones blancos y elegantes chacós. En una de estas filas, que se extendía horizontalmente por todo un lienzo de pared, un defecto de la impresión del tapiz había dado el resultado de que la colorada mejilla izquierda de cada soldado quedase fuera de su sitio, cosa que el coronel que los mandaba parecía advertir con notorio desagrado, pues se pintaba en su rostro un malhumorado gesto y extendía su brazo hacia la serie de pequeños y sonrosados discos que se separaban de las caras a que hubieran debido corresponder, como la sombra de la Tierra se separa de la faz lunar a la terminación de un eclipse.

A la altura de un hombre sentado corría por

todo el tapiz una oscura mancha, producida por el frote de las grasientas cabezas de los habituales de la hostería.

De repente, uno de los convidados de Jocundo, conocido por el remoquete de *el Idealista*, descubrió el descrito tapiz, en cuyas pinturas nadie había antes parado mientes, y se inspiró en él para pronunciar un fogoso brindis ensalzando las bellezas de la querida patria helvética, que representada en los muros de aquel salón parecía querer rodear más estrechamente a los honrados ciudadanos allí reunidos, recordándoles su deber de velar por su mayor prosperidad y grandeza. Y como aquellos desdichados, pobres de espíritu y de felicidad, sentían aún latir en su corazón el amor a su patria, aplaudieron con entusiasmo el brindis y comenzaron a entonar patrióticos cantos. Sólo algunos empedernidos bribones permanecieron inmovibles y se dedicaron a arrojar las tripas de los arenques que estaban comiendo, de manera que quedasen colgando sobre sus cabezas, pegadas a las nevadas cumbres que decoraban la parte superior del tapiz.

Molestó a los demás esta grosera conducta, y *el Idealista* les afeó su ordinariez, diciéndoles que no era de hombres dignos ensuciar así las puras cimas patrias. Replicaron los aludidos, y volvió a estallar la disputa con grandes voces y descompuestos ademanes.

Jocundo apoyó sus brazos en la mesa y, sepultando entre ellos su rostro, suspiró hondamente.

En medio del general barullo surgió de repente la atiplada voz de uno de los comensales, que había sido gaitero de la municipalidad, intentando, sin conseguirlo, entonar aquel mismo *lied* con que Jocundo había hecho resonar el bosque en su camino hacia el certamen musical. Por fin acudió a su memoria la última estrofa, y la entonó con desagradable voz chillona, haciendo recordar a Jocundo el bello día feliz en el que por primera vez había visto a Justina. Presa de angustiosa amargura hundió el joven su rostro entre sus brazos, reteniendo con gran esfuerzo sus lágrimas.

Mientras todo esto sucedía, también Justina añoraba con tristeza los días felices que junto a su marido había pasado, y habría acudido en su busca para reparar la injusticia que con él había cometido si las inesperadas circunstancias no se lo hubieran impedido siempre. El primer obstáculo fué la agregación de Jocundo al movimiento popular y su estrecho trato con el grupo más despreciable y revoltoso, pues la familia Glor se hallaba del lado contrario y miraba con extrema repugnancia la singular revolución.

Imposibilitada así Justina para llevar a cabo sus propósitos de reconciliación, se entregó con más celo que nunca, para distraer sus pensamientos y ocupar su espíritu, a la obra religiosa que el párroco dirigía, y que comenzaba a extender su actividad a las cosas mundanas. Nombrada presi-

denta de innumerables comités y asociaciones, se pasaba el día en la calle, de casa en casa, de escuela en escuela y de sesión en sesión, hasta tal punto que tuvo que encargarse a su zapatero botas más fuertes de las que solía usar y que fueran capaces de soportar sin destrozarse en seguida aquel continuo trajín. En todas las ceremonias y reuniones, conferencias y festivales se la veía sentada en los primeros bancos; mas nada de ello lograba apaciguar su conturbado ánimo ni hacer volver la sonrisa a su pálido rostro. Su inquietud la hizo ingresar de nuevo en una sociedad musical que había abandonado hacía muchos años, y cantaba en los conciertos con agradable voz y grave continente, pero sin que ello le produjese la menor alegría. Un médico que la oyó un día dijo que el melodioso y vibrante sonido de su voz hacía sospechar que comenzase a padecer una enfermedad del pecho.

Todos los que la rodeaban sentían muy bien cuál era el remedio que curaría su tristeza; mas no supieron al principio ayudarla, y al poco tiempo hicieron las circunstancias que fueran ellos los necesitados de auxilio y consejo. Una fulminante crisis económica que surgió allende el océano sembró el pánico en todo el mundo comercial e hizo retemblar la casa de los Glor con súbito empuje, dejándola casi arruinada a pesar de su fortaleza. En rápida sucesión, fueron llegando las más desastrosas noticias al hogar de Justina, haciendo conocer a su padre y a sus hermanos, tan orgullo-

sos del bienestar y poderío conquistados, las noches de insomnio y los largos días de ansiedad. Grandes partidas de mercancía descargadas ya en los puertos transoceánicos habían perdido todo su valor y los nuevos encargos fueron retirados en masa. De hora en hora fué desapareciendo la fortuna amasada en largos años de prosperidad, vendiéndose con pérdidas las productivas acciones en que estaba empleada. No les quedó, por último, mas que la finca en la que se alzaban sus casas y algunas tierras pertenecientes al antiguo patrimonio familiar. Pero aun esto tenía que ser sacrificado para hacer frente a los compromisos adquiridos a última hora, pues la crisis les sorprendió en un momento en que el mercado parecía seguro y floreciente.

Pálidos y entristecidos pasaban los Glor día y noche entregados a sus cálculos y balances, mientras parecía interrumpida la vida familiar. Los criados ejecutaban sus labores sin que nadie les dirigiese y preparaban a su gusto las comidas, pues ninguno de la casa se enteraba siquiera de lo que le servían cuando se acordaba de sentarse a la mesa. Los relojes se pararon faltos de cuerda, y cuando después de largos días había alguien que quería echarlos a andar de nuevo tenía que ir de uno a otro poniéndolos en hora, como el que para alumbrarse en las tinieblas va encendiendo una en otra las luces de su hogar. Unos gatitos recién nacidos que hasta el día de la catástrofe habían constituido la diversión de todos los de la casa fueron

totalmente olvidados, y cuando los ánimos se serenaron un poco y alguien preguntó por ellos se maravillaron todos de verlos de repente ya crecidos. Establecido el balance de las pérdidas reunió el padre a sus familiares y les comunicó que una vez pagadas todas las deudas y liquidados todos los compromisos, salvando así el honor de la casa, quedaban totalmente arruinados y tendrían que ponerse a trabajar para ganar el cotidiano sustento. Ante lo angustioso de la situación, que no creyó tan apremiante, perdió la señora de Glor toda su proverbial entereza de genuina mujer suiza, y, sintiendo flaquear sus piernas, se desplomó abrumada en un sillón, sin saber qué decir.

Justina, en cambio, lleno su corazón de terror ante la perspectiva de la pobreza, pensó en el acto en ayudar con su propio trabajo, y declaró que quería sacar partido de sus conocimientos colocándose en cualquier parte y contribuyendo con su sueldo al sostenimiento de la casa. Con febril imaginación hizo y propuso en un momento mil aventurados planes.

Mas la madre, que entretanto había recobrado su serenidad, declaró que reclamaba como bienes gananciales una buena parte del dinero que había de ser dedicado a saldar las deudas, y que siendo legal su reclamación, no tendrían los acreedores más remedio que avenirse a un acuerdo, salvándose así una considerable suma, suficiente para atender a los gastos de la casa y servir de base a nuevas empresas.

Con sombrío, pero firme acento, rechazaron los hombres esta proposición: antes preferían arruinarse por completo y emigrar a lejanas tierras en las que, trabajando día y noche, pudieran conquistar de nuevo la fortuna.

Pero la madre había recobrado ya por completo su energía y su elocuencia. Persistió en su proyecto y adujo varios ejemplos de familias que por tal medio habían hecho frente a la tormenta y una vez asegurado el porvenir habían cumplido con los compromisos aplazados, no padeciendo con ello su honra en lo más mínimo.

A todo esto la ruina de la casa Glor no se había aún hecho pública. Los numerosos obreros que para ella trabajaban seguían acudiendo a entregar su labor, siendo pagados religiosamente y recibiendo nuevos encargos, pues la decisión de cortar las cuentas y liquidar definitivamente iba aplazándose de un día para otro, mientras que con cada hora que pasaba iban sintiendo los Glor mayor vacilación en llevar a cabo su honrado propósito de saldar todas sus obligaciones para no tener luego que bajar los ojos ante nadie. Estaba, pues, a punto de triunfar la proposición de la madre, la cual se hallaba convencida de que obraba con perfectísimo derecho reclamando lo que le pertenecía como gananciales, cuando bajaron los abuelos desde la casa de labor para oponerse a todo arreglo o componenda que se saliera del estricto cumplimiento de las obligaciones contraídas. Alterado el abuelo por la catástrofe que arruinaba su casa, no

tuvo fuerzas para hablar, y, sentándose en un sillón, cedió la palabra a su mujer.

Colocó ésta sobre la mesa un fajo de amarillentos papeles, y declaró que también ellos querían contribuir a salvar el nombre de la casa, pero a condición de que todas las deudas fueran pagadas y no se intentara burlar los compromisos adquiridos, por medio de combinaciones o arreglos de ningún género. Tan elocuentes y enérgicas fueron sus palabras que su nuera sintió que había perdido su puesto de directora y consejera y se retiró, sollozando, a un extremo del cuarto, junto a la ventana.

La anciana comenzó entonces a reprocharle su debilidad, animándola con firmes y acertados consejos; pero en medio de su perorata echó de ver que el piano y los espejos que formaban parte del lujoso mobiliario de aquella habitación se hallaban cubiertos de polvo, e interrumpiéndose, comenzó a limpiarlos con su pañuelo.

Decidióse, pues, la familia a emprender el más duro y penoso camino, pero también el más honrado. Hipotecada la finca, se dedicó todo el dinero a sostener el negocio, de manera que ninguno de los Glor podía disponer de un solo franco para un capricho o una diversión.

Esta situación hizo que Justina tuviera que abandonar tanto su brillante puesto en la sociedad como su actividad religiosa, encerrándose en su hogar, llena de melancolía y vergüenza. Mas como no era mujer que pudiese soportar la absoluta falta de dinero, se encargó secretamente de

trabajos de aguja para ganar algo con que subvenir a sus gastos particulares, y sin darse cuenta de que al tomar a su cargo aquellas labores, impulsada por el afán de no carecer de dinero para algún capricho, quitaba quizá el pan a pobres viudas o abandonadas huérfanas. Cuanto mayor se iba haciendo la suma que con aquella actividad reunía más se aplicaba y afanaba en su trabajo, atrayéndose con su habilidad nuevos encargos, que otras personas más necesitadas que ella hubieran recibido como una salvación.

Esta incesante ocupación le era tanto más grata cuanto que, distrayendo sus negros pensamientos, le permitía acariciar una leve esperanza de mejores días. Su madre, a la que había revelado aquella secreta actividad, se había opuesto a ella al principio; pero al hallar en las ganancias de Justina el medio de hacer determinados gastos para los que no se atrevía a pedir dinero a su marido ni a sus hijos, entregados todos a un febril trabajo y angustiados aún por la incertidumbre de sus resultados, se dobló sin más protesta a la firme voluntad de su hija.

Mas sucedió que el padre y los hermanos advirtieron por fin el continuo laborar de Justina, y extrañándose de ver desaparecer siempre, una vez concluídos, los infinitos encajes y bordados que de sus hábiles manos salían, acabaron por descubrir el misterio. Si ellos se habían impuesto la privación de aquello que no podía considerarse como absolutamente necesario, habiendo vendido sus

coches, sus caballos y todo lo que significaba un lujo, no querían que se dijera que no eran capaces de proporcionar algunas comodidades a las dos mujeres, y hallaron poco digno que éstas anduvieran en busca de trabajo cuando la casa lo proporcionaba aún a numerosas obreras.

Quedó, por lo tanto, decidido que Justina abandonara sus labores y acudiera sin violencia ninguna a su padre cuando necesitara algún dinero, pues el verla tranquila y satisfecha, dentro de lo que las circunstancias permitían, era para su familia compensación más que suficiente de aquellos menudos gastos extraordinarios. Mas el orgullo de la joven le impedía hacer petición alguna y despertó en ella aquel febril afán de independencia que, a causa de la continua inseguridad en que los hombres mantienen el mundo, padecen todas las mujeres de estos agitados tiempos. De su incesante planear surgió, por último, el proyecto de colocarse de institutriz o maestra en alguna ciudad. Seguramente en la capital lograría un puesto en cualquiera de las numerosas escuelas oficiales. No contribuyó poco a esta idea la esperanza de que en dicho punto tenía más probabilidades de hallar a su esposo que permaneciendo en la casa paterna, en la que ahora se juzgaba a Jocundo con mayor rigor que antes a pesar de saber todos que había conseguido una situación independiente y se hallaba en camino de hacer fortuna.

Apenas tomó tal resolución quiso Justina comenzar a ponerla en práctica, y corrió a casa del

párroco para pedirle consejo y ayuda. Ya de camino cayó en la cuenta de que el elocuente clérigo, antes tan amigo de los suyos, no había aparecido por la casa desde el momento de la catástrofe, advirtiéndole al mismo tiempo que nadie le había tampoco echado de menos ni pensado siquiera en confiarse a él y pedirle consuelo.

Continuando estos pensamientos, quedó sobrecogida al observar que por su parte hacía meses que no pisaba la iglesia que con tanto amor había adornado. Tan grande fué su confusión al darse cuenta de ello, que detuvo sus pasos e intentó darse a sí misma la razón de aquella conducta; mas siéndole imposible hallar explicación ninguna, reanudó su marcha con mayor premura que antes, como si fuese en busca de la solución deseada.

En el jardín de la casa parroquial encontró a la mujer del eclesiástico, persona de la que nadie había nunca hecho gran caso por su insignificancia, y que en aquel momento se hallaba dedicada a hacer un ramito de perejil. Saludóla Justina y oyó de sus labios que el párroco, que había regresado momentos antes, de prestar sus auxilios a un moribundo, se había retirado a su cuarto sintiéndose indispuerto. Pero, no obstante—añadió la buena mujer—, podía Justina entrar a verle, pues seguramente le alegraría su visita. Subió pues, la visitante y, como antes tenía por costumbre, entró directamente al despacho.

Pálido y fatigado hallábase el párroco en su sillón ante la mesa, con el rostro escondido entre

las manos. Al levantarse y volverse hacia Justina quedó ésta sorprendida de su demacración y su doliente aspecto.

—Ya ve usted—le dijo el clérigo, después de saludarla—que no me encuentro nada bien, y esto le explicaré que haya dejado pasar tanto tiempo sin ir a visitarles. Pero estoy realmente enfermo y, aunque usted no lo haya podido siquiera sospechar, mi enfermedad tiene el mismo origen que los cuidados y preocupaciones que a usted y a los suyos aquejan.

Maravillada Justina, demandó una explicación de aquellas palabras, y el párroco prosiguió como sigue:

—He querido hacerme rico, y para conseguirlo espíe lo que en su casa de usted se hablaba, hasta averiguar de qué manera colocaban ustedes las ganancias que su negocio les producía; tomé nota de los valores que se esperaba produjeran mayor rendimiento y realicé secretamente, con la pequeña fortuna de mi mujer, aquellas mismas operaciones que en su casa sorprendía. De este modo, cuando supe la ruina de la casa Glor deducí, sin más averiguaciones, que también yo había perdido, por mi torpe ambición, la fortuna de mi esposa y con ella la herencia de mis hijos. Mi mujer no lo sabe aún, pues tengo que ocultar mi pecado a los ojos de todo el mundo si no quiero deshonar mi puesto eclesiástico. Mas al verla entrar a usted tan inopinadamente me he sentido impulsado a confesárselo todo sinceramente.

Justina quedó sobrecogida; aquella nueva pérdida la llenó de enfado e indignación, haciéndole exclamar bruscamente:

—¿Pero qué necesidad tenía usted de meterse en especulaciones de que nada entiende, poseyendo un cargo bien retribuído?

—Antes dije—repuso el párroco, con tristeza— que no debía deshonrar mi puesto religioso con la pública confesión de mi pecado. Añadiré ahora que en realidad no pertenezco ya a la Iglesia, pues ha tiempo que mi espíritu se retiró de ella, siendo ésta la razón de que quisiera hacerme rico para poder vivir independiente. Desde aquella desdichada tarde en que disputé con su marido de usted llevo clavada en el corazón una espina que en vano he tratado de arrancarme. Vi entonces que Jocundo, a pesar de su torpeza para la vida activa y de su mala suerte, poseía un claro sentido religioso, y no pude por menos de reflexionar sobre la parte moral de mi propia conducta, hallando que desde hacía mucho tiempo no vivía yo religiosamente ni podía considerarme como un sacerdote.

»Tuve que confesarme que en cuanto me hallaba a solas y frente a mi propia conciencia no sentía la menor inclinación a pensar en aquel Crucificado en cuyo nombre ejercía yo el ministerio que me proporcionaba el sustento, y que todo mi corazón y todos mis sentidos se hallaban fijos únicamente en los placeres de la vida terrenal o, si usted quiere, también en sus dolores y cuidados; pero de

todos modos sin la más leve sombra de devoción personal ni el menor temor de Aquel al que fría-mente, como cumpliendo un mecánico deber profesional, anunciaba como Redentor de los hombres. Cuando fuera de las funciones de mi ministerio acudía a mi pensamiento la imagen de Cristo, tan glorificado por mí públicamente, el sentimiento que en mí surgía era el que en un poderoso señor despierta la presencia de un pobre diablo al que ha tomado bajo su protección y al que puede decir con magnánima sonrisa: «Ya ves todo el trabajo que por ti me tomo».

»Vi, por último, que sin advertirlo me había convertido en un vanidoso charlatán, ansioso del público aplauso. Abandonado por el divino auxilio, no me era posible penetrar en el espíritu de mis feligreses ni ejercer sobre ellos la menor influencia. La insinceridad y doble sentido de mis palabras me ponían en condiciones de inferioridad enfrente de cualquier persona de buena fe, aun del más inocente niño.

»Comencé entonces a avergonzarme del irreflexivo éxito que mis pláticas alcanzaban; pero las exigencias de mi ministerio no me permitían tampoco disponer del reposo necesario para ordenar mis agitados pensamientos e ir imprimiendo un nuevo carácter a mi actividad religiosa; así es que decidí abandonar en absoluto mi carrera y colgar de un clavo mis hábitos de reformador.

»Pero hasta esto se me ha hecho ahora imposible, pues por querer alcanzar una fortuna que me hi-

ciera independiente he perdido todo medio de fundar con alguna consistencia otra actividad que me diera para vivir modestamente.»

Calló el párroco, dejando a Justina como petrificada. Había venido en busca de consejo y apoyo y no sólo veía desaparecer el auxilio esperado, sino que sintió hundirse toda una parte de su vida espiritual, pues, como si un fulgurante relámpago iluminara su inteligencia, vió claramente el verdadero sentido de todo lo pasado y comprendió por qué no había acudido a su esplendorosa iglesia buscando consuelo a sus penas. Un amargo dolor invadió todo su ser, pero fué superado en seguida por la compasión que le inspiró el párroco echándose a llorar mientras exclamaba:

—Por último, hoy he sufrido la mayor amargura de mi vida: ¡he sido apartado del lecho de un moribundo! Desde hace días lucha con la muerte una vigorosa anciana cuyo consolador pensamiento es el de volver hallar en la otra vida a todos sus hijos, especialmente al mayor, muerto de miseria hace ya años. Distráido con mis propios cuidados, acudí a su cabecera y comencé a rezar la oración de los agonizantes que yo mismo he compuesto, y que, como usted sabe, posee un sentido algo panteísta. Mas la enferma, interrumpiéndome, me dirigió algunas preguntas sobre la seguridad de la vida eterna, y tan vacías y vacilantes fueron mis respuestas que la moribunda me volvió la espalda. Viendo esto, se acercaron los circunstantes, y, ayudados por el médico, trataron de substituirme en

mi consolador ministerio, después de hacerme apartar de la cabecera del lecho.

Hizo el párroco este relato con voz entrecortada, y al terminarlo rompió a llorar, cubriéndose el rostro con las manos. Aparte de sus dolorosas preocupaciones contribuía no poco a tal amargura el hecho de que nadie oye sin profundo disgusto que se le tacha de no saber ejercer su profesión conforme a todas las reglas del arte, aunque no tenga amor ni afición alguna al ministerio que desempeña.

En la espantada Justina causó esta escena igual impresión que si viera desplomarse sobre ella una alta montaña. Viendo al párroco perder toda confianza en sí mismo y huir del templo, sentía vacilar y venirse a tierra algo que ella creía eterno e inmovible. Se daba cuenta de la infinita importancia que aquel derrumbamiento tenía en su caso particular; pero, no sospechando siquiera que aquella misma desilusión tenía lugar ya en muchos otros corazones, no llegaba a comprender su general significación.

Llena de confusión abandonó la casa parroquial sin exponer al párroco lo que allí la había traído, ni siquiera tratar de dirigirle algunas palabras de consuelo. Luego, en el camino hacia su casa, reflexionó más serenamente sobre las manifestaciones del párroco, y ligándolas con aisladas palabras y sucesos anteriores comenzó a sentir todo el peso del aislamiento en que quedaba. Veía claramente ahora que se hallaba fuera de toda Iglesia, y falta

de aquel apoyo acostumbrado se sentía perdida como un infeliz pajarillo que rendido en su vuelo sobre el mar ve alejarse a sus compañeros de emigración. Abandonada por su marido, arruinada y separada de toda comunidad religiosa, le parecía haber caído en una situación humillante y casi deshonrosa.

A pesar de lo puramente exterior que había sido su religiosidad, parecíalo constituir su pérdida lo que encerraba en sí todas sus demás desgracias y colmaba ya la medida. Ella, que nunca había querido aceptar las ideas religiosas de su marido, no reconociéndole autoridad espiritual ninguna, creía ahora sin vacilar lo que el párroco le había dicho en la última entrevista, de que nada verdadero se encerraba en el tabernáculo.

Llegada a su casa, cogió una labor cualquiera y se sentó junto a la puerta del jardín que salía a la carretera, como para demostrar que aun se hallaba allí y que no tenía que temer a nadie. Mas a nadie habló, ni siquiera levantó sus ojos, mientras sus pálidos labios contaban mecánicamente los puntos de la labor.

Se acercaba la noche; sobre el lago silencioso y brillante resbalaban los barcos, y la carretera se llenaba de gente que volvía de su trabajo. Mas Justina no levantó sus ojos hasta que una viejecita que venía andando trabajosamente se detuvo ante ella para tomar aliento y reposar unos instantes. Se tocaba la anciana con un ancho sombrero de paja y vestía un burdo traje encarnado, cuya corta

falda dejaba ver sus pies calzados con gruesas medias de lana y fuertes botas. Sobre la encorvada espalda llevaba un saco de blanco lienzo y en la mano un nudoso bastón. Todo su aspecto revelaba que venía en piadosa peregrinación desde una lejana comarca hacia un famoso santuario que se alzaba en lo alto de la montaña, a pocas horas de allí.

Viendo Justina que la pobre mujer apenas si podía tenerse en pie, la invitó a sentarse en su banco.

—Con mucho gusto, bella señora—respondió la anciana.

Y tomando asiento junto a Justina sacó del zurrón un pedazo de pan y se dispuso a reparar sus fuerzas, mientras dirigía una mirada en derredor buscando una fuente que le ofreciera un trago de agua fresca. Comprendiéndolo Justina, trajo de la casa un vaso de excelente vino añejo, que la viejecita aceptó agradecida.

—¿Por qué a sus años va usted sola y a pie por la polvorienta carretera, mientras que todos los demás peregrinos se dirigen cómodamente al santuario en barco o en ferrocarril?—le preguntó Justina.

—Es que con eso no haría mérito ni sacrificio ninguno para alcanzar el perdón de mis pecados—respondió la anciana—. Los demás peregrinos hacen un viaje de placer, y lo único que puede servirles para bien de su alma son las oraciones que recen en el santuario. Yo, en cambio, caminando con mis viejas piernas hacia la bienaventurada

Virgen María, Madre de nuestro Redentor, no la encuentro sólo cuando llego ante su altar, sino que me acompaña en todo mi camino y me auxilia cuando voy a caer, como lo haría una buena hija con su anciana madre. Ahora mismo es Ella la que por vuestra blanca mano me ha ofrecido reposo y bebida que me diesen fuerzas para continuar mi camino. ¡Si supieseis cuán dulce y amorosa es! ¡Y qué poder y sabiduría posee! Para todo tiene consejo y todo lo puede.

Mientras entonaba estas alabanzas daba la anciana vueltas a su rosario entre sus dedos. Justina, poseída de súbita curiosidad, pidió le explicara la manera de usarlo, cosa que la otra hizo gustosa en el acto. Con el rosario en su mano permaneció Justina pensativa durante unos instantes. Luego movió lentamente la cabeza, como contestando negativamente a una pregunta que en su interior hubiese formulado, y devolvió el rosario sin pronunciar palabra.

Deseandó hacer todavía una hora de camino antes de buscar albergue en que pasar la noche, dió la viejecita por terminado su descanso, y después de expresar a Justina su agradecimiento y prometerle que, lo deseara o no, rezaría por ella en el santuario, término de su peregrinación, reanudó su marcha, entre las sombras del crepúsculo, tan tranquila y confiada como si anduviese por la cocina de su casa.

Justina siguió con los ojos la vacilante figura de la viejecita hasta que se perdió en la azul penum-

bra del atardecer. Luego, llevada por un pensamiento en que lucía quizá una esperanza, exclamó en alta voz:

—¡Católica!

Y tornó a caer en un profundo ensimismamiento, volviendo después a menear negativamente la cabeza.

Mas su femenino espíritu, necesitado de un apoyo, siguió buscando sin tregua ni reposo. Pretextando hallarse indispuesta se acostó sin cenar; mas no consiguió conciliar el sueño en toda la noche. Durante el largo insomnio acudió a su imaginación el recuerdo de una humilde familia de obreros que tenía fama de ser singularmente piadosa y que viviendo en la mayor estrechez gozaba de completa paz espiritual. Tratábase de una pobre viuda con una hija. Hablando de ellas en una ocasión había dicho el párroco que, a pesar de pertenecer a una secta ignorante y algo simple, podían dar una idea de lo que habían sido los primeros cristianos. Ambas mujeres habían vivido al principio en Schwanau, y la hija había trabajado en la fábrica de los Glor. Justina, en la que hubieron de despertar cierta simpatía, tuvo más de una vez la idea de convertirlas y ganarlas para su razonable y bien organizada Iglesia, pero siempre desistió de ello, sin saber por qué, en el momento de comenzar a ponerlo en práctica. Posteriormente habían salido madre e hija de Schwanau, yéndose a vivir a las cercanías de la capital, y allí decidió ahora ir Justina para averiguar el secreto

de su fe y su paz espiritual, intentando, si ello era posible, entrar a participar de su apacible felicidad. No queriendo dilatar ni un momento su proyecto, resolvió llevarlo a cabo al mismo día siguiente.

CAPITULO IV

Llegada la mañana, prometedora de un hermoso día, levantóse Justina y se preparó para emprender la marcha. Aunque el lugar a donde se dirigía distaba más de tres horas de su casa, decidió hacer el camino a pie, en signo de humildad e instigada sin duda por el ejemplo de la anciana peregrina. Además, yendo a pie estaba segura de gozar de completa soledad sin que nadie pudiera perturbar su meditación. Calzóse, pues, unas fuertes botas, las mismas que se había mandado hacer cuando su febril actividad religiosa la obligó a andar callejeando todo el día, y tomó un cesto en el que guardó varios presentes destinados a los buenos cristianos primitivos a los que iba a demandar consejo: una cazuela de natillas, un redondo pan de centeno y un paquetito de rapé, pues sabía que la madre, a pesar de su desprecio de los bienes terrenales, sorbía con delicia el aromático polvillo cuando buenamente podía obtenerlo. Para la hija llevó además un par de buenas medias de lana. Cargada con su cesto emprendió la marcha, llevando en lugar del clásico bastón de peregrino una linda sombrilla que la preservase del ardiente sol.

Por el camino fué recordando todo lo que sabía de aquellas a quienes iba a pedir consejo, y cada vez hallaba más acertada su decisión de acudir a ellas.

Ursula, la madre, había sido en su juventud criada de servir y había vivido honradamente con su modesto salario. Mas por aquella época, y como ella decía ahora al relatar sus recuerdos, sentía afición hacia las cosas terrenales, y, conquistada por el bondadoso e ingenuo corazón de un joven, hijo de acomodados labradores, se rindió a sus amorosas palabras, formando con él una pareja tan pobre y abandonada como los animalitos campesinos, pues su enamorado fué arrojado de la casa paterna y quedó reducido a sus propios medios. De este modo fueron subsistiendo con el mísero jornal que en diversos trabajos podían ir ganando, más solitarios y abandonados en su choza que todos los Robinsones en sus desiertas islas. Viviendo en una comarca fecunda, rica, cristiana y benigna, su sencilla bondad y su tolerante paciencia atraían sobre ellos, como el imán al acero, toda la dureza de corazón de los hombres que los rodeaban. Todo lo que de orgullosa incompreensión se daba en la comarca venía a caer reunido sobre la pobre pareja, a la que nadie se atrevía a ayudar y de la que, además, reían y se burlaban.

Mas, como se verá por lo que sigue, esta situación no hizo perder a Ursula su afición a los placeres terrenos. Un día cazó un grueso gato de unos labradores, que acertó a pasar cerca de su choza,

y después de desollarlo limpiamente lo puso a cocer, pensando aplacar con aquel extraño guiso el hambre que la atormentaba. Pero fué descubierto el gaticidio, y la multa que a su autora fué impuesta se llevó los jornales que en un mes había ganado el marido trabajando en la construcción de una carretera. De este modo, cuando el pobre hombre cobró los jornales del mes siguiente se apresuró, siguiendo con ingenua simplicidad el consejo de sus compañeros, a gastarse parte de ellos en emborracharse antes de que otra circunstancia cualquiera le dejara sin dinero. Mas en el mismo día murió sepultado bajo un desprendimiento de tierras, del que sus vacilantes piernas no le consintieron huir a tiempo. Con esto acabó para Ursula la época de pecado y de los placeres terrenales.

Por aquellos días aparecieron en la comarca unos pobres predicadores innominados que buscaban adeptos entre las clases populares y bautizaban a aquellos a quienes convertían. Predicaban el puro cristianismo primitivo tal y como a su juicio podía hallarse directamente y sin necesidad de erudición alguna en la misma Biblia, siempre que se interpretara en sentido literal cada una de sus palabras y precisamento en la traducción alemana, que era la única que entendían y manejaban. Lo principal de su enseñanza era que a cada hora y en todo lugar debía ser vivida una nueva vida santificada y verdadera, y que los creyentes debían formar una comunidad ligada por los lazos del amor

y del mutuo auxilio para prepararse a la hora del Juicio final, que no había de tardar en presentarse.

Estos misioneros reunieron en derredor de ellos un numeroso grupo de adeptos formado por humildes almas necesitadas de auxilio, ignorantes tocados de santurronería, simples vanidosos que querían distinguirse a toda costa de sus convecinos, individuos bondadosos llenos de amor al prójimo, y, por último, desdichados acudidos en busca de un consuelo que en otras partes les había sido negado. Algunos de ellos, si hubiesen sido católicos, habrían sencillamente ingresado en un convento. Otros, si sus medios de vida se lo hubiesen permitido, se habrían hecho masones. Otros, en fin, si hubieran tenido dinero y cultura, se habrían agregado a cualquier sociedad científica, literaria o musical para elevarse sobre el nivel de la vida vulgar. Todo esto lo substituía para ellos la creyente comunidad, en la que hallaban no sólo la santidad y la vida eterna, sino también suficiente entretenimiento en continuos discursos, lecciones, discusiones, rezos y cánticos.

Mas sucedía que no eran nada estimados ni queridos en la comarca, sino que todo el mundo, la Iglesia, los librepensadores, los ortodoxos, los piadosos aristócratas, el pueblo y las autoridades, los perseguían y hacían de ellos chacota. Se prohibían sus reuniones, y la intolerancia de que pronto dieron claras señales fué también ejercida ampliamente en contra de ellos.

En el lugar donde habitaba la infeliz viuda era

perseguida la nueva secta con especial rigor, estándoles prohibido a sus adeptos reunirse dentro de los límites del territorio municipal. Tuvieron, pues, que acogerse para celebrar su servicio divino a lo más hondo de una salvaje espesura, junto a las ruinas de un antiguo castillo, sitio que era conocido con el nombre de la Cocina del Diablo. Haciendo caso omiso de las nuevas burlas que la elección de este sitio atrajo sobre ellos, pusieron allí su altar, y sus cánticos y rezos resonaron piadosamente entre la espesa maleza.

Ursula oyó un día desde su medio derruída choza el rumor lejano de los devotos cánticos, que parecía venir a través del encalmado ambiente, desde el frontero bosque sobre el que se alzaban doradas nubes. Atraída por el resplandor del cielo y por los dulces sonidos de los rezos cogió en brazos a su hija Agata, que a la sazón tenía dos años, y echó camino adelante hasta topar con la fervorosa reunión. Sentóse entonces humildemente en un sillar del arruinado castillo, y con la niña sobre su regazo se puso a escuchar lo que los fieles iban diciendo. Uno tras otro hablaron varios predicadores, pobres obreros que además de su actividad religiosa ejercían un humilde oficio cualquiera para ganar el sustento. Sus palabras eran también humildes y sencillas, pues no conocían siquiera la diferencia teológica entre Pedro y Pablo, ni ninguno de los circunstantes sabía tampoco quiénes habían sido a punto fijo aquellos romanos cuyos soldados habían crucificado al Redentor.

Al principio quedó Ursula encubierta por la sombra de un tupido arbusto; pero conforme iba corriendo el sol hacia su ocaso fueron pasando sus rayos a través de las ramas e iluminando la figura de la infeliz viuda con su niña dormida sobre el regazo. Advirtió entonces su presencia el que en aquel mismo instante se hallaba en el uso de la palabra, e interrumpiéndose la invitó a acercarse y tomar asiento en el círculo de los fieles, los cuales volvieron sus ojos hacia la nueva adepta.

Mas Ursula no se movió, permaneciendo tímidamente en su sitio hasta que de un caído tronco de árbol en el que, en sitio preferente y como otros tantos obispos, se hallaban sentadas cinco mujeres, lavanderas de oficio, se levantó una de ellas y, dirigiéndose hacia la neófitá, la tomó de la mano y la condujo hasta el centro del corro.

Acogida de este modo en la comunidad, permaneció dentro de ella con su hija, llegando a ser muy considerada por sus compañeros, aunque permaneciera muy diferente de ellos. Así, sobre la misma tierra crecen muy diversas plantas, obedeciendo cada una a su naturaleza y caracteres peculiares.

Las lavanderas la incorporaron en el acto a su grupo, proporcionándole labor suficiente en las casas de la ciudad, a las cuales acudió a lavar durante cuarenta años, trabajando día y noche hasta agotar sus fuerzas. Durante este tiempo alcanzó la comunidad amplia tolerancia y llegó a un cierto florecimiento. Todos sus miembros llegaron a fundar, merced a su ordenada vida y al recíproco auxi-

lio que se prestaban, un humilde bienestar económico. Sus pastores pudieron abandonar los oficios que antes desempeñaban para ganarse el sustento, y se dedicaron exclusivamente a los asuntos espirituales. De este modo acabaron por adquirir alguna cultura y pudieron presentarse ante sus fieles con un mayor decoro. Las reuniones no se celebraron ya al aire libre, sino en un claro y alegre salón. Por último, comenzó la secta a ejercer cierta influencia y a ser tenida en cuenta en la política religiosa del país.

Mas Ursula y Agata, su hija, permanecieron siempre iguales a sí mismas, perseverando en la ingenua sencillez de la primera época y llegando a ser, sin que se dieran cuenta, ejemplares modelos de piedad y devoción. Agata, débil y enfermiza, se dedicaba a devanar la seda en los talleres de los Glor y vivía con su madre, uniendo su jornal al que Ursula ganaba como lavandera. Mientras ambas pudieron trabajar ganaron lo suficiente para cubrir sus modestas necesidades, ayudar siempre que hacía falta a sus compañeros de religión, y corresponder a todo pequeño servicio o muestra de afecto que de otras personas recibían. Sin proponérselo, dominaban el arte de ser ricas en la pobreza trabajando sin descanso, bastándose a sí mismas y hallándose satisfechas de su vida y su conducta. En lo único que rivalizaban era en las caridades que prodigaban a los necesitados, encontrando, en cambio, innecesario o exagerado todo cuanto, en justa correspondencia o por el afecto

y simpatía que inspiraban, hacían por ellas otras personas.

Fuera de estas pequeñas luchas caritativas vivían en absoluta paz con todo el mundo. Perdonaban toda mortificación en el mismo momento en que les era inferida y nunca respondían en el mismo tono a una palabra áspera o dura, pues su piedad y su dominio de sí mismas les comunicaba aquella noble serenidad que en general sólo el nacimiento y la educación prestan a las personas. Igualmente reprimían sin esfuerzo toda inmodesta curiosidad y maledicencia, mostrándose llenas de tolerancia y piedad con los no creyentes y libertinos, tanto más cuanto que creían saber con seguridad que los mismos no eran sino unos desdichados que corrían ciegos hacia su eterna perdición.

Aceptaban la injusticia sin envanecerse, considerándose mártires de la maldad humana, pero también sin protestas. Los hermanos del difunto marido de Ursula vivían aparentemente en la abundancia y gozaban de la consideración de las gentes, sin que jamás se les hubiera ocurrido entregar a la viuda y a su hija la pequeña herencia que les correspondía, ni siquiera irles satisfaciendo los intereses. Sucedió en realidad que la posición de los cuñados de Ursula no era tan brillante como parecía, y que para conservar el puesto que en la sociedad creía su vanidad haber conquistado necesitaban vigilar el empleo de toda suma y no podían desprenderse de cantidad alguna. Mas no queriendo confesar su penuria pretextaban no reconocer

el derecho de la viuda, a pesar de ser tan claro como la luz. Las dos desheredadas no hubieran tenido mas que pronunciar una sola palabra para obligarlos a darles posesión de lo que las correspondía y hacerles perder la consideración en que se los tenía; pero ni aun los consejos de sus compañeros de confesión fueron bastante para moverlas a dar un tal paso, y permanecieron toda su vida siendo pobres y pacientes acreedores de sus distinguidos parientes, de manera que resultaban ellas las ricas y ellos los míseros.

Con los años y sus achaques comenzó a hacérseles penoso el trabajo, y la enfermiza Agata se esforzaba doble y triplemente para proporcionar algún descanso a su madre. Mas a pesar de todo no perdieron su serena alegría y siguieron prodigando a los demás ayuda y consuelo; sin solicitarlo ellas, en cambio, para sí.

Por este tiempo tuvo lugar la ruina de la casa Glor y comenzaron aquellos días en que mientras se llegaba a una definitiva decisión se seguía dando trabajo y jornal a los obreros, sacrificando las últimas disponibilidades. A pesar de hallarse perfectamente al tanto de lo que sucedía, todos los obreros, incluso los que a la sombra de la fábrica habían hecho una fortunita y poseían su casa y sus tierras, siguieron cobrando sus jornales. Mas para la pobre y enfermiza Agata constituía aquello un cargo de conciencia. Madre e hija convinieron en que con cada jornal que los Glor satisfacían realizaban un sacrificio que ellas no debían

o, en último caso, no querían aceptar, y para que no pareciera que lo rehusaban por una vanidosa jactancia decidieron salir de Schwanau e irse a establecer en cualquier otro lugar de la comarca. Agata abrigaba además el secreto plan de que con este cambio de residencia perdiera su madre las casas a que acudía a lavar y se viese así forzada a abandonar un trabajo que agotaba sus ya escasas fuerzas, pues las grandes coladas, en las que se reunía la ropa de varias casas, duraban tres días, en los que se comenzaba el trabajo a las tres de la madrugada. Confiaba Agata en hallar una fábrica que le diera seda para devanar en su casa, siéndole así posible dedicarse a cuidar a su madre y trabajar por las dos, proporcionándole el bien ganado descanso.

Una fábrica de la capital les ofreció la colocación deseada, y el fabricante les señaló como vivienda una casita situada en las cercanías de sus talleres. Constaba el pequeñísimo edificio de dos únicas habitaciones, siendo preciso pasar por una de ellas, que daba a la carretera, para llegar a la otra, cuyas amplias ventanas se abrían sobre una verde pradera enmarcada por frondosos árboles. Esta última estancia era alegre y soleada; mas la primera, que constituía la entrada de la casa, tenía por toda vista la polvorienta carretera, y cerrada la puerta no recibía más luz que la que entraba por un angosto ventanillo defendido por gruesos barrotes.

En este tenebroso aposento vivía una vieja de

repulsivo aspecto, que hubiera debido desalojarlo al llegar las nuevas inquilinas; mas éstas habían rogado caritativamente al propietario que la consintiese seguir viviendo allí, pues ellas tenían bastante con la habitación que daba al campo. Luego, al poco tiempo de su llegada, la cedieron a la malhumorada vieja, que se quejaba groseramente de su mal alojamiento, y se fueron ellas al obscuro cubil; pero días después volvieron a cambiar, pues su incómoda vecina no se hallaba a gusto sin poder vigilar quién entraba y salía ni curiosear lo que por la carretera pasaba. Volvieron, por lo tanto, las dos pacientes mujeres al alegre cuarto del fondo y volvió la bruja a su antro, en el que se la oía proferir continuos insultos y amenazas y desde el que vigilaba todas las entradas y salidas.

Deseosa de hallar algún pretexto para criticar o difamar a sus vecinas, sometía a todo el que llegaba a un largo interrogatorio, dejando asqueadas a las numerosas personas que acudían a ver a Ursula y a su hija, llevadas por la general simpatía de que éstas gozaban o buscando su apoyo y consuelo espiritual. Mas tal perversa conducta del repugnante vestiglo no hacía mella alguna en la bondad de las dos mujeres, que compartían con ella los pequeños presentes que recibían, a pesar de que la vieja los rechazaba con aspereza cuando creía que habían tardado más de lo justo en ofrecerle su parte o la hallaba pequeña.

Con todo esto no les inspiraba aquella desagradable vecindad temor ninguno y vivían junto a la

horrenda criatura como un piadoso ermitaño al lado de una fiera o de un monstruoso demonio.

Era precisamente esta bruja aquella sibila de la calumnia a la que Jocundo Meyenthal tenía misión de buscar.

Cuando Justina llegó en su peregrinación a la puerta de la casita se hallaba ante ella la bruja limpiando trabajosamente una ennegrecida sartén.

Cuenta la leyenda que en la época en que Atila devastaba el mundo al frente de sus hunos vivía en las proximidades de Augsburgo una repulsiva hechicera que había sido desterrada de la ciudad por su repugnante fealdad. Cuando Atila quiso traspasar el Lech seguido de su innumerable y feroz ejército, para entrar en Augsburgo, salió a su encuentro la bruja, desnuda y montada en un esquelético caballo, y le gritó que volviese grupas en el acto. Asustado todo el ejército por el fatídico aspecto de aquella estantigua, cambió de dirección, quedando salvada la ciudad de ser invadida y saqueada, hecho por el cual obtuvo la hechicera, como presente de los agradecidos ciudadanos, una buena camisa nueva. Pero la bruja vecina de Ursula no había ni siquiera merecido bien de su patria.

También Justina estuvo a punto de volver sobre sus pasos cuando vió ante la puerta a aquel vestigio, en cuya cara angulosa y amarillenta se pintaban la vanidad humillada, la envidia, la venganza y la alegría del mal ajeno.

Apenas la bruja vió acercarse a la bella y esbelta Justina se levantó trabajosamente y, saliendo a

su encuentro, le preguntó a dónde iba y qué venía a hacer allí. Mas la joven penetró resueltamente en la casa sin contestarla, y después de atravesar el oscuro portal se halló de repente en la soleada habitación de las piadosas mujeres, teniendo ante sí la alegre vista de la verde pradera.

—¡Qué bien se está aquí!—exclamó, dejando cesto y sombrero sobre la mesa y sentándose en una modesta butaca. Ursula y Agata, sorprendidas por la inesperada irrupción, mostraron en seguida una cordial y sincera alegría. La madre, víctima de un fuerte ataque de gota, no pudo levantarse de su sillón, pero Agata sí abandonó su silla, deteniendo el rápido girar de la devanadera en la que brillaba la roja seda. Una noble cordialidad iluminó su pálido rostro, y aunque humilde y falta de maestros, hizo los honores a la visitante con una afable distinción natural. Observó Justina que tampoco la hija de Ursula parecía muy firme sobre sus pies, y, en efecto, confesó Agata que comenzaban a dolerle algunas veces y que de cuando en cuando se le hinchaban un poco. Mas todo esto lo declaró riendo y sin que una queja asomase a sus labios, como tampoco había asomado a los de su madre. Luego, cuando Justina les preguntó quién era la desagradable visión que a su paso había salido, le describieron, entre inocentes burlas, la personalidad de la anciana bruja, añadiendo que había que tener paciencia y compadecer a aquella infeliz, que se hallaba poseída por los malos espíritus y seguramente sufría mucho.

Grande fué la sorpresa de las buenas mujeres cuando Justina comenzó a sacar del cesto los modestos presentes que para ellas traía. Las medias destinadas a Agata no podían llegar en un momento más oportuno, pues confesó, al recibirlas, que apenas tenía ya tiempo para fabricárselas por sí misma; tanto más, cuanto que sus ojos se negaban ya a ver claramente por la noche a la tímida luz del velón. La madre, por su parte, se apoderó en seguida del paquetito de rapé y, abriéndolo rápidamente, llenó su pequeña tabaquera de asta, mientras se pintaba en su rostro una tan viva satisfacción que casi extrañaba en persona tan alejada de los terrenos apetitos. Era ésta la única cuestión en la que Agata tenía algo sujeta a su madre, no dejándola abusar de aquel mundano placer tanto como ella hubiera querido, recayendo en los pecados de su juventud. Mas en esta ocasión miró la hija a Justina con cariñosa sonrisa al ver la alegría que Ursula demostraba por el obsequio.

En cuanto salieron del cesto las natillas que Justina traía, llenó Agata un gran plato, y en unión de una buena rebanada de pan se dispuso a llevárselo a su vieja y malhumorada vecina.

—Vé más despacio—le dijo su madre en voz baja—. Estará escuchando seguramente detrás de la puerta y no quiero que la avergüences sorprendiéndola. Pisa fuerte para que te oiga acercarte.

—Eso sí que no. Me duelen mucho los pies para andar taconeando—respondió Agata, sonriendo.

ante el inocente engaño que para no avergonzar a la bruja tenía que llevar a cabo.

Pero al acercarse a la puerta tosió un par de veces, y cuando la abrió pudo verse cómo a través de las tinieblas de la otra habitación huía la informe figura de la vieja, con más agilidad de la que en ella se hubiera sospechado.

Cuando Agata regresó preguntó Ursula a Justina qué era lo que por allí la traía y a dónde dirigía sus pasos, pues no se podía figurar que sólo por verlas a ellas hubiese hecho tan largo camino.

Sobre el suelo de la habitación se dibujaban en movidas sombras las ramas de los árboles que en el vecino jardín se agitaban al impulso de la brisa. Zumbadoras abejas entraban y salían por la abierta ventana, en cuyo antepecho tomaban el sol dos verdes lagartijas, que parecían mirar con curiosidad lo que dentro de la casa sucedía. Viendo la paz que allí reinaba no se atrevía Justina a perturbarla con el relato de sus cuitas; pero estrechada a preguntas por las dos mujeres, rompió a llorar y les confió que habiendo perdido la fe venía a ellas en busca de consejo y a rogarles que le comunicasen el secreto de su felicidad y su paz espiritual. Esperaba oír de sus labios algo nunca sabido, una revelación a la que poder entregarse por completo sin atormentar por más tiempo su pensamiento. Al oír esta confesión dejó Ursula la tabaquera sobre la mesa y Agata abandonó una labor que había comenzado. Miráronse luego ambas asustadas, cruzaron involuntariamente las manos

y Justina pudo advertir que rezaban para sí, vertiendo Agata abundantes lágrimas y mostrando la madre en su expresión la serena experiencia de la ancianidad. Mas ninguna de las dos se decidía a tomar la palabra, sobrecogidas por la magnitud de la empresa que la divina voluntad les ordenaba acometer, pues no dudaban que Dios mismo había puesto en sus manos el alma de Justina para que ellas la condujeran a la eterna bienaventuranza.

Lentamente comenzó a hablar por fin Ursula, mientras Agata se sentaba en un escabel a los pies de Justina y le tomaba cariñosamente las manos entre las suyas, pues siempre había sentido un profundo afecto y una gran admiración por aquella que hoy acudía a su casa en demanda de consejo y apoyo.

Poco a poco fueron venciendo madre e hija su timidez y rivalizaron en adoctrinar a la neófito, quitándose una a otra la palabra como dos niños que repiten a un tercero la fábula que acaba de contarles su abuela.

Mas nada de lo que dijeron fué nuevo para Justina. De sus labios surgieron únicamente las viejas historias, duras y secas, del pecado original, de la redención de los hombres por la sangre del Hijo de Dios, que había de venir a juzgar a los vivos y a los muertos, de la resurrección de la carne y de los esqueletos, del infierno y la eterna condenación, y de la ciega fe en todas estas cosas. Todo esto salió de sus labios como si fuera algo que nadie,

sino los que a su secta pertenecían, supiera a punto fijo, y además no emplearon en su relato aquella humana y afable cordialidad que perfumaba todo lo que hacían o decían, sino que lo expusieron con una rápida sequedad, monótona e incolora, como si lo recitasen de memoria. En ningún punto de su plática llegó su voz a hacerse suave y blanda ni mostraron sus ojos entusiasmo ni calor vital. La misma pasión y muerte de Jesucristo fué tratada por ellas como un frío capítulo de su doctrina y no como algo lleno de espíritu, vida y sentimiento. El mundo de que hablaban carecía de alma para ellas y su propia vida espiritual transcurría en un mundo aparte.

Además de esto imitaban ingenuamente las dos mujeres el modo de hablar, dogmático y ordenancista, de sus predicadores, exigiendo a cada dos palabras que se les creyera, bajo pena de incurrir en pecado.

Claramente vió Justina que la paz de que las buenas mujeres gozaban no la debían a su religión, sino a su especialísimo carácter y a las circunstancias de su vida. Nada, pues, podía obtener de ellas, y su esperanzada peregrinación había sido en vano. Ante este nuevo desencanto sintió que su corazón se angustiaba hasta amenazar detener sus latidos, y tuvo que reclinarse en su silla, cerrando los ojos mientras las mujeres continuaban su plática. Poco a poco fué luego reponiéndose y, pálida como la encalada pared, comenzó a pensar de qué manera podría dar por terminada la visita y retornar a su

casa sin dejar apenadas o disgustadas a las dos mujeres.

De repente oyóse tras de la puerta un discordante chillido como de un gato al que hubiesen pisado el rabo. Agata se levantó asustada y abrió de par en par la puerta, dejando que la luz penetrase en la habitación contigua. Un hombre de alta estatura y fornida complexión tenía agarrada a la bruja por el cuello y la apretaba contra la pared. Avergonzado y confuso al verse descubierta soltó a la vieja, lleno de asco por su contacto, y comenzó a limpiarse las manos, en las que la estantigua había hundido sus largas y afiladas uñas. Al darle la luz en la cara reconoció en él Justina a su marido y exhaló un grito de alegría. Volvióse Jocundo, y ambos esposos se abrazaron, permaneciendo largo rato sin soltarse. Miráronse luego, y cada uno pudo ver en el rostro del otro la tristeza de su larga separación. Cogidos de la mano entraron en el soleado y alegre cuarto de Ursula.

Mientras Justina escuchaba la religiosa plática había llegado Jocundo a la guarida de la bruja, la cual le recibió con una perversa sonrisa de satisfacción, creyendo que el apuesto joven y la bella mujer que antes había entrado tenían concertada una cita en casa de sus piadosas vecinas, descubrimiento que, revelándole el lado flaco de aquellas hipócritas, las colocaba a merced de su venenosa maledicencia.

Mas cuando Jocundo extrajo su lista de perso-

najes y personajillos a los que se trataba de difamar, y tras de ponerla al corriente de lo que deseaba y comunicarla quiénes le habían enviado comenzó a interrogarla secamente sobre lo que acerca de cada una de aquellas personas sabía y qué medios creía posibles para descubrir sus crímenes y hacerles sufrir el merecido castigo, decayó su entusiasmo viendo que sus sospechas resultaban falsas y contestó de mala gana:

—No sé nada de ninguno de esos. Nunca me hicieron nada bueno ni malo.

—Por lo menos—pensó Jocundo—tiene este vil animal el instinto de no morder sino a los que tropiezan con él haciéndole algún daño.

Y para animar a la vieja le preguntó qué le habían hecho aquellos a quienes anteriormente había atacado.

Rompió la bruja en regocijadas risas al oír los nombres de sus anteriores víctimas y recordar la importantísima participación que en la divertida cacería había tenido. Mas no respondió directamente a la pregunta, sino que comenzó a exponer con torpe verbosidad cómo había maniobrado para esparcir los calumniosos rumores e inculpaciones. Como punto de partida no necesitaba mas que una peculiaridad inocente de su víctima, un suceso desprovisto de importancia en el que hubiese tomado parte, o la reunión de dos o más hechos casuales cualesquiera, cosas todas que podían prestar a lo que de inventar se trataba un nódulo real y verdadero. También podía prescindirse de inven-

tar nada, pues a veces era más ventajoso achacar a la víctima elegida un pecado que otra persona hubiese realmente cometido o atribuirle aquellas cosas que el mismo difamador tuviera ganas de llevar a cabo o hubiera ya ejecutado alguna vez. Constituía un divino placer el equilibrar los desiguales destinos humanos con sólo el poder de unas cuantas palabras oportunas. Así, cuando se experimentaba simpatía por un desdichado individuo agriado por el fracaso y capaz de todos los horrores, y odio por otro insoportablemente honrado y justo, nada más delicioso que descargar al amigo de sus culpas y máculas y hacer cargar con ellas al orgulloso inocente. Y el sumir con una sola palabra en la deshonra y la miseria toda una alta-nera casa, ¿no era empresa más grandiosa y magna que encrespar el mar por medio de un tenebroso conjuro y hacer naufragar los barcos que lo surcaran?

En estos discursos reveló la bruja más conocimiento del mundo y de los hombres que lo que su aspecto y la miseria en que vivía hacían sospechar. Pero su perverso espíritu lo deformaba todo y no pasaba jamás de la superficie de las cosas. En realidad, y a pesar de su malicia, parecía la vieja a veces un inconsciente niño que jugando con fuego incendiase toda una ciudad.

De sus confusas palabras y alusiones pudo deducir Jocundo que acusaba a sus padres o a sus abuelos de haber derrochado la fortuna familiar, sumiéndola así en la miseria y en la obscuridad; que

había estado casada con un zapatero que después de larga lucha había terminado por arrojarla de su casa, y que se ganaba ahora el sustento vendiendo baratijas por las casas, actividad que le permitía entrar en todas partes y dar rienda suelta a su maldiciente pasión.

Interrumpióse de repente la bruja en su verbosa charla, e incitada por sus propias palabras a poner en práctica sus honradas aficiones, pidió al joven que leyese de nuevo los nombres de aquellos que habían de ser difamados.

Enterado Jocundo de la base sobre que reposaba la calumniosa persecución general que acababa de trastornar a la comarca, y pesaroso ya de haber tomado parte en ella, engañado de nuevo por su buena fe, entregó la lista a la vieja, deseando ver cómo se las arreglaba en cada caso particular.

Ya al leer el primer nombre, por cierto el de un intachable y pacífico ciudadano, exclamó la calumniadora:

—¡Calla! ¡A este lo conozco muy rebién! ¿Cómo ha podido escapárseme antes? Este es el buen señor que me echó un día de su casa al encontrarme en la cocina hablando con los criados. Pues sé muy bien que ha tenido varias herencias unas detrás de otras, mientras que otros parientes suyos andan por ahí royéndose los codos. ¡Buen bribón debe de ser! Buscando bien se encontrará que en esas herencias hay algo poco limpio. Dos primas tuyas, a las que ha heredado, murieron en poco tiempo y sin que nadie las supiese enfermas. Pero ¿qué digo? Su

mismo padre murió hace dos años y no era muy viejo ni padecía tampoco enfermedad ninguna. ¿No es todo esto muy extraño?

Oyendo aquellas atrocidades se aterró Jocundo de las consecuencias que su visita a aquel antro podían traer y arrancó la lista de las garras de la bruja, exclamando:

—¡Basta, bruja asquerosa! Guárdate muy bien de repetir fuera de aquí una sola de esas desvergonzadas mentiras o te las tendrás que haber conmigo.

—¿Contigo?—repuso la estantigua—. ¿Y quién eres tú, maldito espía? ¿Has venido aquí para hacerme cómplice de tus crímenes? Aguarda, aguarda, ya caerás por mi cuenta. No creas que no sé yo lo que eres.

Excitado por la horrenda cólera y el repulsivo gesto de la bruja, la agarró Jocundo por el cuello, arrancándola aquel grito que hizo acudir a Justina, circunstancia por la cual no sintió luego haber infringido la oriental prescripción de que a una mujer no se le debe pegar ni siquiera con una flor.

Ursula y su hija sintieron una gran alegría al ver celebrarse en su casa la reunión de los separados esposos. Aunque, conociendo las ideas de Jocundo, presumían que su llegada daba al traste con la obra religiosa que acababan de emprender, consideraron el encuentro como obra de la Providencia y dejaron en sus manos la conversión de

Justina. Callaron, pues, modestamente, dejando que una más alta voz hablara en el corazón de la joven, y Ursula volvió a requerir su tabaquera.

Jocundo y Justina hablaron entre sí brevemente, explicándose las causas que allí les habían llevado, y, deseosos de hallarse a solas, se despidieron de las buenas cristianas, prometiendo darles frecuente noticia de sus personas. Al atravesar el cubil de la bruja permaneció ésta invisible; mas en cuanto salieron de la casa se asomó al enrejado ventanuco y les gritó los más horribles improperios y amenazas, sin que ellos se dignaran oírla mientras se alejaban, sintiéndose llenos de una nueva dicha, pero sin perder su melancólica gravedad.

Jocundo había dejado en una posada el caballo en el que había hecho el viaje, y Justina era esperada en el muelle por su hermano, con el que había convenido que fuera a recogerla para regresar por el lago a Schwanau. Acordaron, por lo tanto, verse al día siguiente en casa de los abuelos, a donde debía acudir Jocundo muy de mañana. De este modo podrían pasar juntos todo el día y tratar con todo espacio de su futura vida. Dijéronse, pues, adiós por aquel día y se separaron tras de mirarse a los ojos con profundo cariño, mas sin que desapareciera de sus rostros la severa melancolía que los anublaba.

El día siguiente era un domingo y amaneció una espléndida mañana de primavera. Justina, despierta con el alba, se levantó y engalanó cuidadosamente, como si fuera a una fiesta, cambiando

el sencillo peinado que en los últimos tiempos se hacía por otro más coqueto y gracioso. Vestida con un claro traje veraniego y adornada la bella garganta con un caprichoso collar, tomó resueltamente el camino que subía hacia la granja de los abuelos. La abuela quedó sorprendida y encantada de la juvenil aparición, y cuando Justina le relató lo que sucedía mostróse satisfecha del nuevo rumbo de las cosas. Suponiendo que su nieta no se habría preocupado de desayunar a su partida, la obligó a aceptar un buen tazón de café con leche; mas la joven, llena de impaciencia, lo vació en dos sorbos y abandonó la granja para salir al encuentro de su marido. En el profundo silencio de la pura mañana echó a andar Justina camino adelante para acortar su emocionada espera. En todo lo que la vista alcanzaba se hallaba la tierra cubierta de flores y los árboles dejaban desprenderse las suyas a impulsos de la fresca brisa tempranera. En los blancos lugares posados en derredor del lago comenzaron a resonar las campanas domingueras, cuyas profundas voces se fundían en una sola, llenando el aire con una sonora ola que invadió el palpitante corazón de Justina. Mas aquellos sones no la detuvieron en su camino, sino que parecieron impulsarla con mayor rapidez al encuentro de su marido, que no tardó en aparecer, acercándose con firme y presuroso andar. En cuanto se vieron tornó a sus rostros la perdida sonrisa, y al encontrarse se abrazaron y besaron con amoroso afán.

Caminando al azar se internaron en el bosque,

y por un estrecho sendero subieron hasta la cumbre de la montaña, mientras se relataban mutuamente todo lo que en el tiempo de su separación les había sucedido y todo lo que durante él habían hecho o pensado. El sonido de las campanas fué perdiéndose poco a poco en la lejanía hasta que se convirtió en un suave rumor. Mas cuando cesaron en su llamada a los fieles, extinguiéndose por completo su canción, pareció a los esposos que de repente se había hecho un profundo y solemne silencio en torno de ellos. Hallábanse al borde de una amplia plazoleta que se abría en medio del vivero, en el que bajo la protección de los grandes árboles del bosque brotaban y crecían los arbolitos nuevos hasta hacerse lo suficientemente fuertes para poder ser trasplantados. En bien ordenadas hileras aparecían millares y millares de abetos, pinos y alerces de tres o cuatro pulgadas de altura, que alzaban sus verdes cabecitas como párvulos reunidos en una fiesta escolar. Detrás de ellos asomaban, como si constituyeran las clases superiores del mismo colegio, arbolitos de medio metro, luego otros de un metro y, por último, innumerables arces, encinas y hayas que alcanzaban ya la altura de un hombre. A estos sucedían ya los viejos y robustos árboles del bosque, que con sus gruesos troncos y frondosas copas protegían a toda aquella tierna juventud de las embestidas del huracán. Todo el vivero se hallaba dispuesto y cuidado con igual esmero que un jardín señorial y era propiedad de una asociación de campesinos. El solemne silencio

que en aquellos lugares reinaba hacía más vivo el sorprendente efecto que producía el ver lo desinteresado del escrupuloso trabajo y constante esfuerzo derrochados en el vivero por los que lo cuidaban y no habían de ver nunca, y sí sólo sus hijos o sus nietos, el resultado de tantos afanes.

A la transparente sombra de las jóvenes ramas de un arce se hallaba dispuesto un banco destinado a ofrecer algún reposo a los que en el vivero trabajaban, y en él tomaron asiento Jocundo y Justina, saboreando largo rato en silencio la serenidad y belleza de aquellos parajes.

—Ya ves—dijo, por fin, Jocundo, cogiendo una mano de Justina entre las suyas—como lo primero que al reunirnos de nuevo observamos es que el mundo no es en realidad tan malo como parece. Todos aquellos a quienes creemos egoístas y ansiosos de ganancias no trabajan, en fin de cuentas, sino para sus hijos, y llegan hasta ejercer con verdadero afán, aunque quizá no tengan de ello perfecta conciencia, el deber de cuidar por las futuras generaciones.

—¿Me quieres aún un poco?—repuso Justina, que en aquel instante no estaba para cuidar sino de sí misma.

Jocundo contempló el trozo de horizonte que frente a él se descubría entre los añosos troncos de dos robustos pinos, y señalando en la lejanía un gran edificio blanco que relucía a los rayos del sol, continuó:

—¿Ves aquello tan blanco que reluce allá lejos?

Fué antiguamente un convento que un piadoso caballero erigió hace setecientos años en memoria de su muerta esposa; él mismo se retiró allí a vivir y no volvió a salir jamás. Mi cariño hacia ti es tan grande como el que el tal caballero tuvo a su esposa, aunque yo no ingresaría en un convento si tu me faltases. Lo que pasaría es que todo el mundo sería entonces para mí un monumento a tu memoria. Pero ante todo resolvamos nuestra pequeña cuestión de honor. Como penitencia de tu pecado te impongo la de pronunciar ahora mismo otra vez aquella grosera palabra que nos separó, pero me la tienes que decir sonriendo, para que pierda toda su fealdad. Anda de prisita. ¿Cómo era?

Diciendo esto rodeó Jocundo con un brazo los hombros de su mujer y la cogió con la otra mano por la barbilla para obligarla a volver la cabeza hacia él. Mas Justina se negó a hablar y cerró la boca apretando sus labios cuanto pudo. Dióle él entonces unos ligeros golpecitos en las mejillas e intentó hacerle abrir la boca, mientras seguía diciendo: «¡De prisa, de prisa! Echa fuera ya esa palabra», hasta que con cariñosa burla pronunció ella la palabreja; conseguido lo cual la besó Jocundo con amor.

Permanecieron luego en silencio,teniéndose abrazados, hasta que Justina dijo de repente:

—Oye, Jocundo. ¿Y qué vamos a hacer ahora con la religión y la Iglesia?

—Nada—respondió él.

Y tras de meditar unos instantes, añadió:

—Cuando lo eterno e infinito se mantiene siempre tan silencioso y oculto, ¿por qué no hemos de poder nosotros permanecer también quietos y callados el corto tiempo que vivimos? Por mi parte estoy ya fatigado de la importunidad y de las simplezas de todos esos entrometidos que sin saber nada de nada se empeñan en dirigirle a uno. Cuando quedan excluidas de una religión las figuras personales, sus templos se desmoronan y el resto es silencio. Pero la paz y la serenidad que así se adquieren no son las de la muerte, sino pura vida que florece y esplende como esta pura mañana estival, una vida por la que atravesamos con la conciencia limpia de todo error y dándonos cuenta de qué cosas serán las que hasta nosotros lleguen y cuáles las que no llegarán jamás. De este modo caminaremos firmemente sin dejar que aquellos miserables lugares comunes establezcan una dualidad entre nuestra cabeza y nuestro corazón, nuestro conocimiento y nuestra alma, y así nos presentaremos enteros, como debe ser, al juicio a que todo hombre ha de ser sometido.

Justina miró a su marido mientras éste hablaba y enrojeció al pensar que ha largo tiempo que le hubiera oído tan francas y sinceras palabras si a él se hubiese confiado como a un sacerdote.

Sabias o erradas, las palabras de Jocundo le producían un gran bien, prueba de que ahora ya le pertenecía por completo.

Al terminar añadió Jocundo, sonriendo:

—Amén. Ya ves que también yo comienzo a predicar.

—Nada de amén—repuso Justina—. Continúa hablando. Piensa que estos árboles son tus fieles y predica para ellos, como aquel santo que predicaba para las piedras o aquel otro que lo hacía a los peces.

—No; la Iglesia se ha extinguido—replicó Jocundo sonriendo e indicando el son de las campanas, que de nuevo llegaba hasta ellos anunciando el término del oficio divino.

Abandonaron el banco y se dirigieron lentamente hacia la casa de los abuelos, a la que llegaron al mediodía. Para celebrar una fiesta de general reconciliación habían hecho subir los ancianos a su casa a toda la familia y preparado una sencilla, pero substanciosa comida a usanza campesina. Todos se hallaban ya reunidos cuando llegó la reconciliada pareja. Al principio reinó cierto embarazo; mas cuando vieron que la perdida sonrisa había vuelto a los labios de los esposos volvió a iluminar la casa entera la alegre luminosidad de la pasada dicha. La madre se hallaba radiante de alborozo y empuñó de nuevo con firme mano el timón de la nave familiar para conducirla a buen puerto sobre las aguas ya encalmadas.

Justina se fué a vivir a la capital con su esposo, el cual hizo fortuna y perdió en los negocios su ingenua credulidad, aunque no por ello se convirtió en comerciante mentiroso y engañador.

Tuvieron un hijo y una hija, a los que llamaron

Justo y Jocunda, respectivamente, y que heredaron la sonriente belleza de sus padres.

Siempre que en sus paseos llegaban cerca de la casita de Ursula y Agata entraban a visitarlas, y nunca olvidaban velar por ellas, no dejando que nada les faltase. La vieja bruja calumniadora mudó de habitación, sintiéndose incapaz de soportar la vecindad de la perfecta inocencia y bondad de las piadosas mujeres.

El párroco, cuya hora de debilidad había sido presenciada por Justina, acudía también de cuando en cuando a visitar al matrimonio y se confiaba a él. Con el corazón angustiado, prosiguió aún durante algún tiempo su difícil baile sobre la cuerda floja, y fué para él una gran alegría el que Jocundo le proporcionase un puesto en un negocio industrial, en el que demostró ser muy útil y más ducho en las cosas prácticas que lo que Jocundo había sido en Seldwyla y Schwanau, pues no era tan fácil hacerle creer todo lo que se le decía.

FIN DEL TOMO IV y ÚLTIMO



INDICE DEL TOMO CUARTO

	<u>Páginas.</u>
EL FORJADOR DE SU DICHA	5
DIETEGEN.	49
LA RISA PERDIDA:	
Capítulo I.....	139
— II.....	166
— III.....	214
— IV.....	249

101815232



MONOGRAFÍAS "CALPE" DE BIOLOGÍA Y MEDICINA

PUBLICADAS BAJO LA DIRECCIÓN DE LOS DOCTORES RAMÓN Y CAJAL, MADINAVEITIA, GOYANES, PITTALUGA Y LAFORA.

VOLUMENES EN VENTA

Origen, formación y evolución del folículo de Degraaf.

Histogénesis del cuerpo lúteo, por el doctor G. Guílera Molas (L.).—Un volumen en tela, 4 pesetas.

Estudio clínico de la tuberculosis gangliopulmonar en los niños, por el doctor García del Diestro (J.).—Un volumen en tela, 4 pesetas.

Pneumotórax artificial, por el doctor Reventós (J.).—Un volumen en tela, 10 pesetas.

Tratamiento de la úlcera del estómago, por el doctor Fernández y Martínez (F.).—Un volumen en tela, 4 pesetas.

Sífilis, blenorragia y matrimonio, por el doctor Sainz de Aja (E. A.).—Un volumen en tela, 10 pesetas.

Análisis clínico de los esputos, por el doctor Dargallo (R.).—Un volumen en tela, 10 pesetas.

Diagnóstico y tratamientos modernos de la neurosífilis, por el doctor Lafora (G. R.).—Un volumen en tela, 8 pesetas.

Los leucocitos eosinófilos y la eosinofilia, por el doctor Jiménez Asúa (F.).—Un volumen en tela, 6 pesetas.

El suero antidiftérico. Fundamentos, producción y aplicaciones, por el doctor Murillo (F.).—Un volumen en tela, 7 pesetas.

La rabia, por García Izcara (D.).—Un volumen en rústica, 10 pesetas.

La adrenalina, por el doctor Sopena (J.).—Un volumen en rústica, 8 pesetas.

LIBROS DE LA NATURALEZA

El contenido de las obras que forman esta serie de libros editados por CALPE es rigurosamente científico y está al corriente de los últimos progresos de las ciencias naturales. Garantía de ello son los autores de esas obras, todos los cuales figuran entre los naturalistas de mayor autoridad en nuestro país

VAN PUBLICADOS

Los animales familiares, por *Angel Cabrera*, profesor en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Un volumen de 96 páginas, 42 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 13 fotograbados en papel estucado.

La vida de la Tierra, por *J. Dantín Cereceda*, profesor en el Instituto de San Isidro de Madrid. Un volumen de 96 páginas, 21 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 10 fotograbados en papel estucado.

El mundo alado, por *Angel Cabrera*, profesor en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Un volumen de 96 páginas, 27 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 11 fotograbados en papel estucado.

El mundo de los minerales, por *Lucas Fernández Navarro*, profesor en la Universidad de Madrid y en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Un volumen de 96 páginas, 43 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 10 fotograbados en papel estucado.

El mundo de los insectos, por *Antonio de Zulueta*, profesor en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Un volumen de 96 páginas, 41 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 12 fotograbados en papel estucado.

Los animales salvajes, por *Angel Cabrera*, profesor en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Un volumen de 96 páginas, 24 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 10 fotograbados en papel estucado.

Peces de mar y de agua dulce, por *Angel Cabrera*, profesor en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Un volumen de 96 páginas, 40 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 11 fotograbados en papel estucado.

La vida de las plantas, por *J. Dantín Cereceda*, profesor en el Instituto de San Isidro de Madrid. Un volumen de 96 páginas, 31 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 11 fotograbados en papel estucado.

Los animales microscópicos, por *Angel Cabrera*, profesor en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Un volumen de 96 páginas, 42 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 10 fotograbados en papel estucado.

La vida de las flores, por *J. Dantín Cereceda*, profesor en el Instituto de San Isidro de Madrid. Un volumen de 96 páginas, 31 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 11 fotograbados en papel estucado.

Todas las obras de esta colección se venden al precio de **1,75 pesetas** cada libro y llevan artísticas cubiertas del gran dibujante Bagaría impresas a cinco tintas.

CATECISMOS DEL AGRICULTOR Y DEL GANADERO

Editados por CALPE y publicados bajo la dirección de

L. DE HOYOS SAINZ

CON LA COLABORACIÓN DE INGENIEROS AGRÓNOMOS, CATEDRÁTICOS, VETERINARIOS, PERITOS AGRÍCOLAS, AGRICULTORES Y GANADEROS DE ESPAÑA Y AMÉRICA LATINA

Folleto de 32 páginas muy ilustrados, escritos por nuestros mejores autores especialistas.

Precio de cada Catecismo: CINCUENTA CENTIMOS

De las XV series van publicados los 40 catecismos siguientes

DEL PRIMER GRUPO

- I.— 1. Cómo se mide un campo.—P. González Quijano.
2. Combustibles agrícolas.—Pablo Martínez Strong.
3. Motores de viento.—Federico Doreste Betancor.
- II.— 4. Formación de la tierra laborable.—Juan Dantín Cereceda.
5. El observatorio meteorológico del agricultor.—Hilario Alonso.
6. La predicción del tiempo en agricultura.—N. Sama.
- III.— 7. Accidentes del trabajo en agricultura.—Luis Jordana de Pozas.
8. Arrendamiento de predios rústicos según el Código civil.—Demófilo de Buen.
9. Cómo se piden aguas para riego.—M. Lorenzo Pardo.
- IV.— 10. Los abonos baratos.—José María de Soroa.
11. El barbecho.—Gregorio Matallana Revuelta.
12. Los abonos del trigo.—J. Navarro de Palencia.
13. Cultivo del secano español.—Zacarias Salazar y Mouliáa.
14. Cómo se elige un arado.—J. de la Cruz Lapazarán.

- V. — 15. Esterilidad de las flores. — Leandro Navarro.
 16. Enfermedades criptogámicas de la remolacha. — R. González Fragoso.
 17. Roedores del campo y de los almacenes. — Angel Cabrera.
- VI. — 18. El lúpulo y su cultivo. — L. Hernández Robredo.
 19. La berza: variedades y cultivo. — Luis de Hoyos Sainz.
 20. El garbanzo: Cultivo y comercio. — E. Vellando.
- VII. — 21. Poda de la vid. — Joaquín de Pitarque y Elío.
 22. Clorosis de la vid. — J. Marcilla.
 23. El manzano: variedades y cultivo. — Ignacio Gallástegui.
 24. Melocotonero y albaricoquero. — Vicente Nubiola.
- VIII. — 25. La encina: su explotación. — J. Ugarte y L. Vélaz de Medrano.
- IX. — 26. El algodón en España. — D. Saldaña y Solanas.
 27. El cultivo del tabaco. — R. Vázquez Alvarez.
- X. — 28. Cuidados del vino en el primer año. — C. Oliveras.
 29. Los orujos de uva agotados y su empleo. — A. Daneo Gentile.
- XI. — 30. Primeros auxilios al animal enfermo. — C. Sanz Egaña.
 31. Cómo se infecta y se defiende el organismo animal. — C. López y López.
 32. Vicios redhibitorios de los animales. — G. Saldaña Sicilia.
 33. La durina y su tratamiento. — Publio Coderque.
- XII. — 34. El caballo de silla. — E. Ponce Romero.
 35. Cómo se elige un caballo semental. — M. Medina García.
 36. Incubación artificial de gallinas. — J. Montejo Leonor.
 37. El gallinero: modelo y construcción. — B. Calderón.
- XIII. — 38. Elaboración de la manteca. — V. Alvarado y Albo.
 39. La colmena y sus accesorios. — J. T. Trigo.
- XIV. — 40. Libros de contabilidad agrícola. — D. Pons Irueta.

BIBLIOTECA DE IDEAS DEL SIGLO XX

SELECCIONADA Y DIRIGIDA POR

DON JOSE ORTEGA Y GASSET

Profesor de Filosofía en la Universidad de Madrid.

Compondrán esta colección los libros maestros de Europa y América que, aparecidos en estos últimos veinte años, inician nuevas maneras de pensar en filosofía como en política, en crítica artística como en biología, en ciencias sociales como en física. Será, pues, una colección, única hoy en el mundo, que ofrece en apretada fila los temas más incitantes de la nueva cultura.

Volúmenes publicados por CALPE:

- 1.—H. RICKERT, Profesor en la Universidad de Heidelberg.—**Ciencia cultural y ciencia natural.**—Traducción del alemán por *Manuel G. Morente*, Profesor en la Universidad de Madrid.

En esta obra, el autor—uno de los más grandes filósofos actuales—expone sucintamente sus famosas teorías sobre la ciencia histórica, que tanto han influido en los nuevos estudios de esta materia.

Un vol. de 152 páginas en 4.º, 5 pesetas.

- 2.—MAX BORN.—**La teoría de la relatividad de Einstein.**—Traducción del alemán por *Manuel G. Morente*.

El libro más claro, minucioso y completo sobre las geniales ideas del físico germánico. El autor es uno de los más eminentes colaboradores de Einstein.

Un vol. de 384 páginas en 4.º, con 133 grabados y un retrato de Einstein, 12 pesetas.

3.—BARÓN J. VON UEXKÜLL.—Ideas para una concepción biológica del mundo.—Traducción del alemán por *Ramón M.^a Tenreiro*.

Clara, intensa, de elegante desarrollo intelectual, esta producción del original naturalista ofrece una base para la reforma del pensamiento biológico.

Un vol. de 276 páginas en 4.º, 7 pesetas

En prensa:

Bonola.—Geometrías noeulidianas.

Excelente resumen histórico de los principios de las nuevas geometrías.

Aparecerán en breve:

Driesch.—Filosofía del organismo.—Dos volúmenes.

Worringer.—El espíritu del arte gótico.

Wölfflin.—Conceptos fundamentales de la historia del arte.

Spengler.—La decadencia de Occidente.

Todas las obras llevan un prólogo de D. José Ortega y Gasset.

PIDAN CATÁLOGOS, QUE SE SIRVEN GRATUITAMENTE, A
CALPE.—RÍOS ROSAS, 24, MADRID

Apartado de Correos 547.

LOS GRANDES POETAS CLASICOS Y LOS MODERNOS

OBRAS PUBLICADAS POR CALPE

Miguel de Unamuno.—**El Cristo de Velázquez.**
Poema.—Cuatro pesetas.

Francis Jammes.—**Del toque de alba al toque
de oración.** Traducido del francés por En-
rique Díez-Canedo.—Cuatro pesetas.

Teixeira de Pascoaes.—**Tierra prohibida.** Tra-
ducido del portugués por Valentín de Pe-
dro.—Cuatro pesetas.

PROXIMAMENTE

Góngora.—**Poesías escogidas.** Edición revisada
por Alfonso Reyes.

Alberto Samain.—**En el Jardín de la Infanta.**
Traducido del francés por Emilio Carrère.

Walth Witmann.—**Hojas de hierba.** Traducido
del inglés por Enrique Díez-Canedo.

Lope de Vega.—**Poesías líricas.**

Francis Jammes.—**Las geórgicas cristianas.**
Traducido del francés por Pedro Vances.

Baudelaire.—**Las flores del mal.** Traducido del
francés por Juan José Llovet.

E. Florentino Sanz.—**Poesías.** Edición revisa-
da por Enrique Díez-Canedo.

COLECCION UNIVERSAL

NOVELAS - TEATRO - POESÍAS
FILOSOFÍA - CUENTOS - VIAJES
HISTORIA - MEMORIAS - ENSAYOS
ETCÉTERA, ETC.

Aparecen diez números de unas cien
páginas, cada mes, al precio de **CIN-
CUENTA CENTIMOS** cada número

POR SUSCRIPCIÓN TRIMESTRAL, SEMESTRAL
O ANUAL
(CUATRO PESETAS AL MES)

CUARENTA CENTIMOS CADA NUMERO

Los 760 números publicados desde julio de 1919 a
— — febrero de 1923 contienen obras de — —

ALFIERI, ANDREIEV, APULEYO, AUSTEN, BALZAC,
CERVANTES, DANTE ALIGHIERI, DARWIN, DAUDET,
DICKENS, FLAUBERT, FOGAZZARO, GARCILASO DE
LA VEGA, GAUTIER, GOETHE, GOLDONI, GONCOURT,
GORKI, HEINE, HUGO, IBSEN, JORGE SAND, KANT,
KOROLENKO, LAMARTINE, LOPE DE VEGA, MACHA-
DO, MERIMEE, MOLIERE, MUSSET, ORTEGA MUNI-
LLA, PLUTARCO, PREVOST, SCHILLER, SHAKESPEARE,
STAEEL (MME. DE), STENDHAL, STEVENSON, SWIFT,
TACITO, VIGNY, VOLTAIRE Y OTROS

CALPE

Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones.

MADRID

RIOS ROSAS, 24

Apartado 547